



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES**

*DE CUATRO CUERDAS. UN PERFIL DE EUSEBIO RUVALCABA*

**PROTOTIPO PROFESIONAL**

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:  
**LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN**

PRESENTA:  
**SAMUEL ABRAHAM SEGURA MORENO**

TUTOR:  
JOSEFINA ESTRADA ORTIZ

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX., 2022



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



Ilustración: Marco Solares.

*A David Magaña Figueroa, por mostrarme el camino.  
A Josefina Estrada, por permanecer en él.*

*A Lucero y Abraham, mis padres.*

*Tal vez para que un hombre se sienta a escribir una biografía sobre su padre,  
o cuando menos una semblanza, se requiera algo más que información confiable.*

Eusebio Ruvalcaba,  
en el prólogo de *Higinio Ruvalcaba, violinista. Una aproximación.*



Fotografía tomada de la página oficial de la fundación Eusebio Ruvalcaba.

# Índice

## DE CUATRO CUERDAS. UN PERFIL DE EUSEBIO RUVALCABA

Prefacio	<b>6</b>
Confesiones ruvalcabianas	6
I	<b>14</b>
II	<b>46</b>
III	<b>74</b>
IV	<b>97</b>
Posfacio	<b>117</b>
Invocación de Eusebio	117
Fuentes de información	<b>118</b>
Bibliografía básica	118
Cibergrafía	118
Hemerografía	121
Anexo I	<b>122</b>
Bibliografía ruvalcabiana	122
Anexo II	<b>125</b>
Este soy yo	125
Anexo III	<b>128</b>
Mis libros de cabecera	128
Anexo IV	<b>136</b>
Cronología del autor	136

# Prefacio

## *Confesiones ruvalcabianas*

*De cuatro cuerdas* se aproxima a la vida y al trabajo de un hombre que publicó más de setenta libros, toneladas de palabras en cada uno de los géneros literarios (en poesía, ensayo, cuento, novela, teatro, e incluso novela gráfica de manera póstuma).

De ese número total de publicaciones habré leído una gran parte y, aún así, a veces me resultó imposible no extraviarme al pretender abarcar ese mar tan hondo, tan profundo, otras oscuro, muchas otras luminoso, de escritura en el que navegó Eusebio Ruvalcaba.

*De cuatro cuerdas*, por lo tanto, es la historia de un fracaso.

Y sobre todo de una amistad.

He pensado muchas veces que ni siquiera debí haber escrito esto. Porque, como bien diría el propio Eusebio, no hace falta una sola coma más en la historia de la literatura (aunque esto sea periodismo) y, especialmente, porque en el conjunto de estas páginas me temo que no alcanzaré a decir lo que quiero decir sobre él.

Porque, en ese sentido, todo trabajo periodístico es una *injusticia*. Esta es una muestra de los límites del género, de la escritura periodística como aproximación a *la verdad*. Es, acaso, un intento, nada más, de esbozar cierta realidad, pues aquí las certezas no existen y siempre hay más preguntas que respuestas. (Por eso muchas biografías son tan voluminosas: porque quieren abarcar la vida entera de alguien, y eso, me temo, es una batalla perdida de antemano.)

He pensado también, como alumno y amigo que fui de Ruvalcaba, que debería dejarlo descansar en paz.

Aunque otras veces pienso que escribo este trabajo (del cual siempre estuvo al tanto y de acuerdo) nada más por llevarle la contraria. Como él diría.

O como él haría, cuando escribió textos biográficos sobre los personajes que le apasionaban; sin pudor y sin complacencias.

La escritura de *De cuatro cuerdas*, entonces, implica en realidad mi propio fracaso como periodista y escritor al tratarse, insisto, de un retrato incompleto, roto, fragmentado, por más minuciosa que he procurado su hechura desde la perspectiva periodística, investigativa y escritural.

Es, puntualmente, mi fracaso como cineasta, porque este texto buscó ser la base de un documental que sugerí hace diez años –dirigido por quien esto escribe–<sup>1</sup> que de igual modo busca narrar un fragmento en la vida de este autor repleto de matices y aristas que lo vuelven un personaje rico, complejo y fascinante. Motivos por los cuales me acerqué a él desde siempre.

---

<sup>1</sup> De eso se da cuenta en [esta nota](#).

A ambos esfuerzos los titulé así, *De cuatro cuerdas*, como las cuerdas de un violín (de ahí que el texto está dividido en cuatro partes) por las cuatro vertientes (las cuatro cuerdas, como si de un violín se tratase, de la más gruesa a la más delgada, y viceversa) que rigieron las palabras del autor de *Un hijito de sangre*: el alcohol, la mujer, la escritura y la música; temas que no pueden separarse y que son insoslayables del Ruvalcaba escritor, pero también del hombre.

Temas a los que yo mismo soy afín, y por los cuales también escribo esto.

Temas en los que subyace lo marginal, el desconsuelo, la desgracia, la transgresión, la derrota.

El fracaso entero.

En un principio, *De cuatro cuerdas* se asemejó mucho más a una biografía, característica casi inherente (la de indagar en los aspectos biográficos de una vida) del género de la entrevista, ese carácter íntimo que estimulan las conversaciones (el libro *Ver misterios en la punta de un alfiler*, donde David Magaña Figueroa entrevista escritores, es una cátedra del tema).

Al respecto, Leonor Arfuch profundiza en su libro *La entrevista, una invención dialógica*:

[...] las historias que se narran en el devenir del diálogo, van más allá del acontecer de la noticia o de la puesta al día de un campo de especialización, para acercarse a la literatura, y sobre todo a los géneros biográficos (autobiografías, memorias, diarios íntimos, testimonios, confesiones). La diferencia respecto de estos reside quizá en la inmediatez del contacto, esa palabra que parece dicha sin mediación, en la espontaneidad del intercambio “cara a cara”, que aun las formas escritas tratan de restituir.<sup>2</sup>

También dice que:

Pero en tanto la entrevista breve al científico, al artista, al escritor, como en el libro de “Conversaciones”, se pretende, más allá del tema en particular, una articulación tranquilizadora entre vida y obra, una aproximación al fenómeno de la creación, a ese “lado oculto” de la autoría que el producto en sí mismo no alcanzaría a iluminar. Es que en la entrevista –con excepción quizá de esos intercambios triviales cuyo objeto es casi publicitario–, siempre se juega el descubrimiento de una verdad, una revelación que el diálogo, en alguna medida próximo de la indagación detectivesca, ayudaría a descubrir.<sup>3</sup>

Pero *De cuatro cuerdas* no es una biografía. Se asemeja más a ese momento en la vida de un escritor que captura el periodismo como el que ocurre, por ejemplo, en el libro *Lo que más me gusta es rascarme los sobacos*, en el que la periodista Fernanda Pivano entrevista a Charles Bukowski; un texto periodístico que necesariamente es biográfico, y que también posee características propias de la crónica, de la biografía y del ensayo.

Esto puede verse en las páginas introductorias a la conversación, donde Pivano arranca preguntándole a Bukowski qué opina de la imagen que han creado de él en Norteamérica.

Él le responde:

---

<sup>2</sup> Leonor Arfuch, *La entrevista, una invención dialógica*, Paidós, 2010, p.22

<sup>3</sup> *Idem*.

—Es un poco exagerada. Que soy duro, y que no paro de meterme en la cama con todas las señoras, y así sucesivamente. Esto yo lo hacía en cierta medida, pero en general son superexagerados. Han exagerado lo que soy, lo que he hecho, lo que hago. Está un poco *hyped-up*, hinchado. *Hyped-up* no es una expresión italiana (risas). La mejor imagen que tendrían que hacerse de mí, la imagen auténtica, es simplemente leer lo que he escrito y no los inventos fuera de los libros.<sup>4</sup>

Pivano coincide con él, cuando escribe que:

No intentaré una de las biografías que tanto me divierten, en parte porque ya la está escribiendo Joe Wolberg, en parte porque la está escribiendo el propio Bukowski con el título de *Ham on rye*, en lo que se refiere a la infancia y la adolescencia, y la ha escrito además en innumerables poemas en lo que se refiere a la juventud y la edad madura.<sup>5</sup>

Así, al igual que el autor de *Mujeres* (esta no será la única similitud entre ambos escritores, como podrá verse), el de *Lo que tú necesitas es tener una bicicleta* de algún modo también escribió su propio relato autobiográfico, desperdigado en las solapas de sus libros, en sus cuartas de forros, en sus ensayos y poemas, de los cuales recupero algunos, aunque tampoco sea ésta una mera compilación de sus fragmentos.

Eusebio escribió, por ejemplo:

Me llamo Eusebio y mi apellido es Ruvalcaba. Nací en Guadalajara, Jalisco, el tres de septiembre de 1951. Por circunstancias musicales. Mi padre, de nombre Higinio y de profesión violinista, había de dar un ciclo de sonatas en el Teatro Degollado –no me crean mucho– de Guadalajara, su tierra –ahora sí créanme–. Mi madre, que lo acompañaba al piano y cuyo nombre es Carmela, iba embarazada de mí; pero faltaban dos meses para que se cumplieran los nueve. Así que fueron muertos de risa, y órale, que me adelanto.

Hube de nacer en Guadalajara y nació, le pese a quien le pese. Me trajo al mundo una anciana adorable, Anita, que además preparaba un agua de fresa deliciosa.

Sinceramente, creo que no hay ningún otro dato importante sobre mi vida. Pero por si las dudas y si quieren saberlo, lean mi novela; que algo se habrá filtrado.<sup>6</sup>

Y aunque *De cuatro cuerdas* tampoco, y mucho menos, sea un análisis literario de la obra de este autor, de pronto me ha sido inevitable hacer hincapié en aspectos de su escritura, al citarla o al parafrasearla, o, cuando lo amerita, al interpretarla y hacer, en efecto, un ligero análisis de sus textos con la finalidad de conectar esos elementos con aquellos que conformaron este momento (quizá sus últimos momentos) en la vida de un hombre que dedicó más de treinta años al ejercicio de la palabra escrita.

Tras la repentina muerte del autor, en febrero de 2017, me decidí finalmente a plasmar por escrito las inquietudes periodísticas que no he conseguido cuajar con mis inquietudes cinematográficas. De

---

<sup>4</sup> Charles Bukowski, *Lo que más me gusta es rascarme los sobacos* (Fernanda Pivano entrevista a Bukowski), Anagrama, 1983, p.51.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p.9.

<sup>6</sup> Solapa de la novela *Un hilito de sangre*, Planeta, 1992, pp.183.

ese modo esbozo quién pudo ser Eusebio Ruvalcaba y, de paso, ineludiblemente, qué representa en el panorama histórico de la literatura mexicana.

Estoy convencido de que, de haber intentado algo así tras culminar mis estudios universitarios (a finales de 2011), me habría sido imposible (siquiera intentarlo). Por varias razones, por supuesto, pero principalmente porque la escritura es un oficio al que nunca se consigue domeñar. Por lo que han tenido que pasar estos diez años (un poco más) para que yo pueda, por lo menos, apuntalar algo cercano a un estilo, a una forma de escribir, indispensable para este trabajo que, como Eusebio tanto insistía en sus talleres literarios, he pretendido vislumbrar en forma de libro, aunque su fin último no sea su publicación.

Es así que he optado por llamar *perfil* a estas páginas porque me valgo de los recursos del periodismo, de la entrevista por principio, pero también de la crónica y del reportaje, para presentar la información que he recabado todo este tiempo sobre el personaje, buscando algo mucho más cercano a eso: a un perfil.

En su libro *El estilo del periodista*, Álex Grijelmo define al perfil como:

[...] una información-interpretación en la que trasladamos las ideas de un personaje informativo tamizadas por la propia visión del periodista. [...] Por tanto, la entrevista-perfil permite una mayor libertad formal. Su lenguaje y técnica se puede asimilar a las descritas para la crónica (pero no las taurinas y deportivas, ni siquiera aunque el personaje sea un torero o un futbolista.)

Por lo general, en la entrevista objetiva (pregunta-respuesta) nos interesa el personaje en cuanto que experto en una materia, y esperamos de él opiniones sobre su actividad profesional, social, política o artística. Si adoptamos el género de la entrevista-perfil será probablemente porque nos ha interesado más el personaje en sí, su trayectoria personal, su mundo interior.<sup>7</sup>

Para el [taller de perfiles literarios](#) que la revista argentina *Anfibia* realizó en 2019, se abordó al perfil de la siguiente manera:

No hay una definición exacta que diga que son. Ni existe un manual de instrucciones que diga cómo se escriben. Tal vez algo de eso explique la seducción que ejercen los “perfiles” sobre quienes leen y escriben. Hay, en esos artefactos periodísticos-literarios, una tensión entre la libertad de la creación y sus límites. Porque: ¿cómo se cuenta una vida cuando es real y no de ficción?

Y cuando hay tantas diferencias que lo cambian casi todo.

Porque no es lo mismo un perfil por encargo y fecha de entrega que un perfil que se elige atraído por algún tipo de emoción; un perfil escrito en primera persona que uno que toma distancia; no es igual tener acceso a quien se perfila que no tenerlo; que sea un perfil individual que uno coral; o que un lugar se transforme en el centro de un perfil; o el perfil de una celebridad –a quien queremos descubrir haciendo cosas comunes– que el perfil de una persona común haciendo algo extraordinario.

Así, en los momentos en que *De cuatro cuerdas* pareciera más cercano a la literatura es porque uso un tono mucho más personal y ensayístico, propio también de la crónica, que es intrínsecamente literaria a pesar de ser esencialmente periodística, como bien señala Carlos Monsiváis en su libro especializado sobre el género, *A ustedes les consta*:

---

<sup>7</sup> Álex Grijelmo, *El estilo del periodista*, Taurus, 2009, p.116.

[...] reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas. Esto implica la no muy clara ni segura diferencia entre *objetividad* y *subjetividad*, lo que suele traducirse de acuerdo a premisas técnicas: el reportaje, por ejemplo, requerido de un tono *objetivo*, desecha por conveniencia la individualidad de sus autores; de este modo, *Los ejércitos de la noche* de Mailer, donde el narrador es el protagonista confeso, no sería un reportaje. En la crónica, el juego literario usa a discreción la primera persona o narra libremente los acontecimientos como vistos y vividos desde la interioridad ajena. Tradicionalmente –sin que eso signifique ley alguna–, en la crónica ha privado la recreación de atmósferas y personajes sobre la transmisión de noticias y denuncias.<sup>8</sup>

O como estableciera Tom Wolfe en sus primeras impresiones de *El nuevo periodismo* o la “dimensión estética del reportaje”, la cual implica una aproximación más íntima, personal, sobre aquello que se escribe:

Con unos cuantos retoques todo el artículo podía leerse como un relato breve. Los pasajes de dilación de escenas, los pasajes explicativos, pertenecían al estilo convencional del periodismo de los años cincuenta, pero se podían refundir fácilmente. El artículo se podía transformar en un cuento con muy poco trabajo. Su carácter realmente único, sin embargo, era el tipo de información que manejaba el reportero. Al principio no conseguí entenderlo, francamente. De veras, no comprendía que alguien tuviera acceso a cosas como la pequeña digresión personal entre un hombre y su cuarta esposa en un aeropuerto, para luego seguir con ese sorprendente *cake-walk* por el armario de los recuerdos en el salón de su segunda esposa. Mi reacción instintiva, de defensa, fue pensar que el hombre había cargado la suerte, como suele decirse... lo había adornado, inventado el diálogo... Dios mío, tal vez había inventado escenas enteras, el mentiroso sin escrúpulos... Lo gracioso del caso es que fue esa precisamente la reacción que incontables periodistas e intelectuales literarios experimentaron durante los nueve años siguientes en lo que el Nuevo Periodismo adquirió impulso. ¡Los cabrones se lo están inventando!; ¡Se lo digo yo, árbitro, esa jugada es ilegal! La resolución elegante de un reportaje era algo que nadie sabía cómo tomar, ya que nadie estaba habituado a considerar que el reportaje tuviera una dimensión estética.<sup>9</sup>

Para Sara Sefcovich, la crónica es la madre de todos los géneros literarios (al menos en México). Así lo establece en su libro *Vida y milagros de la crónica en México*, donde dice que:

Nuestra literatura tiene grandes (enormes) poemas, novelas y cuentos. Pero, como conjunto, la crónica es el género de más calidad, originalidad e innovación. Y es, además, el que le habla mejor que ningún otro a los mexicanos, porque recoge y representa lo que compone esencial de su cultura.

La crónica es lo mejor de la literatura mexicana.

Ésta es, sin duda, una afirmación arriesgada. Pero allí están los textos para dar fe de su verdad.

Lo es, ante todo, por sus afanes: porque se propone dar fe de lo que sucede, pero también entenderlo. Como afirma Hermann Bellinghausen: “No es ningún ejercicio de contemplación piadosa, sino nuestra oportunidad para saber qué pasa”.

Qué pasa y cómo pasa. Y quiénes somos los que lo hacemos suceder.<sup>10</sup>

Al utilizar una estructura intercalada entre el testimonio principal, que es el de Eusebio, con mi propio testimonio y el de las voces de otros personajes que conocieron o escribieron sobre el autor,

---

<sup>8</sup> Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, ERA, 1981, p.13.

<sup>9</sup> Tom Wolfe, *El nuevo periodismo*, Anagrama, 1988, pp. 20-21.

<sup>10</sup> Sara Sefcovich, *Vida y milagros de la crónica en México*, Océano, 2017, pp. 13-14.

–además de fragmentos de la propia obra de Ruvalcaba (primordialmente la ensayística y poética, porque ahí está *su voz*)– da como resultado un *collage* que, por la forma en la que está escrito, incluso podría considerarse cercana a la del documental.

En su libro de entrevistas (*objetivas*, como las definiría Grijelmo) *Miradas a la realidad, Volumen II*, el documentalista José Roviroso conversa con sus colegas en torno a este género cinematográfico y los cuestiona sobre su definición. La que ofrece el Scott S. Robinson coincide con lo que he escrito previamente, en especial con el parangón que establezco entre la crónica, el perfil y el documental (porque, para mí, básicamente, este género cinematográfico es “periodismo trasladado al cine”):

[...] el cine documental es el registro de la realidad que no debería pretender ser necesariamente objetivo ni verídico, ya que siempre se filtra el proceso de creación-realización-producción, por medio del filtro ideológico del propio realizador, del propio cineasta. [...] establece, digamos, una atención inherente sobre el objetivo, es decir la realidad, pero a sabiendas que la percepción de esa realidad nunca es objetiva, sino que siempre es un producto subjetivo al traducirse al género cinematográfico.<sup>11</sup>

Al respecto, Salvador Díaz profundiza, en ese mismo libro, sobre la definición de documental a través de la mirada de quien estudió y ejerció el periodismo, y de quien llevó a la práctica dicho género cinematográfico:

El documental, en concreto, se fundamenta en la filmación de hechos irrepetibles. Y habría que añadir, volviendo a lo primero que señalaba, que el cine documental no es un género puro pues utiliza elementos de ficción [o del periodismo, diría yo]; por ejemplo, en las reconstrucciones de acontecimientos específicos, en las cuales quienes actúan son los mismos protagonistas, no son actores profesionales: ellos viven, reproducen su propio entorno, testimonian su propia realidad [...]

Entonces, creo que el cine documental aborda la realidad seriamente, con un afán de analizarla, con un afán de sintetizarla, de darle un orden. Vivimos en un caos, en un todo desorganizado, y el documentalista, como el sociólogo, el antropólogo y los estudiosos de las ciencias sociales [los periodistas y los escritores también, diría yo] tienen que organizarlo. El cine documental no hace un saqueo de los acontecimientos, sino que los organiza en imágenes, define conceptos y sintetiza partes de ellos, de tal manera que uno pueda acercarse al sector que más le atraiga, del que de una u otra forma tenga más capacidad para hablar.<sup>12</sup>

Al principio pensé que tenía que desapegarme de mi “objeto de estudio”. Ver a Eusebio a la distancia, desde lejos, para no ensuciarme. Pero, como hemos visto hasta aquí, en el llamado periodismo narrativo (o literario), al cual deseo adherirme, la objetividad es, digamos, nada más que irrelevante.

Al contrario: había que entrar de lleno a la tormenta.

Fue así que una enorme parte del reto ha consistido en elegir una voz narrativa adecuada para contar una historia que llevo diez años intentando contar.

Por lo que opté por la primera persona.

Por el yo.

---

<sup>11</sup> José Roviroso, *Miradas a la realidad, Volumen II*, Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC), UNAM, 1992, p.17.

<sup>12</sup> Ídem, p.65.

No como mera vanidad (espero), sino por la necesidad de escribir con la mayor cercanía y franqueza posibles. Desde la intimidad y la memoria (y por eso lo escribo desde el presente, como si estuviera ocurriendo en el ahora). Lo más próximo a una supuesta *verdad*.

“La mirada de un periodista no suele dejar conforme a todo el mundo”, dice Leila Guerriero en *Zona de obras*, libro de reflexiones en torno a la escritura y el periodismo, donde además escribe:

Un periodista narrativo tiene la misma obligación y la cumple –igual que un escritor de ficción– a ciegas, sabiendo, apenas, que si no hay fórmulas precisas, sí hay algo seguro, y es que sea cual fuere la forma adecuada para contar una historia, nunca será la de un exhibicionismo vacío de la prosa. Una andanada de sinécdoques, metonimias y metáforas no logrará disimular el hecho de que un periodista no sabe de lo que habla, no ha investigado lo suficiente, o no encontró un buen punto de vista. En el buen periodismo narrativo la prosa y la voz del autor no son una bandera inflamada por suaves vientos masturbatorios, sino una herramienta al servicio de la historia.

Dice también:

[...] solo conociendo se comprende, y solo comprendiendo se empieza a ver. Cuando se ha desbrozado la maleza, cuando es menos confusa esa primigenia confusión que es toda historia humana –una confusa concatenación de causas, una confusa maraña de razones–, se puede contar.

Y contar no es la parte difícil del asunto. Porque, después de días, semanas o meses de trabajo, hay que organizar un material de dimensiones monstruosas y lograr con eso un texto con toda la información necesaria, que fluya, que entretenga, que sea eficaz, que tenga climas, silencios, datos duros, equilibrio de voces y opiniones, que no sea prejuicioso y que esté libre de lugares comunes. La pregunta, claro, es cómo hacerlo. Y la respuesta es que no hay respuesta.<sup>13</sup>

Por lo tanto, *De cuatro cuerdas* también busca ser un ejercicio de la memoria (que, como a todos, suele fallarme), de reconstrucción. El reseñista Iván Vila escribe, sobre el libro autobiográfico [La noche de la pistola](#), del periodista estadounidense David Carr, que:

La memoria es siempre ‘una forma muy personal del mito de la creación’, un mito ‘en el sentido clásico, un relato con piedras de toque y dioses personales que, a medida que se cuenta, se vuelve cada vez más sagrada. Y quizá cada vez menos veraz’. Porque los recuerdos ‘pueden estar basados en lo que sucedió, pero se reconstruyen cada vez que se evocan, de tal forma que los hechos que recordamos con más frecuencia son los menos exactos’, y porque ‘cuando el pasado se vierte sobre el momento actual, se contagia de una obsesión por la coherencia que exige que todas las piezas encajen, tanto si lo hacen como si no’. Carr trata de recuperar las aristas eliminadas de ese relato mítico de nosotros mismos que nos permite soportarnos.<sup>14</sup>

*De cuatro cuerdas* es, insisto, el relato sobre una amistad.

Por lo tanto sobre una traición.

Porque, según la periodista Janet Malcolm:

---

<sup>13</sup> Leila Guerriero, *Zona de obras*, Anagrama, 2015, pp.35-36.

<sup>14</sup> “[David Carr: yonqui, maltratador y quizá el mejor periodista de su época](#)”, Iván Vila, *Vanity Fair*, 4 de julio de 2017. El libro de Carr es ya imprescindible en mi reciente concepción del periodismo y la escritura. Ya reposa en mi cabecera.

Todo periodista que no sea tan estúpido o engreído como para no ver la realidad sabe que lo que hace es moralmente indefendible. El periodista es una especie de hombre de confianza que explota la vanidad, la ignorancia o la soledad de las personas, que se gana la confianza de éstas para luego traicionarlas sin remordimiento alguno. Lo mismo que la crédula viuda que un día se despierta para comprobar que el joven encantador se ha marchado con todos sus ahorros, el que accedió a ser entrevistado aprende su dura lección cuando aparece el artículo o el libro. Los periodistas justifican su traición de varias maneras según sus temperamentos. Los más pomposos hablan de libertad de expresión y dicen que “el público tiene derecho a saber”; los menos talentosos hablan sobre arte y los más decentes murmuran algo sobre ganarse la vida.<sup>15</sup>

Yo, desde luego, hablo sobre arte. Y por eso también digo que *De cuatro cuerdas* es la historia de una derrota.

Por lo tanto, de una lucha.

Porque el escritor lucha permanentemente.

Lo intenta, siempre.

Y quizá sea eso lo único que importe.

---

<sup>15</sup> Janet Malcolm, *El periodista y el asesino*, Gedisa, 2004.

# I

Eusebio Ruvalcaba está recargado sobre la mesa, iluminado por una tenue luz.

Duerme plácidamente en la cantina La Perla, de la colonia Carrasco en la Ciudad de México, en aquella silla de madera. Ronca un poco.

Frente a él hay tres jóvenes, dos hombres y una mujer, que de vez en cuando chocan sus cubas; hace un buen rato que, por la diabetes, Eusebio no bebe ron.

Prefiere vodka. O whisky.

Horas antes de estar así, sesionó en el taller que imparte los sábados en el centro de Tlalpan. En esta temporada se reúne con sus alumnos en el café Katsina, lugar donde llevan poco tiempo y el cual será su última sede.

Un par de años antes el taller se hallaba en La casa de Juan, otro café del rumbo, muy cercano, y antes de ambos cafés se llevó a cabo en otros lugares.

La Perla (llamada como aquella novela de Steinbeck que Eusebio apreciaba tanto como a su autor) está ubicada sobre un cerro, en un barrio marginal. Ahí, por la tarde, se transmitió un partido de la liga mexicana de fútbol en una televisión empotrada en una de las esquinas. Los comensales, mientras tanto, degustaron quesadillas de distintos guisos.

Eusebio Ruvalcaba despierta, de pronto, de la breve siesta. Sin despabilarse del todo, le pide a uno de los jóvenes que se acerque a él porque le dirá “algo muy importante”.

—Estoy a punto de morir —dice, en la voz más baja que puede, tras apretar los ojos uno contra otro, con toda su fuerza.

El joven que se acerca, y que es matudo y viste playera negra, jeans y chaleco de mezclilla desgastado con parches de logos de bandas metaleras en la espalda, soy yo.

Con un gesto compungido apoyo una de mis pequeñas y regordetas manos sobre la delicada mano de dedos finos de Eusebio. Y luego de darle un trago largo a nuestros respectivos vasos, cada quien mira hacia ninguna parte.

—Profe, no, no diga eso —digo, por fin.

*Profe*, así le he dicho durante años a Eusebio, quien permanece en silencio, firme ante aquella evocación tan nítida, tan deseada, de la oscuridad total.

—He dado todo lo que tenía que dar —complementa el hombre de 63 años acerca de su propia muerte, sobre la cual había escrito:

Dolor no, sería pecar de exceso.

Mejor vino, tequila y dulce charla.

Que me revivan. Que la gente evoque

mi amor por Wolfgang Amadeus, mis yerros.

Mi pasión por el cuerpo femenino  
—y por alguno que otro masculino.  
Que los deudos no hablen de inundaciones  
o del alza frecuente de los precios.

Pero que rían mucho a costa mía.  
No quiero nada más por esa noche.  
Sólo faldas abiertas hasta el muslo.

Es todo. Lágrimas o carcajadas,  
da igual. Pero que haya un cuarto vacío  
para que los amantes se entretengan.<sup>16</sup>

Después se pone de pie y los tres jóvenes lo acompañamos a la puerta de La Perla. Ahí afuera lo espera un taxi que lo conducirá, sano y salvo, hacia la casa que aún comparte con su esposa.

Uno de los primeros días de enero de 2017 Eusebio Ruvalcaba se encontraba hospitalizado, grave.

El mes previo tuvo un accidente: borracho se cayó y se golpeó la cabeza.

Luego pidió un taxi que lo llevaría a la casa en la que vivía solo, sin su esposa, tras unas copas en alguna cantina con algún amigo.

No mucho antes, el 25 de noviembre de 2016, quien tuviera por nombre Eucario Eusebio Ruvalcaba Castillo [publicó en su blog](#):

*Demasiado tarde.*

A esas dos palabras las tituló “Epitafio”.

Falleció el 7 de febrero de 2017, luego de permanecer casi un mes en el hospital.

Su mayor ambición, de acuerdo con la solapa biográfica de su libro *Una cerveza de nombre derrota*, era ser enterrado en Oaxaca, con música de Brahms de fondo.

No sucedió así.

[La muerte de Eusebio Ruvalcaba](#) cimbró a familiares, amigos y al [gremio cultural](#) del que tanto rehuía.

Cimbró a tal grado todo que desde conocidos actores, como Gael García Bernal (“[Hay que escuchar la música como si Eusebio Ruvalcaba nos la presentara. Y todas y todos lxs jóvenes, a leer “Un Hilito De Sangre”](#)”), hasta el entonces presidente de México, Enrique Peña Nieto (“[Lamento el fallecimiento del escritor, periodista y poeta mexicano Eusebio Ruvalcaba. Mis condolencias para sus familiares y amigos.](#)”), publicaron a través de sus cuentas de Twitter sus respectivos mensajes de pésame.

Aún después de muerto, Eusebio invitó a todos, como hizo muchos años de su vida, a escribir: diversos textos de diversidad de autores circulan todavía en la red despidiéndose de él.

---

<sup>16</sup> “La noche de mi muerte”, poema aparecido en: Eusebio Ruvalcaba, *El argumento de la espada*, Instituto Politécnico Nacional, 2016, p. 81.

Por ejemplo, el que escribió [Emiliano Pérez Cruz](#), donde recordó<sup>17</sup>:

Con Eusebio coincidimos en reuniones elícticas y etlícticas; en cantinas, aulas, calles, velorios, sepelios; compartimos querer, íntimos aromas de nuestras mujeres, sorpresas ante lo cotidiano, desaliento, tristeza, melancolía; también departimos en centros de trabajo: redacciones, editoriales, oficinas burocráticas... Porque trabajamos, cómo no. Sobre todo Eusebio trabajaba: cuento, ensayo, novela, poesía, epistolarios, aforismos, antologías..., no para triunfar, sino para ser. Porque lo sabía, según escribió, que *nada queda después del triunfo*.



Foto: David Magaña Figueroa.

En su velorio, el martes 7 de febrero de 2017, se presentaron colegas, alumnos y familiares. David Magaña Figueroa fue uno de ellos.

Ahí, quien fuera su editor en Daga Ediciones, se acerca a mí.

Y dice:

---

<sup>17</sup> Emiliano Pérez Cruz, “Eusebio, entre el cálido plumaje de la eternidad”, 22 de febrero de 2017.

—Tu maestro.

El aspecto de David es terrible. Ya no es aquel tipo fuerte, robusto, que conocí cuando fue mi profesor en la universidad. Ahora está delgadísimo, sosteniéndose con un bastón.

—Vengo de un derrame cerebral —continúa, mientras lo ayudo a sentarse—. Perdí todo. Poco me faltó para estar en el lugar de Eusebio —y señala el féretro que está frente a ambos, rodeado por cirios. El resto de los asistentes, que fueron muchos a lo largo del día y de la noche, están de pie o sentados a su alrededor.

Fue en la clase de David donde conocí el texto *Sesenta guiños literarios*. Lo publicó de forma independiente, con fines didácticos, en una colección llamada “Biblioteca del periodista”, que incluía textos del mentado Pérez Cruz, de René Avilés Favila, Juan Miguel de Mora, Ignacio Trejo Fuentes, entre otros.

En un fragmento de aquel volumen, Ruvalcaba escribe:

El escritor sin talento pero con tenacidad avanza más rápidamente que el escritor talentoso. Porque no acaba de asumirse como hombre de letras. Desconfía de que lo nombren polígrafo, poeta, novelista. Sabe que carece de talento y entonces sospecha del elogio, de la zalamería, del comentario apologético. El escritor sin talento pero con voluntad no se da por vencido. El hecho de carecer de talento lo obliga a acometer porfiadamente la consecución de su novela, sabe que su única diosa es la disciplina, y en esa medida trabaja y se entrega.<sup>18</sup>

Fue gracias a esas líneas que me interesé en él. Y, no supe en ese momento por qué, en hacerle un documental (que aún no termino, pero del que inicié su grabación).

Con esa finalidad, la de hacer una larga entrevista en video que recorriera toda su vida, para el documental, un sábado por la mañana nos reunimos en el parque del centro de Tlalpan, un par de horas antes de la sesión de su taller.

Como siempre, Eusebio llega puntual.

Sobrio, fresco.

Se sienta en una de las banquitas. El camarógrafo, amigo mío, matudo también (aunque rubio), le coloca el micrófono lavalier.

Yo me coloco en cuclillas, casi hincado frente al escritor, con la libreta donde tengo anotadas mis preguntas. Luego me pongo de pie y así, parado a un lado de la cámara que está empotrada sobre un tripie, las personas y curiosos mirando, inicio la conversación con el autor de *El diablo no quedó defraudado*.

—Bueno, *maestro* —y carraspeo; a Eusebio no le gusta ese término—, ¿por qué y para qué escribe Eusebio Ruvalcaba?

—Para ganarme la vida. Escribo porque tengo necesidad de expresar lo que siento y lo que pienso. A través de la escritura le doy salida a esas cosas.

—¿Cómo fue que empezaste a escribir y qué fue lo primero que escribiste?, ¿cómo fue que empezaste esta carrera de escritor?

---

<sup>18</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Sesenta guiños literarios*, Biblioteca del periodista, 2009, p.15.

—Fue la coincidencia de tres factores que, de alguna manera, acontecieron en un mismo momento. En ese entonces tenía 25 años; mi padre murió en ese periodo. Él había sido violinista y me propuse, de alguna manera, proseguir su labor, pero no a través de la música sino de la palabra. Esa fue una circunstancia. La otra, fue que me enamoré de una chica. Yo estaba casado, tenía dos hijos...

Eusebio me mira y mira su entorno. La mañana es soleada; detrás de él hay unos arbustos que irradian todo su verdor.

—...y me propuse conquistarla escribiendo cosas para ella. Estudiaba la licenciatura en historia. Recuerdo que estaba haciendo un trabajo en el Colegio de México, que en ese entonces estaba en la colonia Roma, en la calle de Guanajuato, y de pronto me vi escribiendo un poema para esta chica, de nombre Teresa. Cuando terminé de escribir el poema, me dije: “Esto es lo que yo vine a hacer al mundo. A escribir.”

Al decir eso, en la mirada de Ruvalcaba aún logra adivinarse una ilusión.

Una esperanza.

Y continúa:

—Ese fue el segundo factor. El tercero: nunca en mi vida había leído. Había leído algo de poesía, de narrativa. Nada, casi cero. [En la universidad] Tenía un maestro de materialismo histórico de nombre Enrique González Rojo. Y él dijo alguna vez: “Además de ser maestro y filósofo, soy poeta”, y nos invitó a un recital. Y fui. Bastó con que lo oyera para que me asombrara muchísimo. Porque se me hicieron poemas padrísimos, que entendí, y me conmoví porque yo me había quedado en poetas del siglo XIX, y malos, ni siquiera buenos poetas. Por eso cuando él empezó a recitar esos poemas yo dije: “Si eso es poesía, yo puedo escribir poesía.”

Ese instante en que el lápiz se detiene  
es el colibrí en vuelo suspendido.  
Las imágenes sobrevienen entonces  
con la celeridad de aquellas alas al viento.  
La expectación surge porque en su reposo  
indiscernible, el instrumento que ejercita la escritura  
ha perdido el don de la palabra  
y el pájaro está por caer a tierra.  
Ha transcurrido apenas el prodigio de una idea  
o la ilusión de un ave ante la flor.<sup>19</sup>

—Así fue como resolví encaminar toda mi vida hacia la palabra escrita —dice Eusebio, quien esa noche, tras escribir aquel poema en el Colegio de México, llegó con su primera esposa, Maris, y le dijo:

—Mañana ya no voy a la universidad.

A lo que ella le contestó:

—¿Por qué?

— Porque ya no me interesa la licenciatura en historia. Me interesa ser escritor.

---

<sup>19</sup> “El trabajo del poeta”, poema aparecido en: Eusebio Ruvalcaba, *El argumento de la espada*, Instituto Politécnico Nacional, 2016, p. 57.

Sobre aquella breve temporada en la universidad, Eusebio escribió el texto “Mi paso por la UNAM”, en el que consignó lo motivantes que eran para él las clases de González Rojo, y cómo eran las de otros profesores, como Arturo Azuela:

Tengo presente que en la segunda sesión —yo era su único alumno—, ante la impresión del aula vacía, el maestro me preguntó si podía leerme el primer capítulo de una novela suya aún en manuscrito. Respondí que sí y Azuela me leyó *El tamaño del infierno*; por supuesto la lectura —que yo agradecí— se llevó los dos semestres de la materia. Nunca me expliqué el MB con el que don Arturo me calificó. Yo, que en esa época no escribía, solía maravillarme con las descripciones de esos personajes inolvidables.<sup>20</sup>

Por aquellos años Eusebio llegaba a la facultad a bordo de un Mustang 1969 que sus padres le habían regalado por creer que había terminado la preparatoria y entrado a la universidad. Cosa que en realidad hizo un año después.

Alguna vez resaltó que ese engaño a sus padres fue una de las experiencias más aleccionadoras de su vida. Del mismo modo el hecho de invitar a las chavas a irse con él en ese carro a Cuernavaca (cosa que no sucedía). De otra forma, se preguntaba, si hubiese seguido el camino de todos, ¿habría terminado sus días siendo un señor emperifollado como terminaron por serlo sus colegas de carrera?

Lo cierto es que un año después de su muerte, Enrique González Rojo correspondió a la relación de alumno-maestro que Eusebio siempre ponderó, al escribir que:

A partir de ese momento [de conocer su obra poética], Ruvalcaba se lanzó a escribir con el empeño, la pasión y el entusiasmo con que siempre lo hizo, su primer libro de poemas [...] fue un escritor extraordinariamente fecundo y resultó muy laureado en vida [...], pero su obra no ha sido en realidad estudiada ni evaluada a profundidad. En esta intervención no intento llevar a cabo este análisis ni estoy en capacidad de hacerlo, pero me gustaría sugerir a los críticos y estudiosos de la literatura mexicana la conveniencia de hincarle el diente a una obra que, no me cabe la menor duda, está llena de riquezas insospechadas y aciertos inolvidables.<sup>21</sup>

—¿No había un antecedente en tu familia? —le pregunto ahí, en la banca del parque, a Eusebio—, tus padres eran músicos pero, ¿en casa se leía?, ¿alguien ahí escribía?, ¿te habían inculcado la lectura o fue hasta ese momento en que entraste a la universidad?

—Mi abuela, la madre de mi madre, había escrito poesía cuando era una jovencita. Al mismo tiempo mis padres leían, sobre todo mi madre era una lectora voraz y cuidaba mucho la ortografía. Se escribían así de cartas —dice, y con ambas manos abre un gran espacio vertical—. En un libro que escribí sobre mi padre, que se llama *Higinio Ruvalcaba memorias de, aproximaciones*, o algo así es el título<sup>22</sup>, incluyo un apéndice de correspondencia que hubo entre mis padres. El tono es erótico-amoroso y son cartas visionarias. Eso existió entre ellos. Existía entonces el amor por la literatura, pero de un modo muy sesgado.

---

<sup>20</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Una mosca devastada (...)*, p.194.

<sup>21</sup> “El desnudamiento poético de Eusebio Ruvalcaba”, texto que González Rojo publicó en la revista *Transgresiones*, en su número 3.

<sup>22</sup> Se refiere al título *Higinio Ruvalcaba, violinista*, editado por Educal.

Al respecto, Eusebio profundiza en un fragmento de su texto “Algunos apuntes sobre mi madre, una pianista”, que aparece en el libro *Con los oídos abiertos*, donde compila artículos sobre música que publicó en medios como *El Financiero*, *Pauta*, *Jazz*, *Casa del tiempo*, entre otros.

Mi madre despertó en mí el amor por la literatura contándome la vida de los músicos, la vida de los comerciantes más significativos de La Merced, la vida de los carretoneros. Entonces hablaba y hablaba. De su boca salían las historias más increíbles. Pero sobre todas las cosas, le gustaba contarme la vida que había llevado con mi padre. Irremisiblemente terminaba con los ojos llenos de lágrimas.<sup>23</sup>

Carmela Castillo Betancourt, quien falleciera un 22 de diciembre de 2006, le escribía a su futuro marido:

Creeme, mi Higinio, no puedo disfrutar ya nada en la vida sin ti. Aun en la contemplación de un paisaje maravilloso me haces falta. Esta mañana los volcanes estaban espléndidos, el sol brillaba intensamente, y, sin embargo, me decía: “Todo esto me parecería más hermoso si él estuviera a mi lado”. Alma mía, ¿cuándo, cuándo podremos estar juntos? Te dije ayer en la mañana que de ti depende, porque cuando eres bueno y cariñoso me animas y das valor. Además sería yo tan feliz si compusieras algo, si dieras unos conciertos en México, si estudiaras mucho para perfeccionarte (mi padre siempre andaba en la bohemia); mi vida, qué no he de querer para ti sino únicamente el bien de tu persona y tu arte. Comprende mis deseos y realízalos. Si yo viera que anhelas triunfar, que aspiras a la perfección, no tendría ningún temor y con los ojos cerrados me casaría contigo.<sup>24</sup>

—Y en el inicio de tu carrera como escritor, ¿qué fue lo primero que te publicaron? ¿Qué libro publicaste? ¿Cómo te acercaste a la editorial? ¿Cómo fue ese proceso? —le pregunto a quemarropa a Eusebio. Él, paciente, me escucha. Y responde, la voz pausada tras pensar cada una de las palabras que está a punto de decirme:

—Desde el principio, cuando empecé a escribir, lo hice con una gran vehemencia, con mucha tenacidad —luego se detiene y voltea: mira a la gente que pasa—. Escribía y armaba libros en un mes; [eran libros] de poemas de amor, y eran libros gruesos que siempre iban a parar a manos de Teresa.

Al respecto, en un fragmento de su trabajo para obtener el grado de licenciatura, Francisco Valencia, escritor y amigo íntimo del autor, resalta que:

El primer texto publicado por Eusebio Ruvalcaba se llamó “Julio Ruelas en blanco y negro”, y fue un trabajo de crítica plástica entregado a su profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Xavier Moysén, quien, por iniciativa propia, lo envió al suplemento cultural de *El Nacional*. Cuenta Eusebio que cuando su maestro le informó que dicho texto sería publicado, estuvo al pendiente de su aparición, y que cuando esto finalmente sucedió fue a todos los puestos de periódico de la avenida Insurgentes a comprar los ejemplares disponibles de *El Nacional*. Era 1976, Eusebio tenía 25 años de edad y, sin saberlo, con ese artículo daba inicio a una prolífica carrera en el campo de las letras.<sup>25</sup>

---

<sup>23</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Con los oídos abiertos*, Paidós, 2001, p.154-155.

<sup>24</sup> *Ídem*.

<sup>25</sup> Francisco Valencia Castillo, *Eusebio Ruvalcaba: hacia una literatura vivencial*. Tesina de licenciatura. México: UNAM-FFyL, 2010, pp. 52-53.

Quiero suponer que ese texto que menciona Valencia fue previo o posterior al que refiere Ruvalcaba [en una entrevista](#) que le hicieron en canal 22 a propósito de su libro *Temporada de otoño*, donde dice que su primer texto hablaba sobre su padre y que lo firmó con el pseudónimo de Eusebio Redes “como homenaje a Silvestre Revueltas”.

Ruvalcaba cuenta en esa misma entrevista que dicho texto se lo llevó a su padre y este, al verlo, le preguntó qué era eso y quién era ese tal Eusebio Redes.

—Soy yo —le dijo Eusebio.

—Tú te apellidas Ruvalcaba, no Redes —le dijo Higinio.

Eusebio le explicó el porqué se puso así, y lo que su padre hizo fue tomar la revista donde se publicó aquel texto y tirarla al bote de la basura.

—El día que te pongas Eusebio Ruvalcaba —le dijo— me traes tu artículo y lo leo con mucho gusto.

—De pronto tenía suficiente diversidad poética —continúa Eusebio, frente a mí— y me propuse editar un libro. Fui a la mejor editorial en aquel entonces, que era Joaquín Mortiz. Llevé mi mecanoscrito, mi original, y me dijeron en la recepción:

—¿Sí?

—Traje este libro para someterlo a la consideración de ustedes.

—¿Quién lo acompaña, quién es usted?

Eusebio le dijo su nombre y apellido a la recepcionista.

—¿Pero quién lo acompaña? ¿Viene acompañado de algún escritor, de algún crítico literario? —le dijo ella.

—No, vengo solo.

—¿Alguien que tenga aquí publicado un libro?

—No, no conozco escritores. Vengo solito.

La recepcionista, entonces, le indicó una pared donde había —asegura Ruvalcaba— “como doscientos originales formaditos”.

—Todo eso que ve ahí son originales como el que usted trae —dijo ella— y todos están esperando que los dictaminen. Yo puedo ponerlo ahí, hasta el final. Van a ser como dos años para que espere el dictamen y lo más probable es que le digan que no. Porque usted no ha ganado premios ni nada. Nadie lo conoce. Es muy difícil que se le publique. Pero pues déjelo, yo por mí ahí lo pongo.

—No, pues mejor me lo llevo. Gracias.

—Y me llevé el libro —recuerda Eusebio—. Luego iba caminando por la colonia Roma y pasé enfrente de una imprenta. Me metí y le dije al maestro impresor:

—¿Puede publicarme este libro, pagando yo el costo?

—Sí, claro.

—A ver, hágame un presupuesto.

—¿Cuántos ejemplares quiere?

—Pues unos cien estaría bien.

—El impresor vio los poemas, vio más o menos de qué se trataba —me dice Ruvalcaba—. Sacó sus escuadras, sacó sus reglas, y me dijo: “Pues le sale en [haz de cuenta, dice Eusebio] mil pesos”.

El escritor en ciernes llevaba consigo “como 60 pesos”. Entonces le dijo al impresor:

—Le dejo esto y después le traigo el cincuenta por ciento. ¿Para cuándo lo tendría?

—En quince días.

—Hice eso y a los quince días fui por las cajas —continúa Eusebio su remembranza—. No tuve que pasar ese infierno de estar esperando dos años para que me dijeran: “No”.

Ruvalcaba, sin embargo, logró publicar en Joaquín Mortiz casi veinte años después. Lo hizo en 1994, con el libro de cuentos *Jueves Santo*, que ganó el entonces prestigiadísimo premio de cuento San Luis Potosí, en su edición de 1992.

—Ya con el libro en la mano, me dije: “Ahora el siguiente paso es venderlo, llevarlo a librerías” —dice Eusebio—. Empecé con mucho entusiasmo. En esa época era todo mucho más simple. Llegaba a la librería Hamburgo, a la librería Insurgentes, que ya ni existe, con diez ejemplares para cada librería; me lo recibían y yo me comprometía a regresar para que me dieran el dinero, porque se quedaban a consignación. Nunca regresé a ninguna. Ya después me dio flojera y entonces lo que hacía era: a la gente a la que le veía cara así como de que estaba sufriendo, le regalaba el libro. Me la pasaba regalándolo y me deshice de la edición en un tris. Fue padre, eh.

—¿Cómo se llamaba ese libro, te acuerdas?

—Sí. *Atmósfera de fieras*.

No voy a decir: Eusebio Ruvalcaba es una promesa. Tampoco: nos hallamos ante un joven que. No voy a asentar nada de eso. No voy a acudir al lenguaje diplomático, formal y huidizo. Voy más bien a comprometer mi juicio, a empeñarlo seriamente y sin taxativas. Ruvalcaba, este joven poeta de veinticinco años, es un poeta hecho y derecho. No tengo reservas para llamarlo gran poeta. Para admirarlo, para ofrecerle el homenaje de mi feroz envidia cuando mueve la pluma. Es un poeta soez, maleducado. Agresivo en extremo. Ingenioso y mordaz como pocos. Tierno como un bendito. Rebelde, luchando a brazo partido contra el régimen social y el *establishment* literario. Eusebio: tu *Atmósfera de fieras* es una sensacional muestra de lo que yo he llamado “poemas-pecho-tierra”. ¡Qué manera tan soberbia de entrar al mundo de la poesía mexicana!

Fue Enrique González Rojo quien escribió ese texto, la cuarta de forros de la primera y única edición de dicho poemario.

—Inconsequible ya... —le digo a Eusebio.

—Inconsequible, naturalmente. Bueno, una vez alguien que fue a una presentación me llevó el libro para que se lo autografiara. Le dije: “¿De dónde salió?”, y me dijo: “Pues un amigo me lo regaló, que se lo regaló el autor”, y no se qué y no sé cuánto. Y le dije: “Uh, hacía tantos años que no veía ese libro”.

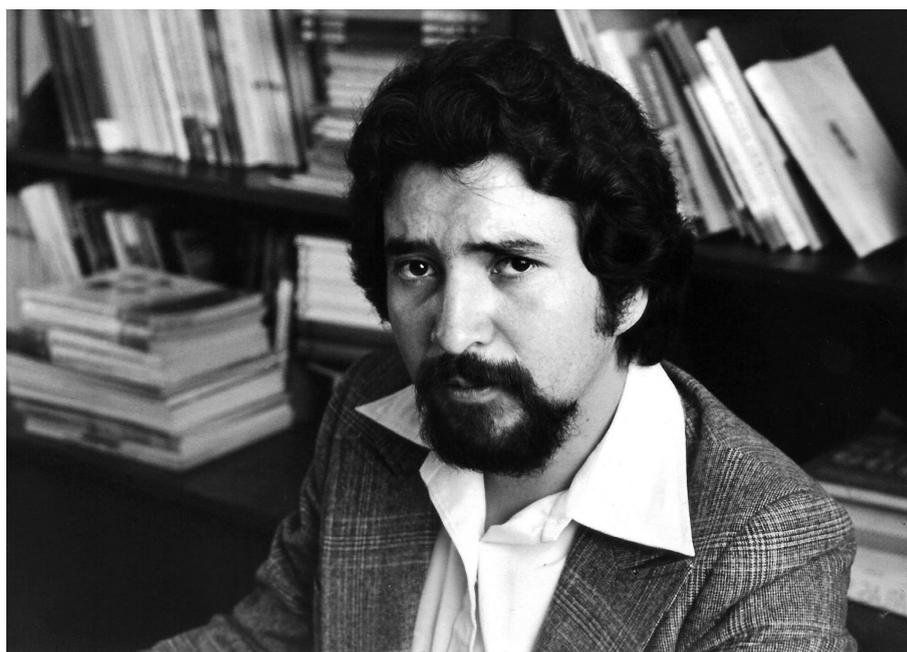
No es por ningún  
afán, sabételo;  
tampoco por buenaventura  
o maldición;  
no,  
si yo escribo  
es porque mis venas

de cristal  
por fin  
estallaron.<sup>26</sup>

Sobre cómo se concibió *Atmósfera de fieras*, González Rojo profundiza en el texto que escribió un año después de muerto Eusebio:

Con un poco de temor, y un mucho de timidez [Eusebio] le entregó el manuscrito al poeta Jaime Labastida para que le brindara su opinión. Labastida, con los eufemismos que se suelen utilizar en estos casos, le dio a entender que el poemario de marras debía ir directamente y sin escrúpulos al cesto de la basura. Eusebio, desencantado, titubeando acerca de su talento, tomó la decisión de conocer una segunda opinión y, entonces, se acordó de mí y fue a buscarme.

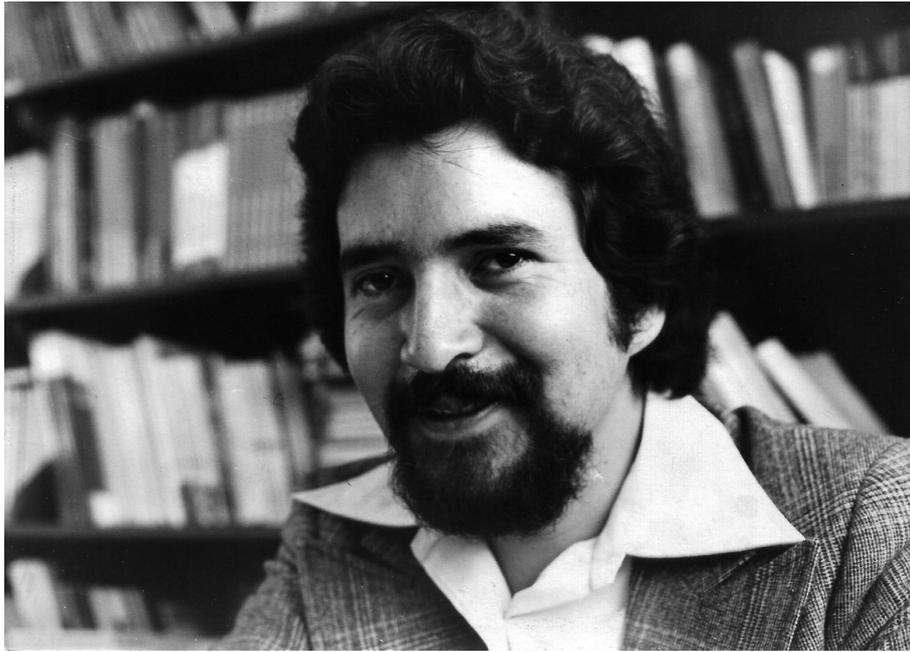
En los días subsiguientes leí con cuidado los textos de Eusebio y, aunque representaban sus primicias como escritor, me gustaron de tal manera que acepté escribir una nota para la cuarta de forros de su *Atmósfera de fieras*, libro que se publicó el 30 de junio de 1977. En esta presentación digo, entre otras cosas, que “Ruvalcaba, este joven poeta de veinticinco años, es un poeta hecho y derecho. No tengo reservas para llamarlo gran poeta”. Mi entusiasmo por un escritor que era ya algo más que una promesa me hizo caer entonces, posiblemente, en una exageración. Pero algo vislumbré en ese momento y mis elogiosas palabras no están exentas de un sentido premonitorio.<sup>27</sup>



---

<sup>26</sup> “De cristal”, poema publicado en: Eusebio Ruvalcaba, *Atmósfera de fieras*, 1977, p.30

<sup>27</sup> González Rojo, *Ibidem*.



Fotografías: archivo INBA.

Cierta noche, como cierre de fin de año, los talleristas del café Katsina nos reunimos en la casa de alguno de nosotros.

Estamos sentados en la sala en torno a Eusebio Ruvalcaba, quien nos narra cómo fue que conoció a Julio Scherer y a Vicente Leñero, quien recién había fallecido.

En la comodidad de ese espacio, al sur de la Ciudad de México, Eusebio cuenta que fue gracias a que Scherer conocía la música de su padre Higinio que se tomaron unos tragos. Que don Vicente Leñero no bebía mucho.

Y es gracias a que dice eso que le pregunto si le gusta la escritura del autor de *El evangelio de Lucas Gavilán*.

—Tiene un cuento impresionante en uno de sus libros, sobre la novela que Juan Rulfo nunca escribió, ¿cómo se llamaba? —dice, y no menciona el suyo propio, un cuento sobre alguien que trabajaba con el autor de *Pedro Páramo*, llamado “Al fin murió Rulfo”, incluido en su libro *¿Nunca te amarraron las manos de chiquito?*

—“La cordillera” —le respondo de inmediato. Por casualidad acabo de leer *Gente así*, el volumen donde viene ese texto; un libro que le recomiendo a todo el mundo por esa mezcla tan hermosa (y simple) entre crónica y cuento.

—“La cordillera” —repite Eusebio, y recomienda al resto de los que están ahí su lectura. Luego brindamos.

Tras revisar su blog me encuentro con un texto que escribió a propósito de Vicente Leñero, al que intituló (como a Ruvalcaba le gustaba decir): “[Vicente Leñero. In Memoriam](#)”, donde corrobora algunas de las cosas que nos había dicho:

Quando me dio la mano no lo creí. Recién había publicado mi primer libro. De poesía, *Atmósfera de fieras*. Que estaba dedicado a “Julio Scherer y demás compañeros de trinchera”. Vaya que si lo admiraba. Había leído *Los periodistas*. La palabra de Vicente Leñero era ley para mí. Devoré esa novela de corte realista. Hablaba de la historia del diario *Excélsior*. Del golpe político que le propinaron cuando se lo arrebataron a Julio Scherer. De

cómo se gestó el contubernio entre los aliados del presidente Echeverría. Digo que en ese libro descubrí la realidad de los hechos. La truculencia al desnudo. Fue como un abrirme los ojos. Pero como a mí me interesaba escribir, descubrí en la prosa de Leñero la contundencia de la palabra escrita.

—Y de *Atmósfera de fieras*, ¿cuánto pasó para que te aceptara una editorial? ¿Qué tuvo que suceder? —le pregunto a Ruvalcaba.

—Insisto en que tuve mucha tenacidad. Seguí escribiendo y escribiendo y escribiendo. Y de pronto empieza uno, de alguna manera, a movilizarse, a conocer gente. Conocí a un editor centroamericano, cuyo nombre era Enrique Jaramillo Levi, y él me preguntó: “¿No tienes material?”. Me dijo que le habían gustado mis poemas y que él podía publicar otro libro. Y le dije: “Sí, ya tengo algo”. Hice otra selección, se la di, y ese libro se llamó *Homenaje a la mentira*. Ya tenía un sello editorial. De pronto ya está uno inmerso en este tráfico de ideas y comerciantes, y algunos se interesan y te piden material y entonces todo consiste en que uno esté trabajando constantemente. Te piden un libro de cuentos, tienes que tener armado un libro de cuentos, o lo que sea, y así es como se van enganchando las cosas. En mi caso, y en el caso general, cuando no tienes un padrino fuerte. El libro va abriéndose paso por sí mismo.

—Después de haber decidido ser escritor, ¿qué fue lo que empezaste a leer? ¿Qué autores te empezaron a marcar o a influenciar para poder escribir?

—Lo mismo narradores que poetas. Básicamente los narradores eran extranjeros; no me acerqué a la literatura mexicana sino ya muy, pero muy tardíamente. En cambio poetas, sí leía a poetas mexicanos, como precisamente Enrique González Rojo, como Eduardo Lizalde, como Alí Chumacero, como Marco Antonio Montes De Oca. Poetas que, a mí me parecía, revelaban aspectos profundos y hermosos de la palabra poética. Después ya me remonté a leer a poetas mexicanos de otras épocas, como López Velarde, como Salvador Díaz Mirón, y luego leí a muchos poetas españoles y poetas sudamericanos, hasta que de pronto me encontré leyendo narradores. Considero que los narradores que leí, que me influyeron por su forma de escribir, me impactaron muchísimo. Ningún mexicano, leía gringos, sobre todo, y rusos, alemanes en traducciones muy solventes. Pero ningún mexicano.

Ruvalcaba coloca ambas manos sobre sus rodillas antes de continuar. Los zapatos negros con agujetas rojas (en esta época Eusebio suele cambiar los colores de sus agujetas a menudo) permanecen quietos.

—Yo ya había publicado cuentos cuando uno de mis maestros —“he tenido como tres maestros”, aclara—, uno de ellos, David Delgado era su nombre, dueño de una librería que estaba en Tacubaya, librería de usado, me preguntó: “¿Has leído a Juan Rulfo?” Y le dije: “En mi vida, ni siquiera lo he oído mentar”. Él mismo me regaló los dos libros de Rulfo y me dijo: “Tienes que leerlo, Eusebio”, y fue de los primeros autores mexicanos que leí. Pero esto fue ya muy tardío, insisto en especificar eso. José Revueltas, otro enorme escritor mexicano, también lo leí tardíamente, y el impacto que ambos me provocaron no me lo he quitado de encima.

Posterior a esa época que menciona, Ruvalcaba fue alumno de Juan Rulfo en el extinto [Centro Mexicano de Escritores](#). Sobre él tiene, por ejemplo, una anécdota en el texto “Escritos inconexos en servilletas cantineras y en paredes”:

Me quedé con los zapatos de Juan Rulfo. Al año de que se murió, le organicé un homenaje en Banamex, donde yo trabajaba, que consistió en una exposición dividida en varias áreas: en una mesa había colocados en forma desordenada sus libros, en todos los idiomas imaginables; la gente revisaba los títulos en inglés, en chino, en alemán... mandé hacer cubos de acrílico, los cuales se colocaron a modo de conformar tres torres: el chiste era que en cada cara frontal de cada uno de los cubos pegamos una fotografía tomada por Rulfo, y en otra cara algún pensamiento extraído de sus libros; otra área se trataba de su paso por el Centro Mexicano de Escritores, para lo cual conseguí su solicitud cuando fue becario, así como el proyecto que presentó; por último, había un área dedicada a la recreación de la intimidad rulfiana: que su bata, que la taza en que tomaba café, que sus lentes, que sus zapatos, que su máquina de escribir... todo lo puse para crear la sensación de que había estado trabajando y de pronto se había puesto de pie y se había ido. Cuando regresé las cosas, se me olvidaron sus zapatos. Me quedé con ellos un par de años. Les daba grasa todos los días. Por fin se los vendí a un ropavejero.<sup>28</sup>

Y sobre José Revueltas, Eusebio escribió en el libro de ensayos breves y crónicas *El silencio me despertó*:

La prosa de José Revueltas es granítica y luminosa; nadie la tiene, pero muchos daríamos un brazo por escribir una línea como él. En su escritura convergen esas dos vastedades que muy pocos, contadísimos escritores, logran reunir: la condición humana, el conocimiento sagrado y profundo del tramado de la vida, y la palabra escrita vuelta arte sumo. Concluyo la lectura de *En un valle de lágrimas* y descubro sufrimiento, podredumbre, desasosiego en los rostros que me rodean. Escritor altísimo, como tocado por un prodigio de la intuición, José Revueltas se detiene en la definición de los personajes sin caer en obviedades inocuas. Por el contrario, rasca en donde más le duele a ese individuo —que es rascar en el lector—.<sup>29</sup>

—Y de estos autores extranjeros que dices, ¿qué nombres podrías mencionar? —le pregunto a Eusebio.

—En primer lugar Dostoievski, que para mí fue un parteaguas. Lo leía desde la secundaria, lo seguí leyendo y lo sigo leyendo actualmente. De los rusos Dostoievski y Tolstoi son así hiper-favoritos de favoritos, y después hubo otros escritores norteamericanos. Me leí Hemingway, me leí James Baldwin, Scott Fitzgerald, me leí Katherine Mansfield. Los libros de los gringos los leía con gran interés porque tenía la clarísima impresión de que escribían mejor que cualquiera y que ahí estaba todo para aprender la crema y nata del conocimiento literario. Entonces fue para mí una experiencia siempre reveladora. Salinger, claro.

Por aquel entonces yo tenía la impresión de que Eusebio Ruvalcaba era una especie de Charles Bukowski mexicano (quizá leí algo por ahí que me lo hizo pensar<sup>30</sup>). Seguro era por los evidentes temas que los hermanan, además del hecho de ser escritores: el alcohol, la mujer, la música. Además ambos son enormes poetas; ahí, creo yo, radica toda la potencia de su escritura. Sin embargo, a la luz de los años, no podría compararlos del todo, aunque Eusebio siempre mostró respeto por el entrañable autor de *Música de cañerías*:

—Ganaste el premio Charles Bukowski<sup>31</sup>, maestro, ¿qué me puedes comentar de este autor?

---

<sup>28</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Una mosca devastada* (...), p.80.

<sup>29</sup> “Homenaje a José Revueltas”, *Op. Cit.*, p. 95.

<sup>30</sup> Hay un texto de Víctor Roura, citado en el capítulo IV de este trabajo, donde sí los compara.

<sup>31</sup> Con el cuento “El despojo soy yo”, en el año 2004. El concurso fue convocado por Jorge Herralde, de la editorial Anagrama, y Carlos Martínez Rentería, de la revista *Generación*. Se publicó junto a los textos finalistas de otros autores.

—Es un autor que me deslumbró muchísimo y que empecé a leer hace mucho; de pronto ya estaba yo inmerso, sumergido, en la literatura de Bukowski. En aquella época sus libros eran altamente cotizados y muy poca gente lo había leído cuando lo leí por vez primera. Me conmovía, me hacía reír y me hacía rabiar; sus historias se me hacían súper cachondas. Al cabo del tiempo lo valoré más desde varias dimensiones y dejó de parecerme tan deslumbrante, pero valoré otras cosas. Su arrojo, por ejemplo, que fue lo que a mí me impresionó vivamente.

[...] el nombre del viejo Bukowski me sigue persiguiendo. Ahora en forma de poema<sup>32</sup>. Sé que le viene valiendo, que un poema escrito para él, pensado en él, tiene menos importancia que cualquiera de los gusanos que ahora mismo están dando cuenta, alegremente, de sus vísceras, o, mejor aún, de ese rostro, de ese rostro marcado por la sordidez y la dulzura, por el sufrimiento y la conmiseración, que más de una mujer se habrá disputado por besar, por lamer hasta sacarle sangre [...] De qué le sirve a él un poema cuando en cambio le podríamos pedir a cierta chava, tú, Bukowski, sabes cuál, exactamente esa en la que estás pensando, esa que ahora es mía y mañana será tuya, esa chava que lenta, pero muy lentamente, se desnude para ti, que se plante ante el espejo y se desnude para calentarte, que pase por tu nariz cada prenda que se vaya quitando, que unte en tu rostro inmundo la seda oliente a mujer, y que luego lleve tus manos hasta sus senos y te obligue a oprimirlos, y tu lengua hasta su clítoris y te obligue a lamerlo. Con eso te levantabas, maestro Bukowski, con eso regresabas a tu imperio. Me cae que sí. Mejor que con un poema, si ahí donde estás ahora está prohibida la lectura, si ahí tienen buen gusto y sólo admiten la compañía de los que se atreven a tocar la dicha. Pero ni modo, he aquí tu poema, solo por llevarte la contraria, por no dejarte morir en paz, por invocarte y estropear tus momentos de paz eterna.<sup>33</sup>

---

<sup>32</sup> El poema se titula “Gritos desde la negra oscuridad”.

<sup>33</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Una cerveza de nombre derrota*, pp. 52-53.



Entrevista publicada en la extinta revista *La mosca en la pared*.

—Pero había otros norteamericanos que a mí me gustaban —continúa Eusebio—, como Truman Capote, como Tennessee Williams, al que leía con verdadera profusión. Los poetas españoles de la generación de Los novísimos eran para mí una materia prima para nutrirme de ella. O de poetas que estaban aquí y que aquí murieron, como Luis Cernuda, por ejemplo. Otro español: Jaime Gil de Biedma, que no vivía aquí en México ni nada, sino allá, en su país, pero que leía con ansiedad. Estaba siempre al pendiente de los libros de estos señores.

—Justo ahora, Eusebio, ¿qué aspectos crees que caracterizan tu escritura?

—Me cuesta un poco de trabajo responder eso porque tiene mucho que ver con el tipo de escritura: tengo un espectro amplio y según el sapo es la pedrada. Escribo para medios, revistas, periódicos, y eso es diferente, de pronto, que escribir un libro. Sin embargo te podría adelantar que

hay obsesiones que se repiten y que salen lo mismo en un artículo periodístico que en un libro de poemas, que en un libro de cuentos; por ejemplo con una novela. La muerte del padre, eso me obsesiona mucho. La mujer en toda su complejidad, belleza y las características propias de la condición femenina, es una obsesión que tengo y suelo escribir mucho sobre eso. Se filtra, aunque esté yo hablando de los restaurantes en la Ciudad de México. Y bueno, la música y el alcohol son dos elementos que están ahí siempre en lo que escribo, o casi siempre.

A propósito de los ejes temáticos que predominan en su trabajo, y que son motivo de este perfil, a continuación recupero un fragmento del prólogo que Marcel Lussich escribió para la novela *John Lennon tuvo la culpa*, en el que escarba a fondo en el estilo ruvalcabiano:

Eusebio Ruvalcaba es un individuo que prefiere la vida a la literatura. Es un espíritu delicado que soporta la vida viviéndola. Sabe que el dolor es la evidencia de que se es capaz de sentir la vida. Para él, el acto de escribir es solo su traducción. Vivir es la premisa principal. Nada de palabras ni de libros, nada sustituye el acto de vivir. Pretender ser un escritor verdadero sin padecer el tormento de ser es como estar ciego en medio del silencio. Pero Ruvalcaba ha encontrado su camino, sus obsesiones. Su literatura descubre los escurrimientos dolorosos de su alma, sus rendijas de luz.

Hombre de letras, narrador, ensayista, poeta de grandes vuelos, melómano, dominador y estatuario de su propio estilo, Ruvalcaba explora cotidianamente el ajetreo de la expresión para ejercer la imaginación. Sabedor de los recursos infinitos de la lengua, escribe según le dicta el ánimo. La distinción de géneros literarios es inocente de finalidad, la literatura es una, todo es uno y otro al mismo tiempo. Es el propio tema el que elige su pertenencia, pero siempre vacila entre ser un poema o un cuento, o una novela.

La palabra es el vehículo del desencanto, del abatimiento, de la amargura, pero también de la esperanza (pero qué es la esperanza, podría contestar Ruvalcaba, sino el ejercicio de la desesperanza) e inclusive de la alegría (pero, podría escribir Ruvalcaba, qué es la alegría sino un matiz de la tristeza, otra forma de su manifestación). El trabajo del escritor es revelar sus obsesiones, de manera que el encuentro con lo que nunca deja de atormentarlo se convierta en el sustento temático de su obra. Escribir es también celebrar la vida, no hay duda, pero no debe ser, no puede ser, la celebración de la frivolidad. El autor de este libro busca en los quehaceres ordinarios del hombre, en el común y veleidoso transcurrir de la existencia, en la insignificancia de las cosas y los seres, los rincones oscuros del alma, el transitar de lo extraordinario, la delicadeza de la pasión soterrada, el secreto impronunciado. Sabe que el desencanto de la vida debe mostrarse a través de la exhibición de la banalidad. Descubrir todo en lo nimio.

El mundo de Ruvalcaba, su mundo literario, ha sido construido con la interminable desdicha de la búsqueda interior, de sumergir el alma en el abismo que la consume. La mirada hacia sí mismo es un riesgo que el escritor debe correr, más, incluso, que el resto de las personas, pues su oficio se nutre, precisamente, de esta mirada interior. Si bien el mundo exterior alimenta el espíritu del hombre y del escritor, la visión individual, y por tanto su expresión, la expresión del mundo exterior es el resultado del filtro interior por el que ha pasado todo. Por eso cada palabra pronunciada es única, porque postula un universo distinto cada vez. Poder ver hacia adentro significa transitar una experiencia dolorosa, pero también significa que ese mundo interior podrá ser revelado, forjado con el metal de las palabras. Para eso sirven los vocablos y por ello el escritor es su servidor, para mostrar los abismos que se comparten. Por eso esta novela y las otras, por ello los tantos poemas y los cuentos, por eso Bach, por eso las cantinas.<sup>34</sup>

—¿Tienes idea de cuántos libros has publicado?<sup>35</sup>

—En total han de ser alrededor de una treintena, yo creo, o algo así, no sé exactamente. Lo que sí te podría decir, por ejemplo, si me preguntas, ¿cuántas novelas?, podría hacer ahorita mismo

<sup>34</sup> Eusebio Ruvalcaba, *John Lennon tuvo la culpa*, Club de lectores, 2004, p.10-12.

<sup>35</sup> Al final de este trabajo hay un apartado especial con la bibliografía completa del autor, la cual suma más de setenta títulos.

un recuento; o cuántos libros de cuentos. Pero tener así como muy presente el número de libros que he traído al mundo, se me va de las manos.

—Y de estos libros, seguramente, algunos te quedan más presentes por alguna experiencia positiva o negativa que otros... ¿Tienes en claro alguno con una gran experiencia? Un libro que te haya dejado buen sabor, y otro que no...

—Bueno. Por ejemplo, un libro de cuentos que se llama *¿Nunca te amarraron las manos de chiquito?* me permitió conocer los alcances de este género narrativo. Me permitió sentir en carne propia las fronteras del cuento y en qué medida un cuento crece hacia adentro. Me permitió vislumbrar mis expectativas cuentísticas. Es un libro que me abrió las puertas de un nuevo cauce. Eso lo tengo muy presente. Porque todo lo que he escrito de cuento está ahí. Las dimensiones de cómo lo trabajo están ahí, en ese libro. Hay cuentos que se parecen después a otros, y otros a otros. Por eso me parece, en mi caso, un libro representativo.

En la contraportada de dicho título, el crítico literario Emmanuel Carballo escribió:

Los cuentos de Eusebio Ruvalcaba, hechos a ciencia, paciencia y conciencia, me gustan ante todo por ese chorro abundante de simpatía, comprensión, amor y clarividencia con que empapa la vida de sus agonistas. En sus textos las criaturas no están solas: cuentan con la simpatía (no complicidad) del autor, que se conduele, desde lejos, de sus desgracias, aunque sabe que no puede hacer nada para remediarlas.<sup>36</sup>

—¿A ninguno le tienes cierta aversión? ¿O algún mal sabor?

—La verdad no, a ninguno, porque son libros extraídos desde mis oquedades más profundas. No son, en ese sentido, vacuos, no son banales, y forman parte de mi vida humana. Entonces no reniego de ninguno de esos libros, ninguno me ha producido un mal sabor de boca.

Sobre su propia escritura, Eusebio escribió a fondo y en distintas ocasiones. Tiene un par de libros al respecto (*Primero la A* y *52 tips para escribir claro y entendible*) y fragmentos desperdigados en sus libros de ensayo. Por ejemplo, el que recupero de esta “Carta a un adolescente”:

Venero la palabra escrita. Casi tanto como la música. La tengo puesta en un altar. Y le he hecho sacrificios. He dejado al margen horas de trago, horas de amor. Porque la palabra escrita me ha dado casi todo lo que soy: lo mismo me ha dado para comer que ha puesto en mi camino los mejores amigos, o mujeres maravillosas que me han prodigado calentura, bondad, conmiseración. Por la palabra. Por la palabra escrita. Pero jamás la he utilizado para agredir a nadie. Me vale madre cómo sea la gente. Soy indiferente, no provocador. No podría utilizar la palabra para echarle mierda a nadie, para filtrar infundios. Para mí la palabra —oral y escrita— es un elemento de conciliación, de entendimiento, de alegría, de humor —y de honor—, de conocimiento, de ocio, de acercamiento, de templanza, de tender puentes amorosos, afectivos, de amor por la vida.<sup>37</sup>

Y tampoco dejó de renegar sobre su condición de escritor:

Continuamente me traiciono a mí mismo porque no soy capaz de expresar lo que pienso y siento. La escritura se da a cuentagotas, y en mi caso a mililitros. Trabajo mucho, eso es cierto, pero no avanzo, no logro horadar la pared, remontar el muro que se levanta entre el arte de escribir y mi persona. Envidio a los que escriben

---

<sup>36</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Nunca te amarraron las manos de chiquito*, Planeta, 1990, 126 pp.

<sup>37</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Una mosca devastada (...)*, p.124.

imbuidos de un espíritu entusiasta y colmados de esperanza. Yo estoy imposibilitado de escribir. La escritura no se me da. Yo no escribo, pergeño. Dejo las cosas a la mitad. Porque la consecución de cualquier acto escritural solo existe en la utopía. No hay libro concluido. Solo atisbos de historias, solo bosquejos de emociones en líneas que simulan poemas. Porque la misión del escritor es escudriñar en la condición humana, y ésta es infinita en su complejidad. Inabarcable. De ahí que el trabajo del escritor no conozca fin. ¿Cómo decir, entonces, que se es escritor?<sup>38</sup>



Si se menciona el nombre de Eusebio Ruvalcaba, la mayoría de la gente lo relaciona con *Un hilito de sangre*.

Eso le planteo al autor ahí, en cuclillas, en el parque, asumiendo lo que sin duda es cierto: que es su trabajo más conocido. Con el que quizá saboreó *el triunfo*. Y aunque sus amigos prefieran otros de sus libros (Francisco Valencia, *Desde la tersa noche*; Enrique González Rojo, *Mariana con M de música*. Yo, *Todos tenemos pensamientos asesinos*), todos están de acuerdo con que “el hilito es el hilito”.

---

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp.81-83.

Bien lo sabe Jorge Arturo Borja, quien ahora se encarga de dirigir el taller que Eusebio dejó huérfano tras su muerte.

—Lo más conocido es la novela *Un hilito de sangre*. Por ejemplo, donde yo trabajo, en la prepa, lo dejo a leer como texto iniciático, un *bildungsroman*, que son estos textos sobre cómo un adolescente entra en la vida adulta.

Estamos en La casa de Juan, tras una de las sesiones del taller, al inicio de las grabaciones para el documental. Eusebio está junto a Borja, a su derecha. Un par de copas de vino frente a ambos, los cacahuates que nunca faltaban en unos platitos. Sus reflejos sobre la mesa.

—Es uno de los textos más representativos, más luminosos y que además a los chavos de los barrios más canijos les pega y les sirve como gancho para la literatura. Entonces, si yo te dijera un texto destacado para acercar a la lectura a la gente que no le gusta leer, pues *Un hilito de sangre*.

—¿Qué significa para ti ese libro, Eusebio? —le pregunto entonces.

—Es un libro que provocó muchos acercamientos con personas; está colmado de anécdotas, de situaciones; es un libro que a mí me conmovió mucho, fue muy significativo. Porque fue un libro que tendió un lazo entre mis hijos, que ahora son adultos, y que eran chavos, adolescentes, cuando lo escribí, en un periodo de mi vida en el que me estaba divorciando de mi primera esposa. Yo veía a mis hijos, Alonso y Flor, cada semana, y cada semana les llevaba un capítulo de este libro porque los veía muy tristes... Quise, de alguna manera, compensar esa tristeza que tenían porque sus papás se estaban separando.

La mirada de Ruvalcaba se estaciona en la mía conforme contesta, pero luego la desvía hacia algún punto de su memoria, conforme recuerda:

—Llegaba a desayunar los domingos y les leía un capítulo. Desde el principio me di cuenta, por las reacciones de ellos, de que era el mejor regalo que les podía dar. El mejor paliativo. El libro está dedicado a ellos, de hecho. Porque fue escrito para ellos y, bueno, tiene estas cosas que a un joven le atraen: el descubrimiento de la amistad, la conquista de una chica, el amor por algo, la pasión por algo. En el caso del jovencito [el protagonista], es un cuanto tanto por las palabras que lo atraen enormemente.

Luego de diversos intentos, finalmente Alonso Ruvalcaba accede a conversar conmigo. Lo hacemos cierto día, en la Ciudad de México, en el restaurante que tenía en la Condesa especializado en pollos rostizados.

El también escritor es el único de sus hijos con los que hablo sobre su padre.

Respecto al hilito de sangre, me cuenta:

—Lo que sí recuerdo es que, en efecto, Eusebio empezó a trabajarlo, digamos, a capítulo por semana. Mis padres ya tenían algún tiempo divorciados, pero todavía nos veíamos con mucha frecuencia. Desayunábamos los domingos, si mal no recuerdo, y mi padre empezó a llevar esta novela que dejaba con *cliffhangers*; no recuerdo ya muy bien la estructura de la novela, pero sí recuerdo que los finales de los capítulos eran cortados brutalmente, digamos. Recuerdo también que ese personaje nos recordó de inmediato a otro, anónimo, me parece, que estaba en un cuento de un libro anterior, ¿*Nunca te amarraron las manos de chiquito?*? Ese cuento, ya he olvidado cómo se

llamaba<sup>39</sup>, era de un chavito que se robaba un balón en una tienda de deportes de por aquí de la Condesa, o de la Roma, que eran nuestros rumbos. Ese personaje se roba la pelota, se echa a correr, logra salvar la persecución de la que es objeto y triunfa, se va con el balón.

En ese momento Alonso interrumpe la charla. Le pide algo a uno de los meseros. Después prosigue, poco a poco más suelto:

—Participar en su *coautoría* fue como una muy rica versión de la composición, una versión no solitaria, que es lo que suele ser: la conversación del autor con sus autores favoritos, o con los autores a los que está siguiendo en ese momento. Esta era una coautoría muy platicada; había pocas aportaciones nuestras, pero había. Y además también reconocíamos nuestra voz. Por lo menos yo sentía que ese personaje estaba teniendo mi voz cuando yo estaba chavito. Hasta que, conforme fue avanzando la novela [“no sé qué tan cierto habrá sido”, aclara Alonso, desplazando su mano derecha a la manera de Eusebio], también nos fuimos involucrando cada vez más con el personaje, padeciendo con él. Sobre todo la revelación de que la novia del protagonista [¡spoiler!, aclara Alonso, luego su mirada se detiene en sus recuerdos, como lo hace su padre] no es su novia verdadera, no le habla ni nada, es una novia imaginaria. Ese fue un golpe importante. Y el otro golpe fue la muerte del chino, un golpe muy doloroso para nosotros por esta forma en la que habíamos crecido durante semanas con él. Pero también fue liberador y emocionante. Fue un experimento padre.

Alonso leyó la novela varias veces después, me dice, veinte años atrás de la realización de esta entrevista (que se hizo en 2013). Le seguía pareciendo divertida, muy entretenida.

Después, conforme se hizo adulto, uno de sus favoritos ruvalcabianos fue el poemario *Gritos desde la negra oscuridad (I)* (se publicaron dos volúmenes con ese mismo título, que posteriormente vieron la luz en el poemario *El frágil latido del corazón de un hombre*), por los temas que aborda, “de mucho alcohol y desesperación”.

“Un poemario cabrón”, me dice Alonso al respecto, quien difiere, siendo él mismo escritor, con el tono visceral de su padre, considerándose, al contrario, “una persona mucho más cerebral”.

Ahora juega con mis hijos  
como yo jugaba con él.  
Con ninguna otra persona  
he jugado tanto como con él.  
También platicábamos mucho.  
Porque a él le encantaba platicar.  
En el restaurante Prendes  
alguna vez la gente lo rodeó  
mientras él platicaba.  
Entonces tenía tres años.  
Justo la edad en que aprendió a leer.  
Justo la edad en que corregía  
a la mamá Chata, su abuela más  
querida. “No se dice fuistes. Se dice  
fuiste”, le decía.  
Hasta que su abuela le soltó un manazo.

---

<sup>39</sup> Se refiere al cuento que abre el libro, llamado “Doce-dos”.

Tiene 22 años y nació un 22 de agosto,  
como Debussy.  
Lo veo de vez en cuando. Una vez  
cada quince días, por ejemplo.  
Tiene la sangre liviana.  
Le gusta la buena ropa,  
comer bien y vivir bien.  
Yo sabía que le iba a gustar eso,  
porque desde chiquito solo usó  
zapatos de gamuza.  
Desde los tres años, claro.  
Vive solo. Y su mamá lo ama  
y él se sabe amado.  
Es al único de mis hijos  
al que le cambié los pañales.  
Hoy traduce a Yourcenar. Y a Graves.<sup>40</sup>

De vuelta en el parque, Eusebio agrega sobre el hilito:

—Sigue provocando situaciones inesperadas. Hace poco fui a dar una charla a Hermosillo, en la universidad que se llama Eusebio Quino. Di un curso de creación literaria y en la última sesión, cuando salí, había dos jóvenes, de prepa yo creo, que estaban ahí para mostrarme cartones que habían hecho con el personaje de la novela viviendo nuevas situaciones, como ellos se lo habían imaginado. Quién sabe qué destino tendría eso. Pero ese tipo de cosas me parecen muy grandes para la expectativa de un autor, eso va mucho más allá que cualquier premio literario.

---

<sup>40</sup> “Alonso (II)”, poema incluido en su libro *El argumento de la espada*, pp.75-76.

# El Premio "Agustín Yáñez" a "Un hilito de sangre", de Ruvalcaba

El autor ha publicado poemas y cuentos

Por ELDA MACEDA  
Reportera de EL UNIVERSAL

El Premio "Agustín Yáñez", de la editorial Planeta para primera novela en su segunda edición, correspondió este año a la novela "Un hilito de sangre", de Eusebio Ruvalcaba, obra elegida por José Agustín, Laura Esquivel, Homero Gayosso, Guillermo García Oropeza y Luis Armenta.

"Esta es una novela que airea bastante el mundo de la literatura que se ha escrito sobre la adolescencia, el México de la actualidad está muy vivo y muy presente en ella, al mismo tiempo que la mentalidad del adolescente está captada como debe de ser, a profundidad, con una ternura muy grande. Nos encontramos con un personaje que está en plena formación y que vive sus mitos personales con una gran intensidad", comentó José Agustín.

Algo que le llama la atención de "Un hilito de sangre" es la visión anti-conventional de la realidad que Eusebio Ruvalcaba

plantea, inmersa toda ella en el mundo más cotidiano e inmediato que a todos nosotros nos puede resultar perceptible y reconocible.

Jose Agustín, quien dijo haber disfrutado mucho la lectura de la novela premiada, comentó que no fue difícil para el jurado tomar la decisión, por lo que en el acta quedó asentado que a ésta se llegó por unanimidad.

Por las características de su novela Ruvalcaba se incorpora a la narrativa con

una mirada diferente, concluyó José Agustín.

Laura Esquivel, presidenta del jurado, señaló que fue muy agradable para quienes tomaron la decisión del premio, entre 96 trabajos, encontrarse con una novela como la de Eusebio Ruvalcaba. "Inmediatamente nos pusimos de acuerdo", dijo.

"Se trata de una novela sorprendente, llena de humor, de un lenguaje ligero. La historia lo mantiene a uno interesado de principio a fin y en ella las palabras

juegan un papel muy importante. Las palabras son tratadas como encrucijadas,

Las encrucijadas en esta novela, añadió, son muy importantes ya que se significan en el mismo sentido en que funcionan para un adolescente. Uno tiene que elegir, tomar una opción entre una cosa y otra.

Esquivel dijo que este trabajo es la novela sobre un día en la vida de un adolescente. "A mí me gustó mucho este manejo

(CONTINUA EN LA PAGINA 4)



## Chiapas

# Los indígenas se están integrando a las Casas de Cultura

Por PATRICIA VELAZQUEZ YEBRA  
Reportera de EL UNIVERSAL

Después de permanecer divididos por muchas centurias en varias poblaciones del estado de Chiapas,

dos grupos sociales que han permanecido divididos durante siglos.

Lo anterior fue comen-

doce casas de cultura y actualmente el número se ha incrementado a 28. "Deseamos proporcionarles la

## El Premio

(CONTINUA DE LA PAGINA 1)

de la encrucijada y de qué elige uno en un momento y a donde nos lleva y cómo las palabras nos llevaban igualmente hacia adelante y hacia atrás en la historia y jugaban un papel determinante”

Agregó que el humor y la manera en que están reflejados los pensamientos íntimos y profundos de la adolescencia son dos aspectos de esta primera novela que le gustaron mucho.

En representación de Salvador Cárdenas Navarro, secretario de Educación y Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco, Marcela Reyes Gómez indicó que los patrocinadores del certamen se encuentra satisfechos ya que se han cumplido los objetivos planteados al principio. “Se está apoyando a la nueva novelística y a los jóvenes escritores”, dijo.

El escritor de 40 años que aparenta muchos menos estuvo presente en la conferencia de prensa en que se anunció el premio.

Conmovido por la sorpresa, —le habían llamado unas horas antes para que estuviera presente— dijo estar satisfecho por merecer un premio que lleva el nombre de Agustín Yáñez, uno de los más notables literatos de su tierra. También recordó a su padre el violinista Higinio Ruvalcaba, quien dijo fue un notable artista.

En seguida comentó que después, con una buena copa de tequila podría decir muchas cosas más.

En la ronda de pregun-

tas, José Agustín planteó que una de las razones por la que se sintió motivado para dar el voto por esta novela es que en ella se recaptura la literatura sobre adolescencia en nuestro país. “Esto es algo que hicimos muchos en los 60 y que se dio también en los 70 pero en la siguiente década casi no se dio”.

Las nuevas condiciones de vida, hacen que los libros escritos sobre adolescentes por la generación de José Agustín —comentó el propio Agustín— podrían verse casi como libros escritos por seminaristas, en comparación con el texto premiado.

El personaje de Ruvalcaba tiene 13 años, muchos menos de los que tienen los protagonistas de “Gazapo”, “El pasto verde” o mis propios libros, dijo el miembro del jurado.

Un tanto recobrado, Eusebio Ruvalcaba contestó algunas preguntas. Confesó no ser parte de capilla, revista o grupo alguno, que tiene 15 años de estar en el oficio; que principió publicando algunos libros de poesía, entre ellos “Atmósfera de fieras” y “Homenaje a la mentira”, un libro de teatro llamado “Las dulces compañías” y un libro de cuentos “Nunca te amarraron las manos de chiquito”, publicado también por Planeta.

Acerca de qué hará con los 30 millones de pesos del premio dijo en broma que comprará 30 plumas Mont Blanc y se irá de parranda.

*El Universal*, martes 15 de octubre de 1991.

—Que por cierto, ganó uno.

—Por otro lado, sí.

—¿Cómo fue eso?

—Ese premio se lo debo a Coral, mi mujer [al momento de hacer esta entrevista, Eusebio seguía viviendo con ella; se separaron unos años después], porque por su propia iniciativa, cuando vio que había acabado esa novela —“que ella misma leía con mucho interés”, dice— armó el paquete para que concursara. Lo envió sin consultarme a mí si podía o no podía hacerlo. Lo puso en el correo y lo mandó. Así fue como se produjo eso. Ya te imaginarás la sorpresa cuando me llamaron por teléfono para avisarme que había ganado ese concurso. Porque yo no me imaginaba

que esa novela estaba concursando. Entonces fue así como un súper, pues no sé... como que se conjuntaron varias cosas, provocando esta oleada de reacciones en buena onda.

*Un hilito de sangre* airea el mundo de la literatura que se ha escrito sobre la adolescencia. Tiene sus bases en el México de la actualidad. Está presente todo nuestro mundo contemporáneo. La mentalidad del adolescente está captada a profundidad, con toda la esperanza que trae consigo, con una ternura muy grande. Nos encontramos con un personaje que está en plena formación y que vive sus mitos personales con gran intensidad. Aparte del humor, del ingenio, la obra está construida inteligentemente. Logra dar una visión anticonvencional de la realidad. En ese sentido, los personajes de *Gazapo*, *El rey criollo* y *Pasto verde*, que escribiéramos hace tiempo, podrían verse ahora como si hubieran sido escritos por seminaristas en comparación con el personaje de 13 años de *Un hilito de sangre*.

Esto lo escribió José Agustín para la cuarta de forros de la primera edición de la novela. A su vez se unieron, en esa misma contraportada, la de Laura Esquivel, quien dijo: “Es una novela sorprendente, llena de humor, de lenguaje ligero, cuya historia mantiene interesado al lector de principio a fin. Las palabras en la obra juegan un papel muy importante: son tratadas como encrucijadas. Es un día en la vida de un adolescente. Tendrá un éxito muy grande.”

O la de Elías Nandino: “Joven escritor: leí su trabajo. Me gustó mucho. Usted tiene muchas cosas que decir. Además tiene una gran sensibilidad y un manejo del lenguaje admirable. Tenga pasión por lo que escribe. Le aseguro que muy pronto triunfará.”

O la de Patricia Medina: “Es la novela que todo muchacho desea leer. Para el lector adulto puede ser un libro desconcertante; sin embargo, es una obra que me despertó la nostalgia de la juventud perdida, la del desgarró y el éxtasis, la ingenuidad y lucidez espontánea. Me temo que los padres de hijos adolescentes iniciarán una cruzada contra *Un hilito de sangre*. Lástima, es un testimonio auténtico de nuestras vidas.”

Patricia tendría razón sobre la cruzada.

Así lo cuenta Jaime Aljure, el editor de dicha novela, sentado en la sala de la casa que Eusebio compartía con Coral Rendón en la calle de Once Mártires, casi esquina con San Fernando, en Tlalpan:

—*Un hilito...* fue un parteaguas —principia, la cabeza rapada, los ojos claros; muy cerca de él, dentro de un mueble donde reposan recuerdos de don Higinio (un violín suyo, por ejemplo), la imagen de portada original de la novela, de Ramón Marín, también observa la escena—, primero porque no se escribía para jóvenes. Y *Un hilito...* lo que hizo fue voltear a verlos en un momento en que en el país, en las nuevas generaciones, se estaba dando una ruptura muy especial. Y esos jóvenes encuentran un referente, por primera vez encuentran una obra que habla de ellos pero a partir de ellos mismos; no es la visión de alguien externo, no es la visión del mundo adulto, digamos, o institucional, que les está diciendo qué se espera de ellos. Lo que plantea la salida de *Un hilito...* es decirle a esta sociedad que existen los jóvenes, hablarles con la honestidad, con la sensibilidad, con la cercanía, de uno más de ellos.

Venimos de alguna sesión del taller en La casa de Juan. Conversamos a propósito del documental. Con un vaso de Jack Daniels etiqueta azul en la mano (“No beberás algo igual en tu vida en mucho tiempo”, me dice Eusebio al servírmelo), sentado en una silla del comedor puesta en la sala, escucho a Aljure decir sobre la censura que sufrió el libro:

—Nos sorprendió, más bien al *stablishment* del mundo editorial, que en vez de celebrar que por fin podíamos ver una novela juvenil auténtica, real, lo que hicieron fue censurarla. Todos desconcertados, no supimos reaccionar en ese momento. De la noche a la mañana salió de circulación. En ese entonces, en Sanborns, no sé quién se escandalizó porque el personaje de la novela se masturbaba... Y la liga de la decencia y de las buenas conciencias catalogaron a ese libro de un peligro para las juventudes.

Aljure también profundiza sobre la reacción que tuvo el público:

—Empezaron a preguntarnos dónde se conseguía. Y donde podíamos mandar a esa gente era a las librerías donde no se había censurado la distribución. Hubo algunos críticos que se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo: preguntaron, hicieron una denuncia pública en distintos medios, y ahí empezó una guerra, pero fue una guerra que no libramos nosotros, fueron los mismos lectores, fueron los mismos jóvenes los que obligaron a la editorial, a Sanborns, a volverlo a poner en circulación y a que se le diera la oportunidad.

# Emiliano Pérez Cruz

## "Un hilito de sangre", una novela contra las actitudes mojigatas de la sociedad

Por CARLOS MARTINEZ RENTERIA  
Reportero de EL UNIVERSAL

La actitud sana de Eusebio Ruvalcaba en su novela *Un hilito de sangre*, se contraponen a las actitudes mojigatas que cierran los ojos a la realidad, dijo Emiliano Pérez Cruz, y Sandro Cohen añadió: "Es una novela humana, conmovedora; justa en sus exageraciones tan propias de la adolescencia..."

La presentación de la nueva novela de Eusebio Ruvalcaba estuvo muy concurrida. Ilena la terraza de la editorial Planeta, para escuchar los comentarios de Jaime Aljure, Emiliano Pérez Cruz, Sandro Cohen y Jorge Meléndez, además de la presencia de un "mago" que a algunos divirtió y a otros irritó.

Aljure hizo una larga disertación en torno a la inutilidad de las presentaciones de libros, para después exaltar la capacidad narrativa y la prodigiosa memoria del autor para recordar tan fielmente los detalles más sutiles de su adolescencia.

Por su parte, Sandro Cohen se refirió en un párrafo de su ponencia al personaje central de la novela, León Rosas Bernal, de quien dice: "el siempre simpático adolescente-sabio de Eusebio Ruvalcaba en *Un hilito de sangre* — Premio Agustín Yañez 1991 —, es la encarnación más reciente de este estirpe que ya posee cierto abo-lengo en México, gracias a Gustavo Sainz, José Agustín, Parménides García Saldaña, entre otros. Pero no deberíamos olvidar otro afluente de este río, precursor de Gatzop y *La tumba*; precursor aún de *El cazador entre el centeno* y *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*..."

Y Cohen concluye así su texto: "...Un hilito de sangre es una novela humana, conmovedora; justa en sus exageraciones tan propias de la adolescencia; fresca en su vuelta a la inteligencia primera de la juventud, aquella que aún no se ha contaminado del mundo de lo práctico. Con esta novela, volvemos a reinos de nosotros mismos porque aquí reconocemos nuestra adolescencia; nos volvemos a conocer y nos damos otra oportunidad de no ser tan insoportablemente solemnes".

Emiliano Pérez Cruz se remitió al hecho de que recientemente el jefe de adquisiciones de la cadena de tiendas Sanborn's, le dijo al autor de la novela aquí mencionada: "Este libro no entra en nuestras tiendas. Es un libro vulgar... porque atenta contra las buenas costumbres de la familia mexicana".

Por eso, argumentó: "Alidimos en esta presentación a la censura, porque la sana actitud de Ruvalcaba como escritor da vida al personaje adolescente León Rosas Bernal, en contraposición a las actitudes de mojigatas que cierran los ojos a la realidad y se afianzan a mentiras tan enormes y caducas como las 'buenas costumbres de la familia mexicana'".

Y añade: "Quizás sea esto lo que molesta del libro: que alguien de trece años de edad decida vivir la vida como la concibe y no como le marcan las reglas de un país cuyos gobernantes ansían insertarlo en el mercado más grande del mundo sin que antes sus habitantes puedan leer, cuando menos, lo que se les antoja".

Juan Meléndez calificó como "una buena sinfonía" el libro de Ruvalcaba y dijo que en la novela los adolescentes van corriendo contra los padres represivos que no comprenden nada y contra el deterioro del centro histórico de esta ciudad.

Después de los comentarios de presentación, apareció de pronto un hombre aparentemente borracho, que se adueñó del presidium y durante más de una hora intentó demostrar que era un mago, arrancando algunas carcajadas y rechiflas al sorprendido auditorio que se tuvo que fumar su irregular actuación.

### En el Centro A

## Pintur de Fra

Pc

Con más de treinta obras y bajo el título de *Mayo en Mallo* se inauguró en el Centro Asturiano la exposición del pintor español Francisco Mallo.

La muestra contiene obras en las que el pintor, "con una matiz neorrealista", plasma paisajes oaxaqueños que logran salirse de los "convencionalismos".

Mi primer salto como pintor viajero, dice, fue desde mi natal Asturias a las Palmas de Canarias. "En Asturias mi pintura apenas alcanzaba algunos

# La privatización de la censura

Por JOSÉ AGUSTÍN

Sólo después de muchos años de luchas frontales se logró que la censura en México cuando menos se flexibilizara. Es claro que en la actualidad se ejerce la libertad de expresión, pero también es verdad que hay presiones para evitarla. En todo caso, es una libertad que nos ha costado sangre. En este sexenio, por desgracia, el gobierno federal y varios estados con administraciones priistas y panistas han reapreadado las tuercas de la censura y el control en casi todos los medios. Para acabarla de amolar, ahora tenemos una suerte de privatización de la censura y las grandes cadenas de almacenes y restaurantes que entre muchas otras cosas venden libros se niegan a comercializar los títulos que no les parecen; el fenómeno es grave pues estos negocios captan más del cincuenta por ciento del mercado librero, ya que, salvo unas cuantas, las librerías parecen en vías de extinción.

El año pasado las tiendas Sanborn's se negaron a vender *Un hilito de sangre*, de Eusebio Rubalcava, una divertidísima novela ganadora del premio Agustín Yáñez para Primera Novela que otorgan el gobierno de Jalisco y la editorial Planeta. A la voz de "en-mis-negocios-yo-hago-lo-que-se-me-da-la-gana", Sanborn's se negó a comercializar este libro y su ejemplo fue seguido pronto y estratégicamente por Aurrera/Vips, Gigante y Comercial Mexicana. El autor protestó, pero los comercios se montaron en su macho y hasta la fecha no venden el libro. Sin duda estos establecimientos tienen todo el derecho de seleccionar los productos que expenden, pero también tienen una responsabilidad con el público y lo menos que podrían hacer es permitirle acceso a los libros presentados por casas editoriales fuertes y reconocidas.

A fines de 1992, Sanborn's-Aurrera-Vips-Comercial Mexicana-Gigante, siempre fieles al ejemplo moral de don Susanito Peñafiel y Somellera, repitieron el numerito y prohibieron la venta de mi libro *La miel derramada*, una antología de textos eróticos. A los señores no les gustó la portada, que por lo demás muestra un desnudo rigurosamente artístico y muy alejado de lo excitante u obsceno; por fortuna, esa vez no era el contenido lo que objetaban, así es que a fin de cuentas accedieron a vender el libro cubierto por un forro desechable.

Sin embargo, ahora las cosas se han agravado pues llegaron ya a la que quizá siempre haya sido su meta: censurar temas políticos. Sanborn's esta vez sin la compañía de sus hermanitas,

se ha negado a vender *Presidente interino*, de Rafael Loret de Mola, editado por Grijalbo, un libro muy regular como novela pero de lo más estridente como texto político que presenta un escenario hipotético para 1994 y combina la ficción con gruesos chismes que han circulado. Dada la briosa naturaleza del libro, era de esperarse que el autor se defendiera atacando, y, después de responsabilizar expresamente a Carlos Slim, Loret de Mola procedió a plantarse frente a las tiendas Sanborn's con una mesa en la que vende su libro y denuncia la censura ejercida en su contra.

*Presidente interino* nos cuenta la historia del presidente de un país ficticio que de niño mató a uno de sus sirvientes, que, rumbo a los Juegos Panamericanos, se portó como un energúmeno porque maltrataron a su preciado caballo, que se enriqueció y ocultó sus riquezas con mecanismos casi inexpugnables, que se muere de ganas de reelegirse y que acaba dando el dedazo en favor de su hermano, lo cual genera el desastre. Por si fuera poco están también las prácticas gays del ex presidente y las fotografías de fiestecitas y los datos de cuentas bancarias con las que un poderoso ministro tiene engarrotados a sus jefes. Todo esto, que bien contado podría ser interesante, diluye su potencia por la planicie de la narración, por la atrabancada estructuración de los materiales y por las flacas dotes proféticas de las partes finales. De cualquier manera *Presidente interino* constituye un caso peculiarísimo en la literatura política mexicana y como tal debe ser leído. Es un libro cargado de pasión que se esfuerza por contenerse; es claro que Loret de Mola, muy probablemente con razón, está dolidísimo y quiere pegarle al sistema, y así el libro se empierienta a su manera con la berrinchuda *Historia de México* de Vasconcelos.

Creo que este es un buen momento para pedirle a Sanborn's, respetuosa e incluso afectuosamente, que desista. La censura nunca es buena. Su desprestigio es tal que pocos admiten ejercerla y prefieren disfrazarla campechamente con eufemismos como "derecho a seleccionar las mercancías a vender", o, en el caso del gobierno, de oficinas de "supervisión", o "calificación". Por supuesto, ninguna forma de censura debería existir, pues no hay nadie, y menos en Sanborn's o en el gobierno, con las autoridades morales como para decirnos que debemos leer, ver o saber. Ahora más que nunca es evidente que la sociedad mexicana ya está bastante crecida y que puede tomar sus propias decisiones. ■

*El Universal*, lunes 6 de septiembre de 1993.

# Eusebio Ruvalcaba, premio y castigo

Por JORGE MELENDEZ

Pais de contrastes es el nuestro. No sólo en su geografía, economía y política sino hasta su vida cultural. A veces gana una cierta distinción y los odios de otros hacen que los lectores no puedan encontrar y juzgar el material que obtuvo el galardón. No obstante que en la contraportada escritores reconocidos como José Agustín, Laura Esquivel, Elías Nandino y Patricia Medina digan ¡sí! a la lectura del trabajo.

Este es el caso de Eusebio Ruvalcaba, quien obtuvo el premio Agustín Yáñez que otorgan a la primera novela la editorial Planeta y el estado de Jalisco. La obra fue *Un hilito de sangre* y es de verdad interesante y divertida, pero...

Resulta que el subdirector comercial del departamento de compras de Sanborns, Marcelo Diluvi, al saber que la novela se vendía en grandes proporciones pidió un ejemplar, lo leyó y dictó órdenes de retirarla del mercado. Y es que le pareció atrevida, pornográfica y atentatoria contra la sagrada familia mexicana.

De esto se enteró Eusebio, se entrevistó con Diluvi y trató de hacerlo entrar en razón, incluso señalándole que esos establecimientos comerciales vendían los libros de Xaviera Hollander. Pero todo fue inútil, pues Marcelo se montó en su macho y dijo que incluso sacarían de sus estantes todos los volúmenes que estuvieran contra las buenas costumbres.

El caso es terrible a estas alturas del siglo XX. Recuerda películas como *El nombre de la rosa* o *Fahrenheit 451*. Pero desmiente que nuestro país vaya a la modernidad. Más bien refuerza la idea provinciana de los caciques de aldea. Tiempos en los cuales unos cuántos decidían lo que debería uno hacer en todos los órdenes de la vida.

Uno aprecia los contrastes y contradicciones de la vida mexicana. Primero porque después de terminar el multicitado Coloquio de Invierno, el cual hizo una petición expresa en el caso Salman Rushdie para su salvación ni en favor de que bajen al pobre astronauta soviético que sigue girando alrededor de la tierra, hay en nuestro propia nación quien determina qué se lee.

Segundo, debiendo a que el dueño de las tiendas Sanborns, el señor Carlos Slim, es un hombre generoso y caritativo, según nos dijo hace tiempo Fernando Benítez. Incluso forma parte del Centro Mexicano de Filantropía. Es

más, en su nueva empresa Teléfonos de México pugna por la modernidad. Sin embargo, cuenta con dependientes burócratas, como Marcelo Diluvi. ¿No sería posible que don Carlos se enterara de esto y reparara el daño?

Porque como ha escrito Patricia Vega en un libro que sólo conocemos por referencias *El caso Rushdie. Testimonio sobre la intolerancia* (CNCA e INBA), que por cierto ganó el Primero de Periodismo Cultural 1989, hay censura en cine (*Yo te saludo María* de Jean Luc Godard, y *La última tentación de Cristo*, de Martín Scorsese), literatura (¿recuerdan el caso del escritor censurado que se iba a comer a sí mismo?), artes plásticas (los cuadros que atacó Pro Vida en el Museo de Arte Moderno), teatro (las agresiones a la obra *Cucara macara* y a *Jesusa* y sus puestas en escena) y otros medios.

Eso es lamentable en una sociedad que vive, quiera que no, en la globalización. El signo más claro son las antenas parabólicas, las cuales no le piden permiso a un señor para poder exhibir material al deano de bajísima calidad o la publicidad de productos sin sentido junto a seriales que le darían vergüenza a TV UNAM y películas deleznable. Sin embargo en estos casos, nadie da el grito de alarma.

Acerca de las cualidades narrativas de Eusebio Ruvalcaba, independientemente del Premio Agustín Yáñez, ya habíamos dado cuenta de ellas en una nota a propósito de su libro de cuentos *¿Nunca te amarraron las manos de chiquito?* (Planeta), es este espacio (13/XII/91). Decíamos en aquella nota: "Es además, hijo del músico Higinio Ruvalcaba, lo que se nota en muchas de sus estructuras literarias las cuales parecen acordes muy bien elaborados. Esperamos con ansia su sinfonía *Un hilito de sangre*. Y para ser su primera, rebasó las expectativas.

El viernes 21, en "Morral de Libros", el conocido DB hace una reseña de *Un hilito de sangre*. Compartiremos algunos de sus juicios.

Pero lo que nos parece notable en el texto es la antiolemonidad, las situaciones imprecindibles, la búsqueda del fracasado amor y el encuentro del sexo en una casa de citas, lo que pudo dar pie para a los moralinos juicios "el señor Diluvi. ¡Ah!, pero además la forma de escribir de Ruvalcaba es divertidísima. Tal vez por eso le festejó tanto el jefe José Agustín.

En el edificio de Sedesol, en Paseo de la Reforma, en la Ciudad de México, la oficina de Emiliano Pérez Cruz apesta a cigarrillo. Tan pronto iniciamos la conversación enciende otro; el cenicero está repleto de colillas.

—Teníamos un espacio radiofónico que se llamaba “Viva la radio” —dice, a propósito de la censura de *Un hilito...*— y lo invitamos [a Eusebio] alguna vez al programa a hablar de su obra más reciente, que fue *Un hilito de sangre*, y que había sido censurada para circular en los Sanborns por el director comercial, me parece, pues consideraba que esa novela no era para su público.

Emiliano se lleva las manos entrelazadas detrás de la cabeza, en la nuca. Luego dice lo que piensa sobre la historia:

—Es una novela que compartes con tus cuates, con tus hijos; yo creo que es una lectura para todo público, pero que fundamentalmente le llega a muchos chavos, a los que les puedes estar mostrando que la vida es más allá de lo que pretenden que sea; es decir, esta vida de formalismos, de ciertos ceremoniales que terminan sin darte nada; o lo otro, lo que encuentras en *Un hilito de sangre*, que puede ser la aventura, el descubrimiento, la solidaridad, el reencuentro, la pasión, el amor incipiente.

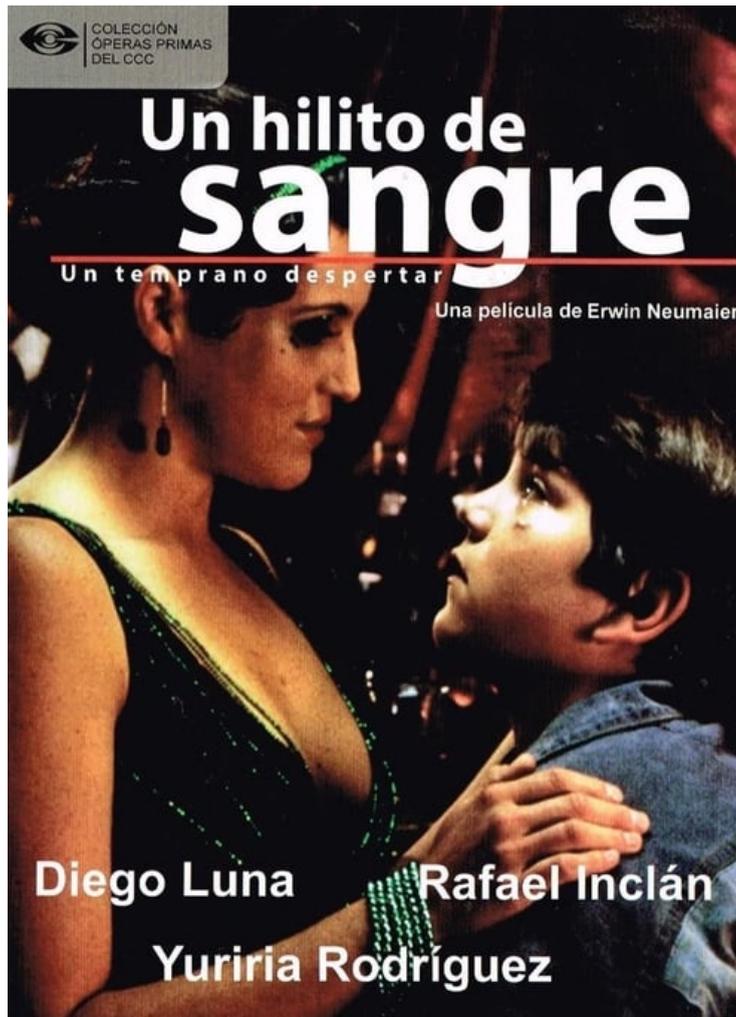
Sobre toda esta experiencia, Eusebio mismo escribió varios años después en la ya citada “Carta a un adolescente”:

Alguna vez escribí una novelita fallida que se llama *Un hilito de sangre*. Se trata de un chavo de 13 años que se va de su casa y regresa al día siguiente. Para no hacerte el cuento largo, los típicos papis y mamis se enojaron mucho por esa novela, y desde luego la censuraron. Yo les di toda la razón, elogí su buen gusto, y seguí mi vida. La experiencia sirvió porque me di cuenta cabal de una cosa: yo no soy, digamos, lo que se llama un escritor de combate. Para mí, la literatura va un paso atrás de la vida. Que los escritores frescos pongan su pluma al servicio de sus principios. Yo soy de un apático que es de dar risa. No cambio nada por estar en los brazos de una mujer, por escuchar al maestro Schumann (de quien ahorita mismo estoy oyendo su cuarteto para piano y cuerdas; ¿ya te he platicado de este viejo?, algún día lo haremos, nos sentaremos a beber y encima a hablar de Schumann, jefe de jefes). ¿En qué estábamos? Ah, sí, en que por nada del mundo cambio este vaso de mezcal que tengo aquí, a unos centímetros.<sup>41</sup>

*Un hilito de sangre* trascendió el ámbito estrictamente literario cuando un joven cineasta del Centro de Capacitación Cinematográfica (CCC) se interesó por llevarla a la pantalla grande.

---

<sup>41</sup> *Una mosca devastada...* p.124.



Portada de la película.

—Esta es una historia que tiene que ver con el cine —dice su director, Erwin Neumaier, en un sillón de la sala de su casa en la colonia Condesa—. Yo estaba terminando una película, que se llama *Lolo*, con Francisco Athié, y un día llegó y nos dijo, al editor y a mí: “Acabo de leer una gran novela, que me pasó Gustavo Montiel [quien entonces era el director del CCC, aclara Erwin] que se llama *Un hilo de sangre*, está padrisima”. Acto seguido fui y la compré y me encantó. Y le pregunté a Pancho [Athié], oye, qué onda, porque como que había esta cosa medio sospechosa de que él podría querer hacer una película de la novela, yo sin saber que Pancho nunca adaptaría nada porque le gustan sus historias originales, y me dijo: “No, nada, a mí me quedaría muy pacheca, hazla tú”. Entonces ese día estaba otro cuate, que se llama Edgar Valenzuela, y dijo: “Yo conozco a Eusebio, es pocamadre, seguro si le hablas te concede los derechos”.

Erwin sonríe durante casi toda la entrevista. Cruza las piernas y las manos, con las que acentúa lo que dicen sus palabras mientras rememora:

—Entonces dije, bueno, voy a buscar primero a alguien que adapte la novela como guionista. Y le dije a Alejandro Lubezki; somos muy cuates. Le dije: “Por qué no lo hacemos juntos, vamos [con Eusebio] y le hacemos un contrato de cesión de derechos de que estamos adaptando la novela juntos”. Me dijo: “Va”. Y así fue, le hablé [a Eusebio], fuimos a su casa, nos bebimos unas

botellas, firmamos un acuerdo y él me dijo: “Haz con ella lo que quieras”, como siempre dice. Lo único que me pidió fue: “No hagas algo que sea complaciente”. Con eso en mente, yo dije: “Está bien. Me quede bien o me quede mal, lo que no va a ser es una película complaciente.”

No lo fue ni para él mismo, dice Erwin en el momento en que su sonrisa se disipa un instante... Porque tampoco lo fue para Eusebio:

—Alguna vez me dijo [Eusebio]: “en algún momento de la película me perdí”.

Neumaier cuenta entonces algunos de los pormenores que tuvo previo a la realización. Como el que Alfonso Cuarón mostró interés por la novela.

—Me habló —dice Erwin—, me dijo que él quería hacerla, yo le dije que no, que era muy difícil encontrar algo que te gustara tanto.

—¿Por qué te gustó tanto? —le pregunto yo, entonces.

—Básicamente porque era una historia que veía. Para mí hacer películas tiene que ver con lo visual del asunto. Era mi primera película, con esta energía súper adolescente, en donde además corrí con mucha suerte porque había un apoyo del CCC, un bonito *crew* de gente que me apoyaba, que éramos de mi generación y ya teníamos bastante experiencia haciendo películas, y con actores afortunadamente muy entregados a la peli. Tan afortunados como contar con Diego Luna.

—¿Qué tan difícil fue adaptarla?

—Difícil porque en un principio fue una adaptación muy literaria. Leías el guion y se parecía mucho a la novela. No tomábamos la suficiente distancia. Entonces, cuando ganamos la ópera prima<sup>42</sup> nos metimos a reescribirlo desde esta óptica: vamos a distanciarnos. Empecé a trabajar con otro amigo mío, que se llama Francisco Bravo, sobre la adaptación, y nos volamos, empezamos a sacarnos cosas de las mangas, a hacer homenajes a Buñuel: queríamos un burro muerto encima de un piano de cola en una de las secuencias... —Erwin Neumaier se ríe de nuevo—; Alejandro Lubezki nos aventaba encendedores a la cara porque estábamos desbaratando su guion. Necesitábamos realmente separarnos de la historia. Volver a leer la novela, empezar a ver qué quería yo hacer.

Sin embargo esa no fue la única adversidad a la que se enfrentó:

—Acabamos de filmar en el 94, se acabó de editar hasta el 95, se hizo una presentación en los veinte años del CCC y de ahí pasó a la lata directamente. Cinco años. Fue una gran pelea con la escuela, con el instituto cinematográfico, que era dirigido por un tipo nefasto, siniestro: pensaba que la película era vulgar, grotesca y pornográfica, lo cual a mi me parecía que entonces estaba bien, pero todo eso hacía que no pudiera mostrarle nada a Eusebio.

Ahora sí el semblante de Erwin Neumaier permanece serio, al decir:

—Cuando se mostró en la Cineteca, [Eusebio] no aguantó y se salió. Y luego, cuando la vio en el estreno, habían pasado muchos años... ya todos éramos distintos.

---

<sup>42</sup> Se refiere al apoyo que el CCC otorga anualmente a cineastas primerizos para dirigir su primera película.



Fotografías de Eduardo Loza.

## II

—¿Tuviste otros trabajos antes de dedicarte enteramente a escribir? —le pregunto a Eusebio sin tener idea de que tiene un poemario llamado *Poemas de un oficinista* (o de que trabajó en Banamex, como ya mencionó), donde Ruvalcaba “ofrece el diario o los apuntes de un personaje cuya pusilanidad lo convierten en un individuo semejante a los miles de extraviados que hacen posible una rara fantasía [la de escribir poemas] en cualquier orilla de este siglo enfermo”, según la introducción de César Arístides para dicho volumen<sup>43</sup>.

—Sí, trabajé en un montón de cosas y no sabía ni para dónde iba. Tan es así que cuando decidí estudiar historia lo hice porque me dije: “Bueno, qué voy a hacer”, y mis padres me preguntaron lo mismo. Entonces dije: “Voy a estudiar algo”, y lo único que se me ocurrió fue historia. “Para darme una embarrada de cultura”, pensé, pero no tenía hacia dónde poner los cañones de la batería, absolutamente no tenía ningún interés en nada. Fui *office boy*, chofer, mesero... fui un montón de cosas. Ya estaba viviendo de eso nada más.

La escritura produce un deleite cuando colma las expectativas del escritor. Expectativas que pueden ir desde rebosar de palabras aquellas páginas, hasta sugerir un cuento de principio a fin. Esas expectativas son las que están en manos del escritor y, como ya se dijo, son las que provocan momentos de júbilo y entusiasmo en quien escribe; pero cuando las posibilidades rebasan la inmediatez, lo concreto, y se desparraman en sueños agrídulces —voy a escribir el mejor cuento de todos los tiempos, mi meta es la obtención de tal o cual premio, quiero conmover al lector hasta que lllore—, cuando eso acaece, la escritura se convierte en un martirio, en el modo más expedito de tocar las riberas del desconsuelo.<sup>44</sup>

En el momento en que se lleva a cabo esta entrevista (2012), Eusebio lleva varios años viviendo de la escritura. Por y para ella. Ha publicado ya en editoriales grandes y pequeñas, en diarios de circulación nacional y en portales conocidos por nadie.

A propósito, le pregunto:

—¿Actualmente en qué medios colaboras?

—De forma regular escribo ensayos en la revista *Vértigo*, cuentos en el diario *El Financiero* y cada ocho días artículos de música en el periódico *Milenio*. Escribo cuentos también para un, no sé cómo llamarlo, un portal, una ventana, que se llama *La Mosca en la red*. Y otros artículos de música para *Nexos*, en la red también. Eso de forma regular, sostenida, sistemática. Y de forma irregular en todas partes. Siempre he tenido esa actitud de agradecimiento. Antes eran revistas que se hacían en mimeógrafo; los chavos me pedían cuentos y se los daba. Ahora es en la red que de pronto me piden

---

<sup>43</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Poemas de un oficinista*, Praxis, 2001, p.7.

<sup>44</sup> “Barquitos de papel”, texto incluido en el libro *El arte de mentir*, Almadía, 2014, p. 93.

cuentos, o lo que sea, y siempre, siempre, colaboro. El día que me comprometo a entregar, lo entrego. Y de una extensión determinada. Soy muy rígido con esas cosas.

—Entonces, ¿cuál es tu principal fuente de ingresos de todo lo que haces? ¿Por los libros, por las colaboraciones, por los talleres?

—Pues todo se junta. No es que tenga una principal fuente de ingresos, sino que, digamos, llega un momento en el que esto te produce beneficios económicos. Pero al mismo tiempo siempre ha sido así: si no hay dinero para que me paguen, yo hago las cosas. Si no hay dinero de alguna revista, no me siento frenado para colaborar o para dar un taller o lo que sea. Siempre tiene una idea de que no le va a alcanzar el dinero, pero la verdad de las cosas es que siempre alcanza. Y eso que me gusta gastar.

Escribir es ceñirse la corona del fracaso —que, por cierto, muy pocos pueden lucir con arrogancia—, es ceñírsela al calce porque [el escritor] sabe que la tarea de la escritura es tan imprevisible e ingrata que todo éxito es por demás descabellado, y que, en consecuencia, lo mismo puede sobrevenir el éxito más *kitsch* que la derrota más alentadora. Lo cual, en última instancia, sorprende de igual modo al escritor.

[...] Escribir es, en el peor de los casos, asirse de la vida para no enloquecer. Ese escritor le debe algo a la vida —su vida misma— y sabe que el único modo de ajustar cuentas es escribiendo. No importa si muere en el intento.<sup>45</sup>

—¿Ahora qué estás escribiendo? ¿Qué tienes preparado para sacar a la luz próximamente?

—Siempre tengo varios proyectos en la mesa de trabajo. Entonces estoy trabajando una novela, estoy trabajando un libro de cuentos, estoy trabajando un libro de poesía, estoy trabajando en un libro de ensayos. Eso, básicamente.

—Todo al mismo tiempo.

—Todo al mismo tiempo.

—¿Cómo te organizas para hacerlo?

—Pues dedicándote, echándole cabeza y tiempo. Entonces te sientas a trabajar y revisas: a ver qué es lo que urge. No porque tengas que entregar algo a algún medio, sino simple y llanamente porque de pronto uno abandona. Digamos que la novela que estoy trabajando exige un tiempo determinado de redacción, de que te apliques. Y pasa un tiempo y necesitas respirar, nutrir, llenar el tanque y regresar al cabo de seis meses, por ejemplo. Con un libro de cuentos es totalmente distinto. Cada género exige algo en particular.

—¿Los ensayos qué te exigen, por ejemplo?

—Te exigen concentración y te exigen diversidad y te exigen razonamiento de principio a fin. Te exigen una suerte de encantamiento. Que tú te sientas en armonía con el ensayo y que te vaya quedando clara línea por línea; te tiene que quedar claro y debe estar siempre rígidamente construido dentro de su flexibilidad.

—De todos los géneros que aboradas, ¿te sientes mejor en alguno, más cómodo? ¿Disfrutas más escribiendo uno que otro?

—Pues no, eh, la verdad es que de forma indistinta me siento apegado a los géneros que escribo.

---

<sup>45</sup> “La escritura”, texto que aparece en: Eusebio Ruvalcaba, *Primero la A*, Sansores y Aljure Ediciones, 1997, p. 81.

Para Eusebio Ruvalcaba el poema —sin dejar de ser un eslabón anfíbio, mitad texto, mitad sonido—, es, así mismo, el vaso comunicante natural entre la literatura y la música. Su poesía pertenece, por derecho propio, a ese honroso linaje de escritores que tienen a la música como el centro indiscutible de la reflexión y del conocimiento del mundo y del hombre. [...] Se trata de artistas que, en mayor o menor medida, han puesto su escritura al servicio de temas y asuntos musicales.<sup>46</sup>



Fotografía proporcionada por el autor.

Un día visito a Eusebio entre semana, temprano, por eso de las diez de la mañana, en el departamento que habita solo en la calle de Zapote, muy cerca de San Fernando, en Tlalpan.

Llevo chilaquiles con pollo, crema y queso, acompañados de un bolillo, que compro en una esquina y que desayunamos juntos, el uno frente al otro, en la mesa que tiene en la parte posterior de su buhardilla.

Eusebio está recién bañado.

Fresco, sobrio.

Sonriente.

Me encanta conversar con él así.

Se lo digo.

Él sonrío.

Luego de comer tomamos un café soluble que el escritor prepara en su cocineta.

---

<sup>46</sup>Fragmento del texto de cuarta de forros que Mario Lavista escribió para el libro *La Música*, de Eusebio Ruvalcaba, Unasletras, 2011, 120 pp.

Y conversamos sobre el documental, sobre cualquier cosa.

Después me ofrece un mezcal, que acepto.

—Cuidado, eh, porque está fuerte y es temprano —dice.

Ese día Eusebio me entrega la foto donde aparece, siendo un niño, al violín junto con una de sus hermanas al piano. Y otra donde aparecen ambos de pie, sin instrumentos.

Enmarcadas, las saca de alguna parte.

Le prometo escanearlas, mandarle las imágenes digitalizadas y devolvérselas a la brevedad.

Así lo hago.

—¿Por qué no fuiste músico? ¿Por qué no tomaste ese camino? —le pregunto, en el parque del centro de Tlalpan. La mañana empieza a disiparse para abrirle paso al mediodía, que caluroso se aproxima junto con globeros y vendedores de fritangas.

—Lo intenté, intenté tocar el violín, intenté tocar el piano. Tenía buen oído, tenía facilidad motriz, tenía buen gusto musical, memoria musical. Pero no tenía lo principal, que es la vocación. Sin vocación no se hace nada, no se avanza, y en consecuencia no pude dedicarme a la música. Que me habría encantado dedicarme al violín, pero no era por ahí.

Tal como Eusebio señala al principio de este trabajo, y como lo señala el compositor Mario Lavista en la cuarta de forros del poemario *La música* citada líneas arriba, de algún modo Ruvalcaba tomó la estafeta de sus padres a través de la palabra escrita.

—Y recientemente, ¿has tocado un instrumento? ¿Has vuelto a agarrar un violín?

—Fíjate que sí, aunque recientemente para mí es hace diez años... Intenté retomar el instrumento y no, pues no se me dio nada. Fue un intento fallido.

Rebuscando al respecto entre sus libros, en uno de mis favoritos ruvalcabianos, quizá al que más cariño le tengo, *Una cerveza de nombre derrota*, Eusebio escribe en alguna parte del texto llamado “Confesiones escriturales”:

La verdad es que escribo porque no sé hacer música. No sé tocar ningún instrumento ni componer el acorde más simple. No sé dirigir una orquesta, ni sonar los platillos ni el idílico triángulo. Estoy seguro de que si tocara el violín no escribiría, para qué; con la palabra escrita no lograría sacudir el alma de un hombre como lo hace la música. Escribo, pues, por impotencia. Aunque no estoy muy seguro, porque la palabra escrita penetra zonas vedadas a la música. Esas zonas siempre me han atraído como una línea a un adicto. Por eso escribo, para rascar en ellas, para meter la nariz y aspirar aquel tufo, que en mucho recuerda al de las reses abiertas en canal. Son las zonas del sufrimiento, del desconsuelo, de la desolación más devastadora. Y son precisamente las zonas que piden no ser escritas, llevadas a los campos de fresas de la literatura. Son las zonas que exigen privacidad, y son las únicas sobre las cuales vale la pena escribir.<sup>47</sup>

—Hace poco acabas de publicar dos libros que tienen que ver con la música (publicados en 2011). ¿Qué fue lo que te llevó a escribir estos dos textos, qué motivos tuviste? —los lentes que Eusebio usa para leer los textos de sus talleristas reposan, colgados, en su pecho.

—Uno de ellos, que se titula *La música*, es una especie de disertación sobre aspectos de la música que para mí son fundamentales. Escribo a través de la poesía sobre algunos compositores; hablo sobre el arte de hacer música y sobre cierta fenomenología que se desparrama a partir del arte de hacer música en la vida de algunos, de la gente como yo, común y corriente, en que la música nos

---

<sup>47</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Una cerveza de nombre derrota*, Almadía, 2005, p. 132.

sumerge y nos hace contemplar el mundo de otra manera. De lo que para mí significa el asombro de escuchar música todos los días. Entonces ese libro lo fui haciendo muy paulatinamente: publicaba poemas por aquí y por allá y una editora de Mérida me lo pidió. Me dijo: “Oye, tengo mucho interés de publicar ese libro, Eusebio”. Porque la música es un tema que está en muchos libros que he escrito. A veces en forma clara y abierta, a veces en forma velada.

Solo en la música hay niños prodigio.  
Como si ése fuera el precio por la belleza,  
porque desaparecen pronto.  
La música es el río del que hablaba  
Heráclito el Oscuro: nadie se baña  
dos veces en la misma sinfonía.  
También es pasión invicta, lenguaje  
de tigres, racionio  
en que priva el encantamiento.  
Pero dio todo en cinco siglos.  
No tiene antes ni tendrá después.  
Porque es adusta e imprevisible,  
ajena a la voluntad del hombre,  
su creador. En ese proceso misterioso  
que significa la creación, la música  
es lo primero, al lado de los insectos,  
las estrellas y los ojos. E irrepetible.  
No habrá otro Mozart, por la misma razón  
que no habrá otro Zeus.<sup>48</sup>

—Y por eso salió ese libro y el otro, el de *Mariana con M de música* —continúa Eusebio— es un solo poema que está dividido en fragmentos. Es la historia de una relación erótico-amorosa con una chica de nombre Mariana. La música interactúa como una especie de interlocutora, porque a través de los autores ahí mencionados, de los compositores, hago alusiones a ella, siempre. Entonces es un libro que es una historia de amor, digamos; una historia desastrosa, luminosa a veces, terrible otras, pero siempre está la música presente y el cuerpo de la mujer del personaje.

Desconfío de la palabra, escrita  
y oral. Desconfío de cualquier  
vínculo que apeste a comunicación.  
Sobre todo en términos de la cama  
y amor. Del odio y la carne.  
Porque nunca es posible decir  
lo que se piensa y se siente.  
¿Cómo decirle a esta mujer  
que vivo por ella, que amo  
cada poro de su cuerpo,  
que sin ella soy una piltrafa,  
la cima de la podredumbre,  
el colmo de la ridiculez?

---

<sup>48</sup> “De la música y otros misterios”, poema que aparece en: Eusebio Ruvalcaba, *La música*, p.82.

¿Cómo decirle que la odio,  
 que no tengo por ella  
 más que sentimientos devastadores  
 que me aniquilan, desuellan,  
 extraen la parte de hombría  
 que me resta?  
 ¿Cómo atravesarme en su camino,  
 echarle las manos al cuello  
 y llevarme su vida al infierno?  
 Nada que he sentido se le compara.  
 Sólo la música me golpea así.  
 Sólo la música cachetea tan brutalmente  
 mi corazón. Como ella abofetea mi rostro.  
 Pero sobre la música la prefiero a ella.  
 Todo ha terminado entre Mariana y yo.  
 No hay nada más, excepto terquedad  
 y estulticia. O eso creo. Porque la evoco  
 y se aparece ante mí con su olor,  
 sus ojos, su cuerpo. Todo mío.  
 Su espíritu. Sus manos buscando  
 mi verga. Sus dedos arañando  
 mis nalgas. Lo escribo,  
 y no es esto lo que quiero decir.<sup>49</sup>

Quizá el aliento poético tenga que ver con el pulso musical. Enrique González Rojo explora esa posibilidad en su texto: de cómo la música tiene que ver invariablemente con la escritura de Ruvalcaba, en general, pero con la poesía, en particular:

[Eusebio] no era, propiamente hablando, ni pretendía serlo, un musicólogo a la manera de José Antonio Alcaraz o Pablo Espinosa. Era un apasionado melómano. En este sentido, Ruvalcaba ocupa un lugar originalísimo en las letras mexicanas, ya que la música aparece y reaparece en su obra literaria. No solo en los textos que aluden directamente al arte sonoro, como *Pensemos en Beethoven* o *Amigos casi solo de Brahms*, sino en prácticamente todos los géneros que emprendió y que abarcan la poesía, el cuento, la novela, el ensayo, el periodismo y la dramaturgia.

[...] Si la música se halla asociada en él con el nacimiento y con la muerte, no puede dejar de aparecer en su producción literaria como elemento imprescindible y constante, cosa que no hace acto de presencia en otros escritores mexicanos.<sup>50</sup>

Aquí me parece pertinente agregar el texto de contraportada que escribió Evodio Escalante para *El silencio me despertó*, ese libro que, de acuerdo con González Rojo, es clave en la producción de quien fuera su alumno y amigo:

Este libro muy bien podría llamarse *Diario de un bebedor*. A condición que se agregue en seguida que se trata del diario trepidante y lleno de sorpresas de un escritor a quien entusiasman la música, la poesía y el eterno misterio de la mujer. He aquí el triángulo irresistible que invita a las delicias del cortocircuito, dados los vínculos secretos que existen, como todo mundo sabe, entre la música, la poesía y el portento inefable de la

<sup>49</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Mariana con M de música*, pp. 9-10.

<sup>50</sup> González Rojo, *Op. Cit.*.

feminidad. Poeta y narrador de aguda sensibilidad, el autor desciende a la calle, se pierde en la carretera, se abisma en una cantina o relata sus múltiples encuentros con esta otra mujer a la que a falta de otro nombre llamamos música. De Schumann a Tchaikovski, de Bach a Brahms, de Ravel a Shostakovich, pero igual de tequila en tequila, se va tejiendo esta bitácora enfebrecida, a la vez sincera y delirante que nos ofrece Eusebio Ruvalcaba como para indicarnos que la escritura es una forma de desocultar lo que todos llevamos en el corazón.<sup>51</sup>

En fin que, más adelante, en el mismo texto citado, Enrique González Rojo continúa su reflexión en torno a la figura de Eusebio y su relación con la música:

[...] Él quiso estudiar violín como su padre y piano como su madre. Pero en cierta ocasión —nos narró a Alicia y a mí—, don Higinio, su padre, lo oyó estudiar y, desde otro cuarto, le dijo: “Eusebio, estás desafinando”, y aunque el joven estudiante de violín pensó que, esta vez, a su padre no le asistía la razón, la observación paterna lo afligió y lo llenó de dudas sobre su vocación musical. Más adelante, al hacerse de un piano, cuenta lo siguiente: “Me acerco al teclado y pongo las manos en las teclas de marfil. Por unos instantes no dejo de lamentarme haber abandonado su estudio; culpo a mis padres por no haberme obligado. Pero finalmente admito que si de verdad hubiera tenido vocación, hubiera sido músico a pesar de todo”. No logró serlo, pero en compensación fue un melómano apasionado y la música fue el ángel custodio de toda su producción literaria.

*La música*, el poemario, se presenta cierta noche en la Ciudad de México, en algún lugar de la colonia Roma.

Cuando llego el recinto está a reventar.

Me coloco en el extremo derecho y de pie observo: sobre unos sillones están Eusebio y la presentadora del libro. A un lado de ellos, una chelista toca piezas que improvisa, que inventa ahí conforme el autor lee un poema del libro; las emociones que le provocan las palabras las transforma en música.

Frente a Eusebio hay una copa de vino a punto de terminarse. El hombre se dispone a leer el poema “La última voluntad de un violinista”:

Unas cuantas horas antes de que muriera,  
mi padre me ordenó buscar su cartera en el pantalón.  
¿Cuánto hay?, preguntó.  
Conté el dinero. Treinta pesos, respondí.  
Son tuyos, tómalos. Es todo lo que tengo.  
Los tomé y salí a la calle rumbo a la cantina más cercana.  
Un ron. Cuando menos me alcanzaba para un ron blanco.  
La vista de los árboles trajo a mi mente la figura de mi padre  
interpretando el concierto de Beethoven. Su violín vigoroso.  
Un perro famélico que se apartó a mi paso  
evocó su figura tocando al lado de mi madre las sonatas de Brahms.  
Y un automóvil descompuesto me devolvió aquella imagen de mi padre  
tocando con el Lener los cuartetos de Mozart dedicados a Haydn.  
Le pedí al cantinero un ron blanco puesto. Cero refresco. Cero hielos.  
Lo bebí a la salud de mi padre. La única copa que me invitó en vida.

---

<sup>51</sup> Eusebio Ruvalcaba, *El silencio me despertó*, Almaqui Editores, 2011, 364 pp.

Era el 14 de enero de 1976. Moriría al día siguiente.<sup>52</sup>

La gente aplaude en cuanto Eusebio termina de leer.

Yo aplaudo.

Él se quita los lentes.

No, no se los quita, los mantiene puestos; el cabello de los costados, un tanto crecido, se le esponja, se le despeina.

Eusebio sonrío, sonrío como un niño.

Luego mantiene la mirada en el piso de una forma en que solo él puede en ese momento.

Y la música suena.

Anoche se me apareció mi padre.

Tiene más de treinta años de muerto  
y se me apareció anoche. Venía de traje,  
con su chaleco guinda y su boina azul.

Venía de buenas. Traía su violín  
en la mano, y en la otra las llaves  
del coche. Venía de buenas porque  
sonreía. Sonreía como un corderito.  
Me dijo que venía a devolverme  
mis lágrimas, que no llorara más por él  
y menos interrumpiera mis sueños  
por su recuerdo. Que en realidad no valía  
la pena y que así era la cosa. De pronto  
se quedó callado, se echó a llorar  
y exclamó: “No me hagas caso”.<sup>53</sup>

Eusebio siempre habló y escribió sobre su padre.

Escribió que Higinio Ruvalcaba nació en 1905, en Yahualica, Jalisco. Que fue el hijo de una costurera y de un violonchelista.

Escribió cómo Higinio llegaba borracho, por las noches, luego de un concierto, y se comía un bistec crudo extraído directamente del refrigerador; ese mismo hombre al que un ángel le sujetaba la mano cuando tocaba el violín e interpretaba a Mozart.

Escribió cómo Higinio llegaba borracho, por las noches, y jugaba frontón con Eusebio, el niño, en la sala, luego de despejar los muebles.

Escribió cómo afinaba los tres pianos que tenían en casa dos veces al año.

Escribió cómo lo cargaba sobre su espalda ancha, a pesar de su baja estatura: ahí Eusebio, el niño, se sentía invencible.

Escribió cómo Higinio no tenía interés en nada más que en la música.

Y cómo lo vencieron, en su vejez, la artritis y la diabetes.

Eusebio también escribió:

¿Qué tocas?, le pregunté a mis 11 años cuando lo escuché improvisar en la cocina. Porque le gustaba ensayar

---

<sup>52</sup> Eusebio Ruvalcaba, *La música*, unasletras, 2011, p.72.

<sup>53</sup> “Higinio Ruvalcaba”, poema que aparece en: Eusebio Ruvalcaba, Op. Cit., p.56.

(más que ensayos eran improvisaciones) en la cocina, o hacer sombra, como él decía. Improvisar y perderse en el limbo de la música jamás escuchada ni repetida —que en eso consiste la improvisación. ¿Qué tocas?, le pregunté alguna vez que mis oídos se esforzaban por reconocer aquellas armonías inauditas. “El silencio”, me respondió. “¿Y quién te enseñó a tocar así?” “Dios”, respondió.<sup>54</sup>

Eusebio escribió que Higinio fue un violinista maestro, pero sin alumnos.

Escribió que Higinio no estudiaba su instrumento, porque lo dominaba como nadie.

Que se levantaba muy temprano, de madrugada, para hacer ejercicio. Que gustaba de las pesas y la bicicleta.

Escribió que también le gustaban los automóviles deportivos. La velocidad de la carretera.

Escribió sobre la devoción de Higinio por Beethoven: el violinista no podía pronunciar ese nombre sin que las lágrimas sobrevinieran.

Escribió sobre el romance de su padre con Celia Treviño, también violinista, a quien quiso y despreció.

Y también que:

Cuando daba un concierto y el público le aplaudía a rabiar, yo corría desde mi lugar en platea, me subía al escenario y me trepaba en sus hombros. Él, con el violín en las manos, daba las gracias. Una y otra vez se inclinaba. Yo me concretaba a agarrar bien duro mi sombrero de charro. Que por ninguna circunstancia se me fuera a caer. Desde allá arriba, las manos aplaudiendo semejaban una película de animación.<sup>55</sup>

Antes de Eusebio yo no tenía idea de la música.

Quiero decir, de lo que conocemos como “música clásica”.

En mi cabeza existían los nombres de Beethoven, de Mozart. Nombres que eran como cualquier otro.

Jamás había escuchado hablar de Schubert, de Mendelssohn.

De Brahms.

Poco después de iniciar en su taller, un día en que iba de la facultad hacia el metro, en el pasillo empinado que conduce a la salida (o a la entrada, según quiera verse) hallé en un pequeño puesto de libros usados el título *Con los oídos abiertos, aproximaciones al mundo de la música*, que compré por un módico precio y que comencé a leer de inmediato.

A través de este libro comencé a conocer mejor a Eusebio y a conocer un poco de todos aquellos músicos; nombres, datos e información que me eran absolutamente ajenos. Hasta entonces.

En la cuarta de forros de aquel título se escribió:

Ruvalcaba nos abre los oídos a la música de cámara a través de piezas, compositores e intérpretes en una rica colección de breves ensayos de prosa fluida, ligera, personal, contagiosa, gentil; escritos en la mejor tradición del género ensayístico, con la voluptuosidad del hedonista que nos comunica sus gustos, sus obsesiones, sus recuerdos y cómo no, su propio goce. El lector encontrará aquí lo mismo charlas musicales sobre la dinastía Haydn-Mozart-Beethoven-Schubert y otras predilecciones, que un *divertimento* narrativo que, con

---

<sup>54</sup> “Aproximaciones a Higinio Ruvalcaba”, texto publicado [en su blog](#) el 11 de enero de 2015.

<sup>55</sup> “Unas cuantas líneas para evocar a un padre muerto”, texto publicado [en su blog](#) el 12 de enero de 2014.

imaginativas acotaciones a la vida de célebres violinistas, acomete los más insólitos emparejamientos. El melómano autor deja así sabrosa y desordenadamente trazada la autobiografía de toda una vida con la música desde el otro lado del atril.<sup>56</sup>

Escribo esto una noche, imbuido en aquellas recomendaciones. Apenas abro el archivo que contiene este trabajo, le doy *play* a algún concierto, a alguna pieza de las tantas que recomienda Ruvalcaba en su escritura.

Y entonces todo acaece, todo fluye a su propio ritmo, y en la cabeza comienzan a despejarse todas las dudas, y las palabras se devienen una tras otra.

En un pequeño atril, como si de partituras se tratasen, coloco el volumen citado y leo.

Y transcribo:

Hace doce o quince años, Jorge Risi, ese extraordinario violinista, me pidió que lo llevara a conocer al maestro Smilovits. Ya habían pasado muchos años de la desintegración del cuarteto Lener. Todos los demás miembros habían muerto. Así que averigüé el domicilio del asilo en el que Smilovits vivía y nos dirigimos hacia allá, hasta Cuernavaca. Cuando el maestro me vio, me abrazó y me pellizcó los cachetes, cosa que siempre hacía.

—Querido, querido —me dijo.

Y lo besó. Aquel hombre tendría más de 95 años.

Ruvalcaba, escribe, le presentó a Risi, quien perplejo permaneció en la puerta, incrédulo por tener frente a él a uno de los fundadores del cuarteto Lener, donde tocó el violinista Higinio.

Risi llevaba consigo su violín, por lo que Smilovits le pidió que se lo mostrara conforme contaba diversas anécdotas.

De repente hizo una pausa, para inmediatamente decir:

—¿Te puedo pedir un favor, muchacho?

—Claro —le respondió Risi—, lo que usted guste, maestro.

—Que me toques el violín.

Risi se sorprendió y titubeó un poco, pero su respuesta fue categórica:

—No, maestro, nunca me atrevería a tocar delante de usted.

—Bueno —dijo aquél, y siguió contando algo, para interrumpirse por segunda vez:

—Jorgito —ahora su voz se había tornado suplicante—, por favor, tócame el violín.

Y nuevamente Risi se volvió a negar. Pero ahora fue más explícito:

—Maestro, no me pida eso, por favor. Yo lo respeto muchísimo, no vine aquí a tocar, vine a charlar con usted, a oírlo, a verlo. Nunca me atrevería yo a tocar.

—Está bien, no digas más —acotó el maestro.

Y siguió platicando algo sobre los violinistas húngaros, unos minutos, para decir:

—Jorge, voy a morir de un momento a otro. Ahora que tú te vayas, que ustedes salgan de este cuarto, me quedará solo. Y tal vez muera. Hoy, mañana, en un mes... Quiero que estas paredes, que verán mi cuerpo pudrirse, me hablen con el lenguaje de la música. Porque les voy a preguntar. No tengo a nadie conmigo más que a estas paredes y les voy a preguntar. Tócame algo, por favor.

Risi, finalmente, le tocó la *Chacona* de Bach. Smilovits lo escuchaba atento.

Ruvalcaba, escribe, permaneció en medio de ambos.

Cuando Risi terminó, Smilovits dijo:

---

<sup>56</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Con los oídos abiertos, aproximaciones al mundo de la música*, Paidós, 2001, 279 pp.

—No está mal, nada mal, aunque podría estar mejor.

Y le pidió el violín. Risi se lo dio y Smilovits lo colocó en su sitio, ahí donde debe ir: al cuello. Tomó el arco y trazó unas cuantas notas del concierto de Mendelssohn. Un anciano con el mal de Parkinson tarareando el concierto mientras intentaba tocarlo. No tocó una sola nota afinada, pero Mendelssohn se me reveló en toda su grandeza.<sup>57</sup>

—¿Entonces qué es un cuarteto de cuerdas? —le pregunto a Eusebio esto que no pude preguntarle en vida. Él me responde a través de sus páginas, donde sigue hablándome:

—Un cuarteto de cuerdas —escribe en la página 44 del libro— es la perfecta unidad de cuatro elementos poseídos de pasión y entusiasmo semejantes, de sabiduría y erudición musicales similares. Cuatro elementos que han depositado su individualidad al servicio de la armonía.

”No me refiero a las cuerdas con que se limita el ring y en las cuales rebotan los cuerpos exangües, ni a las que se le ponen a los yoyos y que los malos jugadores enredan, ni menos a las que entretejen el firme y flexible tramado de las raquetas de tenis, sino al nombre con que son conocidos los instrumentos que integran el cuarteto de cuerdas de una orquesta: violines, violas, chelos y contrabajos y, por extensión, a estos instrumentos, sea dentro o fuera de un grupo sinfónico.

”Por ser su sonoridad lo más parecido a la voz humana, los instrumentos de cuerda, por separado o en cualquiera de los conjuntos que se pueden formar con ellos, han sido recurso preferido de compositores [...].”

Cuatro cuerdas que tensan, que cortan, que suenan.

En el caso de Ruvalcaba, si su bibliografía se tratase de un violín, este tendría las cuerdas: escritura, música, mujer, alcohol.

En ese orden y de la más grave a la más aguda.

—¿Cómo es la relación entre estos elementos? —le pregunto a Eusebio. Seguimos conversando cara a cara; él sentado y yo de pie, el micrófono lavalier asomándose por su camisa, entre los lentes y la chaqueta.

—Es una relación espléndida porque te da lo mejor de la vida. Si pones mezcal con música y mujer, es así como la totalidad del universo para un escritor, cuya máxima ambición es tocar el corazón. Son armas, estas cosas, que te permiten conformar una realidad literaria de peso humano.

Esas posibilidades las exploró más a fondo en novelas como *Músico de cortesanas* o *Temor de Dios*, pero también, y por supuesto, en su trabajo ensayístico, que a mi juicio, junto con su trabajo poético, es lo mejor de su producción:

Algo hay de símil inexplicable entre Schubert y las mujeres. Tal vez sea su modo de contemplar a las truchas cuando se corretean en el agua; acaso su manera de persignarse cuando avistan que la muerte no está tan lejos como se lo imaginaban, o probablemente, muy probablemente, su manera de designar al objeto amoroso, que siempre es inconclusa. Como su célebre sinfonía.

[...] Por definición, la música es indefinible; la mujer otro tanto. Quien lo intente esclarecer, sea en un caso o en el otro, navegará en mares de incertidumbre y desconsuelo.<sup>58</sup>

Y aunque la llamada música clásica suele señalarse como un territorio exclusivamente masculino —lo mismo que su crítica—, no deja de asombrar que en su contexto (hace más de

<sup>57</sup> “El cuarteto”, texto que aparece en: Eusebio Ruvalcaba, *Con los oídos abiertos*, p.44.

<sup>58</sup> Fragmentos contenidos en “Música y mujeres”, del libro *La música*, p.56.

veinte años) Ruvalcaba haya abordado, hablando del cuarteto de cuerdas, el compuesto por una mujer:

Ahora mismo estoy escuchando un cuarteto de cuerdas sorprendente. Se trata del cuarteto en La mayor de Guadalupe Olmedo, tocado por el cuarteto ruso-americano (Oleg Guk, violín primero; Vladimir Tokarev, violín segundo; Mihail Gourfinkel, viola, y Alain Dourbecq, chelo). Pero cuando digo sorprendente no estoy pensando nada más en la música por la música, en la excelente factura de esta obra, en su firme estructura a partir de la cual se desparrraman no solo emociones sino ideas musicales que se expresan a través de pasajes melódicos perfectamente distinguibles uno de otro. Estoy pensando en el hecho de que se trata de una obra compuesta en 1875 por una compositora de la cual apenas sabemos algunos datos.<sup>59</sup>

Ruvalcaba no solo menciona a Olmedo sino a Gabriela Ortiz, Graciela Agudelo, Marcela Rodríguez, Ana Lara; a Fanny Mendelssohn y a Klara Schumann. No puede, sin embargo, dejar de hablar sobre la *musería* (de cómo las mujeres fueron musas de infinidad de compositores para crear sus piezas), aunque emparenta, más adelante, en otro texto, la condición femenina con la música, el alcohol (y, por lo tanto, con la escritura):

La mujer y la música están indisolublemente enganchadas. La música remite a las pasiones más fuertes. La música traza en la imaginación del hombre el cuerpo del deseo. Y toda mujer tiene su propio ritmo. En la cama, al caminar, al hablar, o simplemente al hacer su faena diaria, la mujer prefigura su propio compás. Una mujer es toda la música. Una mujer es la música misma. Tal vez por eso el baile es el único trono que comparten mujer y hombre, a la par y en igual medida.

[...] la música empuja. Suena la música, se toma a una mujer del talle, los cuerpos se balancean, y aquella comunicación ya nadie podrá detenerla. De pronto aquel hombre y aquella mujer, porque la música así se los dicta, porque sin la música esto no sería concebible, están inmersos en la burbuja del deseo, alrededor del cual no existe nada ni nadie.

[...] En ese sentido, la música lo único que hace es conciliar, poner a uno junto al otro. A la música no le importa el estado civil ni los prejuicios. La música simplemente une.<sup>60</sup>

Leo esta carta uno de esos sábados rumbo al taller, en el metro de la línea azul hacia a la estación General Anaya (donde salen los camiones que van al centro de Tlalpan).

No sé por qué, o quizá sea precisamente por cómo se refiere Eusebio a ella, pero a partir de este texto (del que recupero algunos fragmentos) me fue imposible olvidarme de su nombre:

[Anne-Sophie Mutter](#):

Respetada maestra:

La palabra palidece delante de la música. La palabra está contaminada por la cultura. Cada quien entiende una cosa diferente, si de palabras se trata. La música en cambio es muy distinta; no está sujeta a la ambigüedad, el doble sentido o la lectura entre líneas. La música es una, y conmueve o no, trastorna o no. Pero aún así, me atrevo a escribirle estas líneas; a usted, que es un portento violinístico. Ojalá tenga la paciencia de leerlas.

Usted, maestra Mutter, ha hecho del violín una extensión no solo de su alma sino de su cuerpo. En sus manos el violín semeja una mera prolongación física, como lo han sido para el hombre los más antiguos instrumentos y herramientas. Pensemos, por ejemplo, en el catalejo, que ha sido un modo de prolongar el

---

<sup>59</sup> “Las mujeres y la música”, texto que aparece en: Eusebio Ruvalcaba, *Con los oídos abiertos*, p.184.

<sup>60</sup> “Una vez más: las mujeres y la música”, texto que aparece en: Eusebio Ruvalcaba, *Op. Cit.*, pp.193-196.

globo ocular; o el martillo, que ha constituido un sustituto del puño. Así, usted ha terminado por conformar una unidad con su instrumento. Insisto, no nada más en el sentido espiritual sino también en el físico.

[...] Cuando uno escucha tocar a un artista prodigioso, pasa por alto su físico; podemos imaginar cómo la pianista menos agraciada se ve hermosa si nos provoca júbilo escucharla. Pero su caso, maestra Mutter, es distinto, porque usted es una mujer no nada más hermosa, sino bellísima. Es raro que los dioses sean tan complacientes, o de plano tan equívocos, y que reúnan belleza y arte en idéntica proporción. En eso estoy pensando cuando digo que usted es además una prolongación física de su instrumento. Porque, quién no lo sabe, el violín es acaso la pieza más bella construida por el hombre —solo comparable con el reloj de arena, el compás o el astrolabio—.

[...] Eso es lo que yo quería decirle. Ahora mismo estoy escuchando su versión de la *Carmen* de Bizet-Sarasate, que me parece de un vigor formidable, de una pasión poderosa. Pero hay otra pieza de este cd que me ha conmovido hasta las entrañas: la *Méditation* de Massenet. Es francamente increíble. Fuera de serie. Toca usted como una diosa. Espero no insultar su inteligencia, pero nunca había oído yo tocar a una mujer tan portentosamente bien. Para mí es algo insólito. De por sí yo admiraba a la mujer como un ser inescrutable generador de ternura y comprensión; ahora tendré que enriquecer mi concepto. Por ignorancia, suponía que el violín en su expresión más elevada era exclusivo del dominio masculino. Y créame cuando le digo que su interpretación del concierto de Brahms —que también tengo conmigo y que acabo de escuchar hace unos minutos— dejaría boquiabierto al mismísimo Heifetz.<sup>61</sup>

—¿Te quedarías con alguna, si tuvieras que elegir? —le pregunto a Eusebio sobre las cuerdas de su propio violín.

—Con la música, de plano. Después con el mezcal. Ya con eso puedo crear a la mujer en mi imaginación.

Si hablamos de las mujeres y de la música en la vida de Eusebio Ruvalcaba, es indispensable hablar de Carmela Castillo Betancourt, su madre, de quien Eusebio habló (y escribió) mucho menos que de su padre.

Eso no quiere decir que no haya escrito algo sobre ella. Vaya que lo hizo.

Mi madre, de nombre Carmela y de apellidos Castillo Betancourt, nació en el corazón de la Ciudad de México, en la Plaza de la Merced número 8; la casa donde vio la luz sigue en pie. Es una vieja casona que alguna vez albergó el negocio de mi abuelo Eucario: una tienda en la que era posible conseguir papel traído de muchas partes del mundo. En los pisos superiores se encontraba la casa habitación, y en la parte más alta el estudio que mi madre tenía para ensayar, el cual mi abuelo había mandado construir ex profeso. Ahí se hallaba su piano vertical Rönisch.

Eusebio escribió que no olvidaría nunca los gritos de su madre para llamarlo a comer.

Que fue la hermana de en medio de un total de cinco hijos. Su padre, Eucario, el abuelo de Eusebio, tenía todas sus esperanzas puestas en ella, quien desde niña comenzó a estudiar piano.

Esos años, cuando niña, su madre los rememoraba haciendo travesuras: por ejemplo, les ponía trampas a sus hermanos para que rodaran por las escaleras. Eso escribió.

También que:

---

<sup>61</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Op. Cit.*, pp.146-149. Cabe decir lo mucho que Eusebio cultivó el género epistolar. Al grado de tener un libro entero de cartas en el que la música es, por cierto, el tema central: *Embajadores de la música. Correspondencia apócrifa entre compositores.*

Todas las mañanas me echaba limón en el pelo. Iba yo a la escuela muy peinado. Les ponía almidón a los cuellos y a los puños. Se me veía muy bien el uniforme, aunque debajo llevara mi pijama. La recuerdo pasando sus manos por las sábanas, no sé si para plancharlas o para que se entibiaran.

Escribió que su madre ganó, en 1936, cuando ella tenía 21 años, el primer concurso de piano convocado por Carlos Chávez, con un jurado compuesto por Manuel M. Ponce, Antonio Gomezanda y el propio convocante.

Eusebio escribió que su madre le pegó, encerrados en el baño, dos veces. Una, cuando le robó dinero a su abuelo, y la otra cuando, adolescente de quince años, chocó el carro de su papá (quien no le dio importancia al accidente). Su madre tenía la mano pesada, dijo.

Fue en el concurso que ganó donde Carmela conocería a Higinio, con quien terminaría casándose diez años después, el 15 de diciembre de 1946.

No había Navidad que mi madre no nos llevara al centro. Desayunábamos en el Sanborns de Madero, visitábamos la iglesia de San Felipe, nos retratábamos con algún Santa Clos ambulante y finalmente nos llevaba a ver juguetes. Después de comer churros en El Moro, regresábamos a casa en taxi —cosa que mi padre odiaba, que mi madre abordara taxis con cualquier pretexto.<sup>62</sup>

—¿Cómo recuerdas, en tu niñez, en tu adolescencia, a tus padres? ¿Qué recuerdas? ¿Qué estaban tocando, qué música tocaban?

En ese entonces no había leído absolutamente nada de lo que ya he citado previamente. Sin embargo Eusebio, con su paciencia y generosidad absolutas, no duda en responderme:

—Escucho la música desde antes de venir al mundo. Porque mi padre al violín y mi madre al piano tocaban sonatas de Beethoven, de Mozart. Yo estaba en el vientre de mi madre oyendo esa música. Era cosa de todos los días; mi madre tocaba mucho, mi padre mucho menos, pero sí, desde que abría los ojos ya estaba sumergido en el mundo de la música. Del piano o del violín, o de ambos instrumentos combinados. Toda mi vida la pasé así, oyendo a los grandes maestros. De tal manera, a los grandes compositores. Que por eso yo no puedo pasar un día sin oír música. Y cuando oigo música regreso a la placenta y me siento inmensamente feliz, no me hace falta nada.

Encuentro [dos poemas](#) en el blog que Eusebio alimentó prácticamente hasta el día de su muerte. En ellos escribe a sus padres:

Para Higinio:

Ayer, cuando crucé la calle  
descubrí que iba de la mano de mi padre.  
A mis sesenta y tres años de vida,  
aún mi padre me guía.  
¿Vendrá del paraíso, vendrá del infierno?  
Su sombra me protege del sol  
y con su pie hace a un lado los escollos.  
Se siente responsable de mí.

---

<sup>62</sup> “Algunos apuntes sobre mi madre: una pianista”, fragmentos del texto que aparece en: Eusebio Ruvalcaba, *Op. Cit.*, pp.152-155.

Él me trajo al mundo, sembró esa semilla  
como un campesino que ama su labor.  
Sembró esa semilla exactamente como  
lo han venido haciendo  
cientos de miles de generaciones de hombres.  
Es hombre, como lo soy yo, como lo fue su padre.  
Y el padre de su padre.  
Que a él lo guíe en donde esté.

Para Carmela:

Ve a su hijo crecer.  
Ve a su hijo sufrir  
injustamente por ella.  
Lo ve devastarse,  
perderse en la ignominia  
y la traición.  
Lo ve en la mitad de la calle  
llorando  
con el corazón escurriendo  
bajo la lluvia implacable.  
Una madre ve eso.  
A su hijo fustigado  
y dolido como un perro hambriento.  
Una madre ve eso  
y se arrepiente de haber sido madre.  
Quisiera regresar a su hijo al interior,  
al sitio de donde vino.

—Soy un hombre carente de amor propio, soy un hombre carente de ambiciones  
—continúa Eusebio, sentado en la banca—, mi única ambición en cuanto a la literatura es saber  
poner bien un punto y coma. Mi única ambición como hombre es que la música me acaricie, me  
apapache, y ahí termina. Entonces eso que escribo es como una especie de lo que me sobra. Porque  
yo podría dejar de escribir sin ningún problema, podría dejar de leer también. Pero no de oír  
música.

Para leer literatura —poesía y ensayo, en primer término— se requiere de voluntad, además de concentración.  
Para escuchar música, ni de lo uno ni de lo otro. La música suena y el niño se encanta —porque puede seguir  
haciendo lo que está haciendo; la música nunca le estorbará en su vida cotidiana. Se impregna de la música,  
como si estuviera frente al mar, se deja llevar de la mano de ella. En cambio, si se trata de leer poesía se distrae  
al primer verso. Si no tiene educada la atención será muy difícil concentrarse. Sin explicarse cómo, la música,  
por el contrario, despliega las alas de la fascinación, del solaz, del arrobamiento y el escucha —adulto o niño— se deja  
conducir por caminos ignotos que, paradójicamente, le resultan familiares.

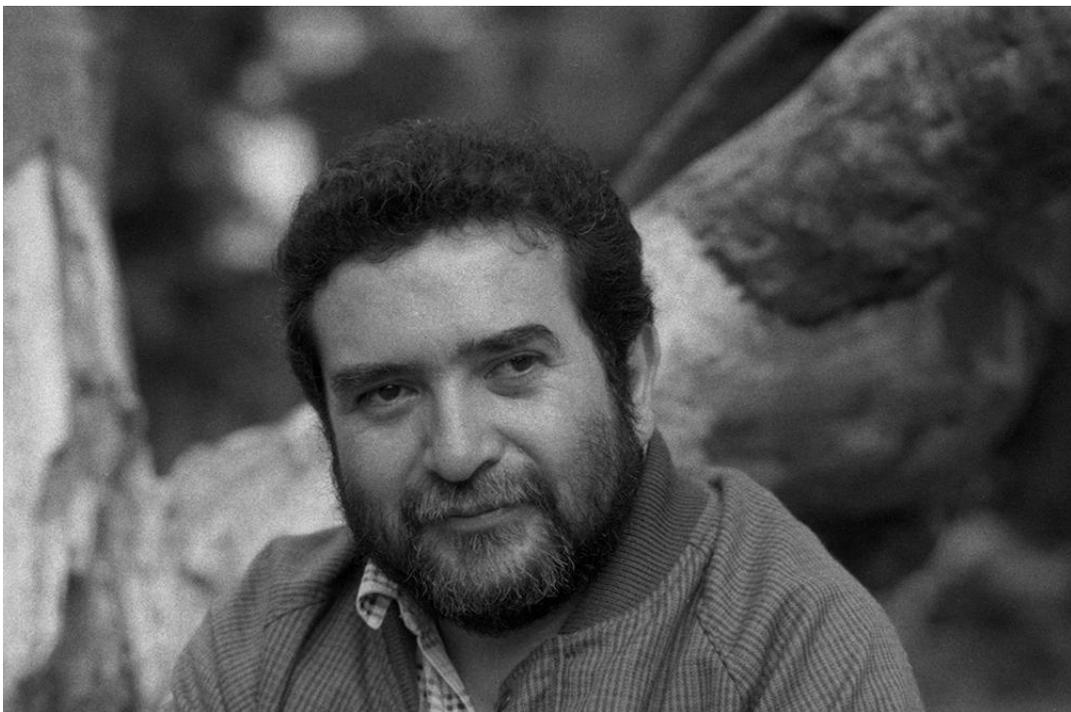
[...] Ni entre dos hombres de cultura y formación similares existe un entendimiento claro y llano,  
cabal. Las cosas dichas, y aún escritas, siempre están sujetas a confusión y multivalencia, dobles sentidos,  
malentendidos, sobrerriqueza semántica. Pero con la música no hay equívocos. Se entiende lo que se entiende  
o, mejor aún: se entiende lo que se entiende más se siente lo que se siente. Y los mismos músicos son  
admirados en latitudes y altitudes opuestas por hombres letrados o ignorantes, de buena o mala fe, avezados o

zafios; Beethoven, Mozart, Lennon o Cobain erizan el pelo de la nuca lo mismo de hombres provenientes del Círculo Polar Ártico que de la Tierra del Fuego.<sup>63</sup>



---

<sup>63</sup> Fragmentos del texto: “Yo provengo del corazón de la música”, que aparecen en: Eusebio Ruvalcaba, *Al servicio de la música*, Lectorum, pp.11-22.



Fotografías de Rogelio Cuéllar.

—¿Qué recuerdos tienes de Guadalajara? ¿Cuánto tiempo viviste allá? —le pregunto a Eusebio en el parque del centro de Tlalpan, en la Ciudad de México.

—Mira, hablando de la música. Nací en Guadalajara por circunstancias musicales. Porque mis padres iban a dar allá un recital de varias sonatas y mi madre estaba embarazada. Ellos vivían aquí, en la Ciudad de México, pero fueron a tocar allá y yo me adelanté: nací en septiembre en lugar de haber nacido en noviembre. Pero para mí eso es proverbial, para mí eso es un guiño de que las cosas iban por el camino correcto. Entonces Guadalajara siempre está relacionada con la música; mi papá iba a dar conciertos muy seguidos allá, ya fuera como solista o bien con mi madre al piano. Yo siempre iba, bueno, y mis hermanas; era ir a escucharlos hacer música, que era el elemento a través del cual giraba la familia.



Fotografía proporcionada por el autor.

—¿Te acuerdas de dónde vivías, de la dirección de allá, y con quiénes?

—Sí, en una calle de nombre Pino Suárez, en el número 531. Esas personas eran como abuelos para mí. Porque fueron, de alguna manera, los papás de mi papá. Aunque él tuvo su papá y su madre, estas personas lo protegieron y le brindaron su casa desde que él era muy chiquito. Entonces, al cabo de los años, nosotros los veíamos a ellos como abuelos, aunque no lo fueran. El señor era músico. Era chelista, don Pedrito, y su esposa, doña Anita, preparaba el agua de fresa más rica de la historia de las aguas de fresa. Era maravilloso llegar ahí calentito y tomar esa agua. En la parte de arriba había un piano de media cola, y ahí estudiaba mi mamá cuando iba a Guadalajara.

Viajo a Guadalajara con la intención de grabar el 531 de la calle Pino Suárez. Es una casa grande, azul, de dos plantas.

Una mujer un tanto mayor se aparece, vestida con un vestido azul, como azul es su casa toda, salvo el portón negro que abre.

Un largo pasillo y unas estrechas escaleras conducen hacia donde está la sala. Hay uno de esos cuadros con la pintura de un florero por ahí colgando.

—Cayito —dice doña Anita.

—¿Perdone? —le digo.

—Cayito, sí, venía aquí de vacaciones con su papá, su mamá y sus hermanas.

—Cuando fui a Guadalajara —le digo a Eusebio, en el parque— me encontré con la hija de don Pedrito.

—¿Anita también, verdad?

—Sí, y me comentó, bueno... tú no eres Eusebio Ruvalcaba para ella, eres *Cayito*. ¿Por qué te decían así?

—Me decían así porque me llamo Eucario Eusebio, y mi abuelo materno era Eucario y a él le decían, siempre le dijeron, *Cayo*, y como yo tenía el mismo nombre... tengo el nombre de mis dos abuelos. Eusebio era mi abuelo paterno y Eucario el nombre de mi abuelo materno. Entonces el *Cayo* devino en *Cayito* y por eso me decían así.

Luego de contar cómo era la dinámica que había en aquella casa durante aquellos años, de contarnos que conoció a don Higinio, a doña Carmela, a Carmen y a Cecilia, las hermanas de Eusebio, doña Anita cuenta que:

—Cayito escribió un texto muy bonito sobre mi papá, estoy muy agradecida con él.

Y tras preguntarle si aún conserva ese texto, doña Anita encamina sus pequeños y corvos pasos hacia alguna otra habitación de la casa. Luego de unos minutos, vuelve con una pequeña caja entre las manos. Doña Anita toma nuevamente su lugar y de la cajita extrae un papel perfectamente doblado. Un recorte de periódico.

Me lo muestra: se trata de aquel texto.

—¿Cree que pueda leerlo? —le pregunto.

Doña Anita me dice que sí. Su voz es dulce, tímida.

Y comienza:

—Lunes 7 de agosto del 2000. Y dice así el artículo: “Don Pedrito. Me gustaría morirme como don Pedrito. Pero para eso habría necesitado ser como él: un hombre bueno. Yo nací en su casa, en la calle Pino Suárez número 531, a unas cuerdas del centro de Guadalajara. Y nací ahí por un par de circunstancias: porque se presentó el embarazo de mi madre, nací cuando mi madre sobrellevaba su séptimo mes. Mis padres vivían en México, pero fueron a Guadalajara a ofrecer un par de conciertos y porque Anita, la esposa de don Pedrito, una mujer que siempre tuvo el pelo blanco y ojos color esmeralda, era responsable de una botica, partera y enfermera. A don Pedrito siempre lo vi como un anciano, no lo recuerdo de otro modo: la cabeza blanca, un poco inclinada. Lo evoco y aparece delante de mí un viejecito encantador, elegantemente vestido, que caminaba por las calles de Guadalajara con su chelo bajo el brazo. Su gran amor por la música fue para él más importante que su carrera de contador privado. Sé que mi padre lo veía a él como un padre...

Y así se sigue doña Anita leyendo el texto, hasta el final.

Luego me dice, cuando estoy por irme:

—Te pareces mucho a Cayito.

—¿Ah sí?

—Sí, cuando era de tu edad. Era así: chaparrito, de barba. Simpático.

Luego de visitar a doña Anita, me traslado a La Fuente. Donde está la barra, sobre la pared, en la parte superior, hay una bicicleta de alguien que, muchos años atrás, no pudo pagar la cuenta y la dejó como paga.

Eusebio me espera ahí, acompañado de Mariana.

El lugar está prácticamente lleno.

En cuanto llego me siento frente a él, en la pequeña mesa de madera, como lo son el resto de las mesas.

Eusebio pide unos tragos. Un Siete Leguas blanco para cada quien. Derecho.

Me dice que eso es lo que bebe cada que va a ese lugar. Su tequila favorito.

Luego de la primera ronda, Eusebio dice:

—Bueno, una vez estaba aquí, en La Fuente, y ahí estaba el pianista —señala frente a él— y un violinista. El chavo estaba súper briago y tocaba de pelos. Se subió a una mesa, yo estaba con mi amigo en otra mesa, y se puso a tocar. Todo mundo creíamos que se iba a caer. Se subió aquí —dice, y señala la mesa donde estamos sentados.

Luego hace una pausa. Eusebio le llama a alguien: “¿Tiene huevos, seño?”, pregunta. Es una mujer morena, de huipil y trenzas cargando una canasta con botanas. Eusebio vuelve a preguntarle si tiene huevos. “No”, le dice, finalmente, la mujer. Ruvalcaba observa el canasto y entonces le pide unos cacahuates. La mujer toma un plato de plástico, una cuchara, y sirve. Ruvalcaba rebusca en sus bolsillos unas monedas para pagarle conforme la mujer pone la botana sobre la mesa. Tan pronto lo hace, toma el dinero y se retira.

Luego de unos segundos de quedarse mirando hacia el frente, hacia algún punto, Eusebio le pide otro tequila al mesero levantando y sacudiendo su vaso. Entonces prosigue:

—Se puso a tocar arriba de la mesa. Pero así súper chido. Y a mí me daba la impresión de que se iba a caer porque hasta se giraba y no perdía el equilibrio. Y cuando acabó, la gente le aplaudió así cañón porque tocaba pocamadre. Entonces fue a mear [el violinista], y yo le dije a mi amigo: lo voy a seguir al baño. Y lo seguí. Y ya en el baño él estaba orinando y yo también, y entonces cruzamos los orines, que es como muy clásico entre dos hombres que quieren ser hermanos; entonces hicimos esto y le dije: “Te invito una copa”. Y me dijo: “Órale”. Se acercó a mi mesa [ya no estaban en el baño] y nos presentamos... —en ese momento la mano del mesero con la botella de Siete Leguas blanco le rellena su caballito a Eusebio, quien no despega la vista del líquido hasta que llega al tope—. Y entonces le pregunté cómo se llamaba. Me dijo que se llamaba Pablo. Y le dije órale. Y dijo: “Mi tío, cuando tocaba borracho, tocaba mucho mejor que yo. Cien veces mejor”. Le dije: “Ha de haber sido un maestro, cómo no”. Y me dijo: “Mi tío era el maestro Higinio” —Eusebio echa el cuerpo hacia atrás; en su rostro se adivina una sonrisa—. Mi padre —dice—. Le dije: “Yo soy Eusebio Ruvalcaba”, y me dijo: “Yo soy Pablo Ruvalcaba”. Éramos primos hermanos —dice Eusebio, reímos y brindamos.

Un rato después, salimos de la cantina y nos dirigimos al exconvento del Carmen. Ahí, en la sala Higinio Ruvalcaba, Eusebio está en medio de cuatro personas, dos y dos de cada lado. Una

mujer a su derecha. Esa mano, su derecha, la de Eusebio, se posa sobre su barbilla; el escritor mira hacia el frente, escuchando las palabras que aquellas personas han escrito sobre él. Sobre su padre y sobre su trabajo escritural.

La mujer que tiene a su derecha menciona en algún momento de su discurso lo que *eu* significa, sobre su etimología: *eu* significa bueno, dice, y Eusebio lleva eso en ambos nombres.

Eucario Eusebio.

Literalmente, ella dice:

—Eusebio convoca. Es una poesía que hace sacar todo lo que no reconocemos que nos hace humanos, nos reconcilia con lo mejor que somos. Porque su nombre es *eu*, bueno. Él es bondadoso, él tiene una firma bondadosa con la humanidad y esa es la vocación de la poesía.

Llevo los nombres de mis dos abuelos.  
Solo conozco tres modos de ser  
feliz: con música, con mi familia,  
o sin nada que hacer con mis amigos.

Escribo y leo para salvar mi vida  
porque solo lo hago cuando estoy contra  
la pared. Solo entonces el *Sermón*  
*de la montaña* crece más allá,

dentro de mi corazón. Solo entonces  
no siento vergüenza de lo que escribo.  
He sido amado en la misma medida

que he sido odiado. De mi abuelo Eucario  
heredé el hablar; de Eusebio, los ojos.  
De ambos, las transgresiones de mis padres.<sup>64</sup>

Luego, cuando es su turno, Eusebio dice (lleva los tragos de La Fuente encima) que no puede mencionar el nombre de su padre sin llorar. Que eso a las mujeres no les gusta en un hombre [que llore]. Así que no menciona el nombre de su padre, pero ella, la mujer que tiene a su derecha, le dice que sí les gusta eso [que lloren]. “Ah, a algunas mujeres les gusta”, dice Eusebio entonces, y el auditorio, la sala Higinio Ruvalcaba, que está llena, se ríe.

---

<sup>64</sup> “Eucario Eusebio”, poema aparecido en: Eusebio Ruvalcaba, *El pie de Coral*, p. 97.



Higinio y Cayito.<sup>65</sup>

Cayito, el hijo del primer violín, se sentó en una pequeña silla de colores. Tenía ocho años y, aunque la silla era menos grande de lo habitual, sus piernas no alcanzaban a tocar el piso. No era común, o, más aún, era absolutamente inaudito, que se encontrara ahí, en ese departamento de la calle Río Mississippi, en la colonia Cuauhtémoc de la Ciudad de México, ahí, a esa hora, en ese día, en esas circunstancias. Pero esta vez no se había querido despegar de su padre. Aunque estaba jugando con su patrulla roja Mercedes Benz, alemana, equipada con sirena y torreta de colores, de fricción, que su padre le había traído de Europa cuando había dado una serie de conciertos en el viejo continente, al momento de verlo salir se había agarrado de su pierna, con la amenaza de no soltarlo sino era bajo un torrente de lágrimas; situación que su progenitor, más bien dado al reblandecimiento, y sobre todo si tenía que ver con su vástago, no era capaz de tolerar.

—Está bien —le dijo—, te voy a llevar. A ver si no me corren.

Primer violín del cuarteto Lener, los ratos que le dedicaba a su hijo eran sagrados. Nada lo distraía entonces. Aun en el caso de que fuera a dar un concierto o recital —lo mismo como solista o a dúo con su esposa al piano, o precisamente con el cuarteto—, solía entretenerse con el pequeño Cayito en los juegos que a éste se le ocurrían, y conste que eran muchos. Sobre todo le gustaba jugar a los indios y vaqueros, o a que él era un arrojado cowboy que había de vérselas con asaltantes de diligencias, o bien con apaches que despojaban del cuero cabelludo a sus víctimas.

[...] Así que trepó hijo e instrumento al automóvil y emprendió el camino rumbo a la colonia Cuauhtémoc.

[...] Aún faltaban unos cuantos minutos para las cinco de la tarde, cuando su padre ya se encontraba tocando a la puerta del departamento donde vivía el segundo violín. Apenas entraron y los tres viejecitos —a él le parecían canosos, pero en realidad eran rubios— se pusieron de pie y le tendieron los brazos a su

---

<sup>65</sup> Fotografía —de la familia Ruvalcaba, como lo señalan los créditos finales— que aparece en el [reportaje televisivo que sobre Higinio Ruvalcaba](#) hicieron para el canal 22 en el programa “Garbanzo de a libra” del año 2003.

progenitor. Lo querían, y mucho. Un poco apenado, el primer violín les explicó las razones por las cuales había llevado consigo a su hijo. Todos —el segundo violín, la viola, el chelo— lo miraron como si llevara changos en la cara —“no puede ser”, “qué va a ser de nosotros”, “nos va a interrumpir”, “mira nada más, qué barbaridad”—, pero, entonces, como si lo hubiera pensado dos veces, el segundo violín fue hasta su recámara y regresó con la silla de colores —“esta es mi silla de niño, su historia es más vieja que yo mismo; aun después de muerto, esta silla me sobrevivirá”—, que colocó ante las cuatro sillas de ellos, un poco más allá, casi rozando la pared.

Por alguna razón, Cayito pensó que esos señores, incluido su padre, se disponían a jugársela en una suerte de competencia: porque de que la cosa iba en serio nadie lo hubiera podido negar [...] Su padre se lo había dicho en el camino, mientras esperaba que un tranvía amarillo con una inmensa franja verde alcanzara la siguiente calle: “Te voy a llevar al ensayo del cuarteto pero no quiero que des guerra. Ya sabes lo que voy a hacer. Cuando uno oye cuartetos, se queda con la boca cerrada. Es como si oyeras la voz de Dios”, le había dicho. Y en efecto se había propuesto guardar silencio. A su modo —siempre recurría a trucos para lograr lo que se proponía—, se llevó la mano a la boca y tiró de un cierre invisible. Nadie lo haría hablar.

Y ya se disponían a tocar, cuando el segundo violín se paró una vez más, fue a la cocina y regresó con un flamante recipiente de cristal lleno de dulces y se lo puso a Cayito al alcance de la mano. “Agarra los que quieras”, le dijo en corto, como si por ese solo hecho confirmaran un lazo de complicidad.

Entonces el señor de la viola se acercó al piano y tocó repetidas veces un La. Todos afinaron sus instrumentos. Inmediatamente después se aprestaron a tocar —iniciamos con Mozart, había dicho el del chelo. O eso iban a hacer, pero el segundo violín, siempre el segundo violín, de verdad se sentía tan feliz de tener un niño en su casa, él, que nunca había tenido hijos, dijo, ante la mirada atónita de los demás:

—Empecemos con el minueto, que le dedicaremos a este niño.

Y así, tan fácil como eso, aquel minueto —del cuarteto en Re menor K 421, ya nunca lo podría olvidar— acarició los oídos del niño.<sup>66</sup>

—¿Quiénes son tus compositores favoritos, maestro? —le pregunto a Eusebio.

—Bueno, es una larga lista. Que puede resumirse en Brahms, Mozart, Beethoven; Schubert, Schumann, Chopin, Tchaikovsky, Bach, Dvorak, Vivaldi...

Una lista que desde luego es cierta, pero, a mi juicio, por todo lo que hablamos y he leído sobre él, diría sin dudarle que su favorito era Johannes Brahms.

Así lo confirma en una carta que le escribió, y de la que recupero el comienzo:

Amado Brahms:

No sé qué habría sido de mi vida sin tu música.

Se habla de tu contención personal. De tu mesura. Tú mismo se lo especificas a Klara Schumann en una carta: “La pasión no es el estado natural del ser humano; es siempre una excepción o una enfermedad. El hombre auténtico, ideal, permanece sereno en la alegría, y en el dolor y en la desgracia. Las pasiones deben pasar rápidamente, o, de lo contrario, hay que expulsarlas”.

Ahora mismo me pregunto si por esa razón te venero.

Porque una cosa es el muro de contención que le imprimiste a tu música, y otra la reacción que desatas en tu escucha. Es como si esa camisa de fuerza provocara que quien oye tus obras se deshiciera de todo prejuicio y brincara de exaltación con tu música. Que también hay eso, y mucho. Para no ir más lejos, tu concierto para piano en Re menor. Es una obra absoluta y totalmente demoniaca. Como quería Vasconcelos. Una obra que no hay más remedio que escuchar de pie.

---

<sup>66</sup> Fragmento del cuento “Una tarde de cuarteto”, aparecido en: Eusebio Ruvalcaba, *Al servicio de la música*, pp.142-147.

Seguramente te pareció hiperbólico mi juicio respecto de tu música. Pero lo digo muy en serio: si no hubiera sido por tu arte, mi vida se habría extraviado en el limbo de la abyección.<sup>67</sup>

Una tarde, mientras camino por las afueras de una de las salidas del metro Bellas Artes, entre las calles Hidalgo y Santa Veracruz, en el callejón 2 de abril, donde hay algunos puestos ambulantes que venden principalmente antigüedades, observo uno en el que tienen apilados cientos de acetatos.

Husmeo en aquellas pilas, que son varias, unas seis, de cien discos cada una, y me encuentro con el mencionado concierto de piano número 1 de Brahms, interpretado por [Alfred Brendel en 1974](#).

En ese momento no sé qué es lo que llevo conmigo (solo sé que es Brahms y sé, eso sí, que en aquellas pilas dejé seguramente varias joyas), pero ahora que transcribo esta carta que Eusebio le escribió al compositor, y al mencionar ese concierto, siento como si él hubiese guiado mi mano hacia aquel disco en específico.

Y al escribir esto, mientras escucho el mismo concierto, pero interpretado por [Krystian Zimerman](#) en 1983 (y dirigido por Leonard Bernstein), siento que soy afortunado de que algo de todo esto que escribió Eusebio sobre la música se haya quedado conmigo.

—¿Algún mexicano? —le pregunto a Eusebio sobre sus compositores favoritos.

—Por parte de los mexicanos —continúa Ruvalcaba—, Silvestre Revueltas.

Ella y yo teníamos su fotografía colgada en la cabecera de la cama. No es ninguna fotografía suya conocida. Más bien es —hasta donde yo sé— una fotografía inédita. Se la habrán tomado dos o tres meses antes de su muerte. Entonces Silvestre Revueltas tenía cuarenta años, pero a todos los que van a la casa les pregunto lo mismo: ¿qué edad le calculas? Y todos responden lo mismo: 60 o 65.

[...] Ella y yo teníamos su foto ahí, a la vista, en la cabecera de la cama. [...] De pronto estábamos platicando de Revueltas. Le gustaba que le contara anécdotas, situaciones inverosímiles que yo había escuchado de testigos oculares. Reparé entonces en que ese día, justo ese día, era un 4 de octubre, aniversario de su muerte. ¿Le hacemos un homenaje? Va, dijo ella. Y descolgamos el cuadro.

[...] Principiamos por La Faena. De entrada le pedimos lo mismo que a nosotros: un buen tequila reposado. Cuando le especificamos al mesero que al maestro le trajera doble, el hombre abrió los ojos como si ella le hubiera enseñado las tetas. Ahí nos tomamos tres rondas y de una buena vez ordenamos las tortas: de pierna para mí, de queso de puerco para ella, y de chorizo para el maestro.

Salimos de ahí y caminamos por Venustiano Carranza. Cuántas veces no habría caminado Revueltas por esa calle. Nos detuvimos en la esquina de Bolívar. Más: nos sentamos al pie de una ranita de bronce que parece cantar a la luna. Cuéntame más cosas de él. Le conté entonces cuando Revueltas fue director del Conservatorio Nacional y una alumna le pidió dinero para comprarle una caja a su madre, recién muerta. Y la respuesta de Silvestre:

—Ésta no es una institución de caridad, con trabajos hay para pagarles a los maestros.

Y que cuando la joven, inconsolable, se había dado media vuelta, Revueltas la llamó, se abrió el saco y le entregó íntegro el sobre de su salario.

—El conservatorio no le puede pagar eso, pero yo sí —le dijo.

Nos dirigimos a la India, una cantina no muy escandalosa en la cual podíamos charlar sin necesidad de gritar. Colocamos al maestro, una vez más, entre los dos. Y una vez más, ordenamos su tequila doble. [...]

---

<sup>67</sup> “Carta de Eusebio Ruvalcaba a Johannes Brahms”, que aparece en: Eusebio Ruvalcaba, *Embajadores de la música. Correspondencia apócrifa entre compositores*, pp. 43-45.

—Vámonos enfrente —sugerí yo, al fin virgo y tao, hombre eminentemente precavido, ante la imprudencia de algunos de allí, que no dejaban de molestar con la mirada—. A los Portales, a que el maestro pruebe las mojarritas.

—Vámonos —aprobó ella, extendió sus labios y besó la fotografía. Los labios de Silvestre Revueltas. Los besó ella.

E íbamos a entrar a los Portales cuando se plantó delante de mí:

—¿Y si mejor vamos a bailar? Ándale, ¿sí?, imagínate cuánto tendrá Silvestre sin bailar...

Pues nos fuimos a meter al Bombay. Y una sola y misma cosa fue llegar, ordenar tequila y que ella lo sacara a bailar. Lo apechugó contra sus senos y se paró a bailar. *Perfidia*. Al principio hubo alguien, una o dos parejas, que los miraron con asombro. Después ya nadie pareció percatarse. Simplemente eran un hombre y una mujer bailando.

[...] Hasta que regresaron a la mesa. Ella lo traía a él de la mano. Se sentaron y apuraron sus copas. Brindamos los tres. Pedimos más y brindamos una vez más. Brindamos por ella. Por su belleza, por su lucidez, por su corazón inmenso. Por sus ojos azules, estúpidamente tristes. E iba yo a brindar por *Sensemaya* y por su *Ocho por radio* pero me contuvo en seco:

—Déjate de chingaderas.

Entonces la música sonó aún más estridente. Incluso se acercó una dama por si queríamos dedicarle una canción a alguien:

—Hazlo —me dijo ella—. Hazlo, que la música selle este amor.

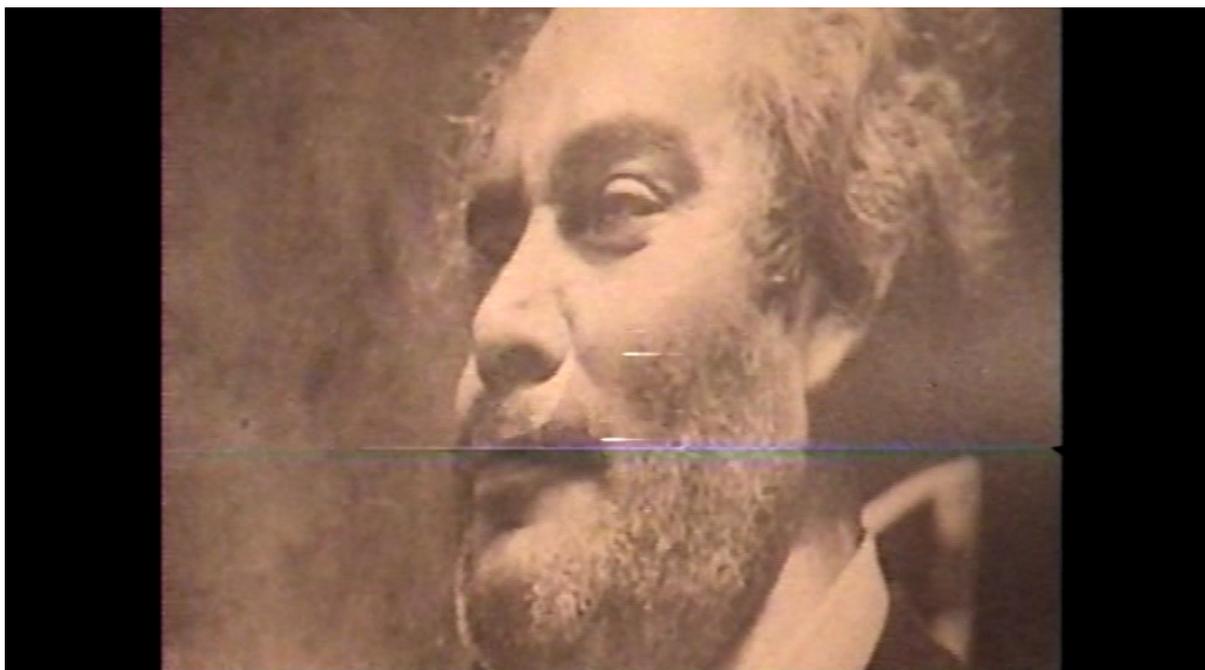
[...] La voz del animador retumbó a todo lo ancho del Bombay: “Y ahora, para el joven Silvestre Revueltas y para Angélica, la bellísima dama que lo acompaña, *Nereidas*”. Del techo provino una fuente de luz que buscó y buscó hasta detenerse, primero en el rostro luminoso de ella y después en la fotografía de Revueltas. De Silvestre.<sup>68</sup>

Eusebio cuenta la anécdota anterior, quizá con menos detalles, una mañana en la Fonoteca Nacional, donde imparte un taller de apreciación musical para señoras adineradas.

Un joven de boina lo asiste poniendo *play* a la música que necesita. A un lado de ambos, de la mesa que comparten, sobre una silla, está el retrato referido de Revueltas. Las señoras que están ahí, y que han llenado el espacio, lanzan un grito de asombro que pareciera decir: *Oh, es cierto, se veía tan grande y descuidado...*

---

<sup>68</sup> Fragmento del texto “Silvestre Revueltas”, aparecido en: Eusebio Ruvalcaba, *Con los oídos abiertos*, 198-202 pp.



Fotograma del documental *De cuatro cuerdas*.

Eusebio bebe café y, tras esa anécdota, a continuación suena *Sensemayá*. Pide a las asistentes silencio y que cierren los ojos. Que se dejen llevar por aquella música.

Luego comparte otras lecturas y reflexiones, todo en un lapso de un par de horas. Hasta que termina la sesión.

—Y más allá de ellos —le pregunto a Ruvalcaba, el uno frente al otro—, ¿tienes algún otro género musical que te guste? ¿Qué significa, por ejemplo, el rock para ti? Por ahí tienes un libro “sobre” John Lennon.

Hoy, 8 de diciembre, estoy sentado escribiendo estas líneas y no puedo evitar que la imagen de John Lennon me venga a la cabeza.

Recuerdo cuando oí la noticia de su asesinato, un 8 de diciembre de hace ya un rato, no sé cuántos años (cabe decir que el 8 de diciembre era para mí un día muy especial, algo así como el día más especial del año, porque en casa se me festejaba mi santo: mi otro nombre es Eucario). Iba yo manejando mi nave sobre División del Norte, cuando interrumpieron la canción para anunciar, con voz apagada e incrédula, más bien consternada, que John Lennon acababa de morir, asesinado por un loco. Me acuerdo que detuve el carro y dije: “No jodas, no puede ser, carajo”. Me quedé mucho tiempo estacionado. No sabía qué hacer, si seguir hacia donde iba, si meterme a un antro y emborracharme, si regresarme a mi casa. En lo que la imagen de Lennon iba y venía entre mis circunvoluciones cerebrales, me di cuenta de que ya había pasado media hora, una hora, una hora y media. Yo agarrado al volante, no quitaba los ojos de un punto perdido en el horizonte. Algo se me estaba desgarrando por dentro. El corazón me latía como si quisiera salirse. Como si ya no cupiera dentro de mí. Como si mi pecho no le fuera suficiente.<sup>69</sup>

—Sí, porque forma parte de la situación, de la trama de esa novela —me dice Eusebio sobre *John Lennon tuvo la culpa*—. Muy ocasionalmente escucho rock. Mi hijo Alonso puso en mis oídos

---

<sup>69</sup> “John Lennon”, texto aparecido en: Eusebio Ruvalcaba, *Op. Cit.*, 225-227.

a Leonard Cohen, a Tom Waits. Yo no los conocía y él me dijo: “Tienes que oír esto”. Puedo dejar de oírlos, te lo aseguro, pero cuando los oigo hay cosas que me gustan muchísimo, porque estoy abierto a oír todo tipo de música. Todo. Me gusta la música muy cachonda: salsa, cumbia. Porque esa música acerca a las personas, las lleva derechito a la cama.

Alguna vez vi a Eusebio bailar con Mariana “Los caminos de la vida”.

Y en otra ocasión me prestó un cd de Neil Young, que no conocía, el *Mirror ball*, en una bella edición digipack. Se me reveló en toda su grandeza countryrocanrolera y desde entonces lo adoré.

Prometí copiarlo y devolvérselo.

Por desgracia lo hice.



Retrato de Enrique Ramírez.



Fotografía de María José Sánchez.

### III

—Yo no tenía ni idea de que existía Eusebio Ruvalcaba.

Frente a Susana Galván, quien dice estas palabras, Mariana Torres la entrevista a propósito del documental. A un lado de Susana, casi frente a ella, está Laurie Ann Ximénez, cuya lata plateada de refresco de cola reposa sobre la mesa donde ambas están sentadas.

Las tres son alumnas de Ruvalcaba, del taller de La casa de Juan.

—La primera vez que vi el nombre de Eusebio Ruvalcaba fue en la novela *El búfalo de la noche*, de Guillermo Arriaga.<sup>70</sup> Me di cuenta que le dedica el libro a Eusebio. Yo venía de vivir en Baja California y tenía esa necesidad bárbara de escribir; empecé a tuitear que necesitaba a alguien que me guiara y me contestaron dos tuiteros amigos míos: uno, el propio Arriaga, y otro, Alberto Ruy Sánchez. A los dos les pedí cómo contactar a Eusebio, les rogaba todos los días/

—¿Los dos te recomendaron a Eusebio? —interrumpe, sorprendida, Mariana.

—Los dos. Así, en una misma noche, me dieron un único nombre: Eusebio Ruvalcaba es el tallerista más chingón que hay en México.

La enorme sonrisa de Susana llena toda la habitación.

—Yo tampoco sabía que era escritor, curiosamente —interviene Laurie Ann—. Eusebio y yo nos conocimos desde que éramos niños; su padre y mi padre eran entrañables, buenísimos amigos [...] Mi padre me contó cosas que Eusebio había escrito sobre su padre, y entonces fue así que me di cuenta de que Higinio no solo tenía un hijo, sino que además su hijo era escritor.

—Cuando me dijeron el nombre de Eusebio Ruvalcaba —dice ahora Susana— lo primero que hice fue googlearlo. Y lo primero que me salió fue: “A qué sabe una mujer”.

*A limón.* Así saben las gotitas de sudor que se quedan atoradas en la nuca. ¿Nunca las has probado? Son ricas. Lo primero que necesitas es acercarte a esa nuca que tanto deseas, acercarte con la lengua muy dispuesta a dejarte sorprender. Si tú eres de los que da por sabido todos los sabores, de esos gandallas que no se asombran por nada ni de nada, entonces ni caso tiene que lo intentes, porque cuando esas gotitas hagan contacto con tu lengua no apreciarás el tesoro.<sup>71</sup>

—Que, bueno —continúa Susana—, lo leí, lo volví a leer, volví a paladear (y se calla un momento para acariciarse los labios con el dedo índice) y en ese momento no quise ver imágenes, una fotografía del personaje. ¿Por qué? No lo sé [...] Me enganchó, y yo quise de plano tener la primera imagen de Eusebio Ruvalcaba en bruto. Me lo quise regalar. Así, después de haber leído

---

<sup>70</sup> En ella los personajes protagónicos aparecen leyendo la novela *Músico para cortesanas*.

<sup>71</sup> “A qué sabe una mujer”, texto aparecido en: Eusebio Ruvalcaba, *Una mosca devastada* [...], pp. 159-162.

eso, alguien que sabe saborear así a una mujer... vale la pena [...] Si me preguntas cómo imaginé a Eusebio Ruvalcaba: grande. Y yo creo que no me equivoqué.

La casa de Lines Mogollón está ubicada al sur de la Ciudad de México.

Ella, editora, cuenta que conoció a Eusebio en un momento en que ambos trabajaban para la editorial Santillana. Que uno de los temas recurrentes en su escritura, de Eusebio, es, sí, la figura del padre, pero también el de la mujer y esa figura: de la hija y el padre.

Detrás de Lines, en algún espacio del enorme librero que la resguarda, está una fotografía en blanco y negro donde aparecen ella y su propio padre, muchos años antes.

¿Y mi padre?, ¿qué dirá mi padre?

Tendrás su mano en tu mano. Reconocerás el sudor.

Es el mío. Reconocerás su color. Es el mío. Mi padre

es mi padre. Te mirará con suspicacia. Y cómo no, si

nunca he llevado un hombre a mi casa. Si jamás le he

dicho:

padre, él es él. Mi padre te sostendrá la mirada. Lo conozco.

Antes de invitarte a que tomes asiento en esa vieja sala

que heredó de mis abuelos, ya sabrá todo de ti.

Y todo es todo.

Habrás dejado de ser un misterio. Lo único que tendrá claro

es que

eres de mi propiedad, y que encima te amo. Ya lo sabrá

desde

el momento en que le diga que quiero que te conozca.

Te ofreceré un trago para mirar el temblor de tu mano.

Y si lo cree conveniente te hará una pregunta clave

que no acaba en pregunta: ¿Usted conoce a mi hija Nina?,

¿de veras cree conocerla?, a ver, cuál tenis se amarra

primero:

¿el derecho o el izquierdo? Porque de conocerla no estaría

usted

aquí. Vete preparado. Vas a enfrentarte a un peso

completo.

73 nocauts en 73 años. Y además de todo se llama como tú.<sup>72</sup>

—Uno de los textos que recuerdo con mucha emoción de Eusebio es un poema que le escribió a mis manos —dice Lines, y el rostro se le contrae por la emoción y la sonrisa que despliega—. Porque yo le decía que mis manos son manos ya muy viejas, y le decía que como mujer conozco mis limitaciones estéticas, y una de mis limitaciones son mis manos. Eusebio observó mis manos y escribió un poema bellísimo a su geografía. Y creo que entonces, estoy hablando de hace más de 30 años, empecé a ver mis manos de otra manera, con otra mirada.

---

<sup>72</sup> “V”, poema contenido en: Eusebio Ruvalcaba, *Nina*, Ediciones del Ermitaño, 2011, pp. 12-13. Este libro, escrito desde el punto de vista de una mujer, me parece de los más luminosos que escribió Eusebio.

Había en Eusebio Ruvalcaba una auténtica curiosidad por las palabras, las personas y las cosas, como el del niño por los juguetes, como el del científico por sus objetos de investigación:

La piedra sirve para construir y destruir. La piedra levanta y sostiene o sepulta y desaparece todo vestigio.

Desde tiempos inmemoriales se acostumbra colocar piedras sobre los muertos. Tal vez para que no se levanten más. Tal vez porque la piedra cristaliza el tiempo.

[...] Porque lápida proviene de piedra. Lápida es la piedra que cubre a los muertos. Y que posee una inscripción: “Juanita, te llevaste nuestro corazón. Siempre te recordaremos”.

Piedra, poder, padre, Pedro.

No es casual que el sonido de estas cuatro palabras sea semejante; que las consonantes que las sigan sean las mismas: p, d, r. Y menos es casual que el padre sea enérgico, la piedra hiera, el poder dé fortaleza y Pedro fuera la mano derecha del señor.<sup>73</sup>

También escribió sobre seres extraordinarios de nuestro mundo cotidiano a los que solemos escatimarles su relevancia:

Los bichos gozan de canonjías dignas de envidia.

En primer lugar nadie quiere ser bicho. Lo cual deviene en ventajas notables. Cuando nadie quiere ser como uno, se vive en santa paz. ¿Qué tranquilidad puede tener una celebridad cuya vida es modelo? ¿Cómo se comporta un hombre que es reconocido en todo momento, en circunstancias impensadas? ¿Qué se puede esperar de quien se sabe admirado? ¿Actuará normalmente ante la adversidad, o querrá dar lecciones de vida por encima de todo? [...] En segundo lugar, un bicho causa repugnancia. Eso es de sobra estimulante. Porque el bicho salvará su vida por su solo aspecto [...] En tercer término, el bicho es apóstol de la modestia. Prefiere pasar inadvertido. Si por él fuera, jamás se mostraría en público. Su especialidad es reptar lejos de las miradas indiscretas, o bien admonitorias. Como sabe que su tamaño le ayuda parcialmente a la invisibilidad, la clave de su supervivencia consiste en no delatarse.<sup>74</sup>

—En alguna ocasión, no hace mucho de esto —dice Lines, sentada en la sala de su casa—, incluso tuve una discusión con Eusebio sobre el tratamiento de las mujeres. En su diccionario del diablo hizo una referencia que yo discutía y con la que estaba en desacuerdo. No recuerdo exactamente el término, pero le manifesté mi desacuerdo porque me parecía... (y hace una pausa de unos segundos) que no era lo que además iba conmigo, pero es mi manera y mi forma personal de concebir el mundo femenino. Sentía que, de alguna manera, nos ubicaba a las mujeres en un contexto y en una manera de ser y en una manera de pensar con la que yo estaba en desacuerdo.

“Aburrido, misógino que nunca debió existir”, escribe alguien en internet a modo de comentario para el libro *Las cuarentonas. Consideraciones sobre la mujer, el amor, la noche y temas afines*.

Luego leo el inicio de un texto llamado, ni más ni menos, “Confesiones de un misógino incómodo”:

Yo, Eusebio Ruvalcaba, expongo a continuación mis principales defectos:

---

<sup>73</sup> Fragmento del texto: “Las piedras”, publicado en: Eusebio Ruvalcaba, *Diccionario inofensivo. Textos sobre las cosas*, Lectorum, 2001, p.33

<sup>74</sup> Fragmento del texto: “El arte de ser bicho”, publicado en: Eusebio Ruvalcaba, *El arte de mentir*, Almadía, 2013, pp. 99-101.

Soy aburrido.<sup>75</sup>

En ninguno de los otros defectos que enlista (*exagerado, injusto, previsible y adicto*) aborda como tal la misoginia y, por el contrario, habla más bien sobre cómo a él le tocaba poner la mesa cada que su familia se sentaba a comer.

Una noche, en la presentación de una revista, ambos estamos formados en la fila para entrar al baño.

Una joven, probablemente de mi edad (en ese entonces 25 años) se aproxima desde las tinieblas (hay muy poca luz).

Me le quedo mirando.

Ella, de reojo, me mira.

—Hola —le dice Eusebio cuando la joven se coloca detrás de nosotros.

Ella voltea, sonrojada, y le contesta a Ruvalcaba:

—Hola.

—Eres muy bonita, ¿cómo te llamas?

La joven sonríe y le dice su nombre.

—Te presento a mi súper bróder —le dice Eusebio y me señala. Ella extiende su mano hacia mí; en la otra lleva un vaso de plástico con alguna bebida, como el resto de nosotros.

—Hola —le digo.

Entonces la fila hacia el baño comienza a avanzar.

—Pues mucho gusto, eh —le dice Eusebio, mientras avanza, a la joven, quien no deja de sonreír luego de despedirse de ambos.

Aguas. Porque se sale derrotado. No hay mujer a la que se le pueda dar gusto. Lo ideal es no contradecirla, decirle sí a todo. No ponerla en un brete porque sus reacciones son imprevisibles. De naturaleza compleja —no simple y zafia, como el varón—, de condición irresoluble, la mujer podría pasarse sus días sin varón, sin el mayor problema. Es capaz de todo: de bastarse a sí misma, de prescindir del sexo, de no comer, de no beber. Nadie se lo explica. Y a ella no le interesa explicarse a sí misma. Porque navega en otro ámbito, que el varón ni se imagina. Por eso es inútil luchar contra ella. Inequívocamente se sale perdiendo. Es una batalla perdida de antemano. Ni siquiera mueve a curiosidad ver quién salió derrotado. Entre un hombre y una mujer no nada más siempre será ella la víctima, encima será la que salga beneficiada. De algún modo. Todas las armas que se levanten contra una mujer no funcionarán: la indiferencia, la grosería, el desamor en su expresión más sombría. Salvo huir, perderséle de vista para siempre. Por eso es mejor no contradecirla. Llevarse tranquila con ella. Todo en el terreno de la cordialidad, como quería Pascal. Porque una vez presionada —o que ella se imagine sujeta a presión—, su reacción puede ser mortal. Se convertirá entonces en el peor enemigo. Nada de lo bueno que se ha vivido con ella la hará cambiar de opinión. De la noche a la mañana se olvidará de las promesas. Ni siquiera los hijos en común la harán titubear si se trata de perjudicar al varón. Pero no hay que darle esa oportunidad. Hay que ser cauto. Darle su lugar. Dejarla que decida. Que haga lo que le gusta hacer: llevar la administración de los gastos, la salud del hogar, la educación de los hijos. Que sea ella quien trate con la servidumbre, quien decida lo que se come y lo que no se come; bueno, hasta el color del vehículo. Cuando se aviste un horizonte conflictivo, que va a producir pleitos, o cuando menos sinsabor, hay

---

<sup>75</sup> Texto incluido en: Eusebio Ruvalcaba, *Una cerveza de nombre derrota* (...) p. 117.

que desviar la ruta, conciliar, darle la razón. Sin caer en complacencias excesivas porque entonces sospechará de que simplemente se le está dando el avión. Y entonces sí que habrá problemas.<sup>76</sup>

Ahora es una noche de fiesta en el departamento de un viejo conocido.

Además de él está un primo suyo, demagogo con pretensiones de alcanzar un puesto público a través de un partido de izquierda.

Para ese momento ya se habían abierto un par de botellas (de whisky). Así que ofrezco un brindis por Eusebio, quien no tiene mucho de haber fallecido.

Brindamos, menos el primo, quien aduce que no lo hace porque algunos de los textos de Eusebio “tienen un corte demasiado machista”.

El viejo conocido y su ahora ex le dicen que no, le dicen que cómo cree. Y voltean a verme, esperando a que diga algo.

Yo digo:

—Tal vez.

Las miradas de ambos se descomponen. Sin embargo le pregunto al primo, el vaso de whisky en una de mis manos:

—¿Has leído su novela *Los ojos de los hombres*?

—No —dice.

—Lo sé —le digo.

En el citado libro de ensayos *Las cuarentonas*, Eusebio escribe:

Cuando una mujer quiere conquistar a un hombre, muestra apenas el nacimiento de su ligero. Significa el prolegómeno de una noche triunfal. Porque una mujer que porta un ligero sabe exactamente lo que sobrevendrá: ha hecho de la imaginación de ese hombre que la observa el mejor caldo de cultivo de las caricias avasalladoras. Porque ese hombre que ha visto el muslo de la mujer latigueado por aquella liga ya no se estará en paz hasta ver por completo ese cuerpo exultante. Por mirarla desnuda, es decir lo que ese hombre entiende por desnudez: que es el cuerpo de aquella mujer cubierto apenas por un delicado ligero, con sus correspondientes medias, desde luego rematadas por zapatos de tacón. De preferencia negros o rojos.<sup>77</sup>

En ese mismo libro, en alguna otra parte, escribe sobre las mujeres de cuarenta años:

Si la mujer es cosa aparte, las cuarentonas hacen suyo el arte de la seducción y el misterio. Son el acopio de la virtud. Como ninguna otra mujer, la cuarentona entiende y comprende, comprende y entiende, da sin pedir nada a cambio. Se vuelca.

[...] Una mujer de cuarenta años comprende. Y entiende los más sutiles o extravagantes caprichos de un hombre. De tal modo, que cuando descubre a un hombre en su camino lo mira por dentro. Pues la vida la ha dotado de esa prodigiosa capacidad de escudriñar la pasta humana y asomarse al interior de los hombres. Los abre en canal, semejante a aquella faena del carnicero con las reses. Precisamente porque desvela dicha podredumbre, es tierna y dulce con el hombre que de pronto ocupa su pensamiento.

Cuando una mujer de cuarenta años decide dar su amor, lo da para siempre. Hombre afortunado, sujeto de envidia, aquel vuelto objeto amoroso de una mujer de esta edad. Porque ella ya no se deslumbrará

---

<sup>76</sup> *Ídem*, p. 16.

<sup>77</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Las cuarentonas*, Sansores y Aljure ediciones, 1998, p. 12.

por ningún otro. Justo ella habrá creído encontrar en ese hombre el destino, la meta de sus vertientes amorosas. Y que nadie se interponga en su camino, porque no habrá obstáculo que la arredre.<sup>78</sup>

Más recientemente, otra conocida, quien fuera alumna de Eusebio en algún momento en su taller del centro de Tlalpan, me dice, ambos sentados en el comedor de su casa:

—Me cayó gordísimo un texto que escribí. Me pareció súper misógino... era sobre meterle unos billetes en la tanga a la esposa. ¿Pues qué somos, unas putas?

Acostúmbrala a ir a hoteles de paso de vez en cuando. Deja entreabierto la cortina; oblígala a que se mire al espejo cuando estés dentro de ella, y para cerrar con broche de oro mete una buena dosis de billetes en su bolsa; no demasiado, para que no se crezca más de la cuenta. Va a llorar la primera vez, después te lo va a exigir.

<sup>79</sup>

—Sé de cuál hablas —le digo, y después, a través de un mensaje de texto, agrego—: Pero en ese mismo texto Eusebio escribió también que:

“Voy a cometer contigo la mayor vulgaridad que un hombre puede cometer con una mujer”, dile, y bésale la punta de su nariz.<sup>80</sup>

—No lo recuerdo —me dice ella.

—Lo sé —le digo.

Porque es otro boletito.  
Y no es que se trate de dos entidades separadas,  
ni de que las hembras sean acá y las chavas fresas.  
Es algo más de fondo.  
Es el olor.  
El maldito olor que trasunta una hembra.  
Quizás es el olor de su menstruación  
o de sus nalgas juguetonas  
no estoy seguro  
quizás sea el olor del macho anterior que se metió  
con ella  
o el inmundito, el putrefacto, el nauseabundo olor  
de su boca cachonda  
esa boca  
que lame testículos, escroto y prepucio  
con la alegría  
con que se lame una paleta de limón.  
Quizás sea todo eso.  
Quizá solo sea un espejismo  
y lo que yo en el fondo quiero es una mujer que sude,  
que no use desodorante,  
que levante los brazos y una gota

---

<sup>78</sup> *Ídem*, p. 96.

<sup>79</sup> Extraído del texto “Reglas para hacer feliz a una mujer”, *Una cerveza de nombre derrotada*, p.63.

<sup>80</sup> *Ídem*, p.62.

descienda lentamente hasta perderse en su cintura.  
Quizá en lo único en lo que estoy pensando es en una mujer  
que vaya al baño cuando yo se lo ordene  
y que regrese tal cual  
pero sin brasier, con las tetas firmes por abajo  
de la blusa.  
Es eso y es mucho más.  
Las diferencias entre una mujer y una hembra  
no me quedan claras, ¿a ti sí?  
(Aunque, tengo que reconocerlo,  
el título de este poema es muy, pero muy audaz.)<sup>81</sup>

—En términos de esta cosa, de la leyenda de Eusebio —dice Laurie Ann, de vuelta en la Casa de Juan— con que las mujeres y el alcohol y *tarará tarará* me da la impresión de que es más una leyenda que una realidad.

Y no me gustó. Hubo algo  
que no me gustó.  
Seguramente fui yo.  
Tanto esperar para nada.  
Haberte comprado medias, brasieres,  
tangas.  
Haberte pagado por anticipado.  
Haberte jurado amor.  
Quién sabe qué fue.  
Pero algo se cruzó. Algo pasó.  
Vi tus medias ajustables  
al muslo.  
Vi tu sexo aullar como un perro atropellado.  
Vi tus senos erguirse  
como aquellas flores que se abren  
en cámara rápida.  
Vi todo eso.  
Vi tu culo.  
Tu asombroso culo  
que de pronto me mostraste cuando te diste  
media vuelta.  
Pero ni aun así.  
Me puse el condón.  
(Estaba buscando el pretexto  
para que no se me parara.)  
Me puse el condón  
y rogué a Dios por mis hijos, por mi mujer,  
por las mujeres que he amado.  
Di gracias por la música que ha colmado  
mi espíritu,  
por la inmensa poesía que ha inoculado de vigor a mi  
sangre.

---

<sup>81</sup>“Por cierto, entre las mujeres no incluyo a las hembras”, *Ibidem*, p.53.

Di gracias  
porque tú estabas delante de mí.  
Con tu sexo estallando.  
Con tus labios estallando.  
Con tus pezones a punto de reventar.  
Di gracias.  
Pero yo no quería estar ahí.  
Me pregunté por qué tenía que probar  
mi hombría  
a cada rato.  
Por qué no podía mejor morir.<sup>82</sup>

—Yo creo que él siempre ha buscado el eterno femenino —continúa Lines, en su casa al sur de la Ciudad de México—. Algo que me impresionó mucho fue su último libro de poesía, el último que publicó.<sup>83</sup> Es que habla desde la voz de una mujer. No habla el poeta, habla una mujer que es la que escribe esos poemas. Y me sorprendió muchísimo ese gran cambio porque, cuando empecé a leer esos poemas, le dije a Eusebio que son textos con los que yo me identifico y que yo podría haber escrito en un momento determinado. Entonces me parece que fue una forma de captar el alma femenina con toda su intensidad y con toda su profundidad.

Tenía poco de haber entrado a la Facultad. Una de mis clases predilectas era el taller de expresión oral y escrita. Nuestra profesora, además de poeta, era fanática de *El conde de Montecristo* y adepta a las letras rabiosas de Ricardo Garibay. Recuerdo que mientras leíamos de manera grupal un cuento de Mónica Lavín, una de mis compañeras dijo que las descripciones altamente hedonistas de fluidos y olores corporales le habían incomodado. La profesora, sin miramiento alguno con su joven alumna recién salida de la prepa, le aventajó: “Las caricias no están exentas de polvo y mugre.” Mi compañera calló, pero en mi mente retumbaron las palabras de otro poeta, más tremendo y visceral y que no tenía contemplación a la hora de narrar lo no circunscrito: Eusebio Ruvalcaba.

¿A qué viene al caso esta anécdota estudiantil con ese ente concupiscente y menesteroso que era Eusebio Ruvalcaba? Pues resulta que cuando me acerqué a mi magistral maestra, impresionado por semejante declaración de principios, para preguntarle qué opinaba de la prosa de Eusebio, encontré algo completamente opuesto a lo que esperaba: “¡Ay, Eusebio! Cuando escribe de su padre o de música es excelente, pero nada más comienza con las mujeres y no lo soporto. ¡Escurre misoginia!”

Mi aprecio por Eusebio no era compartido por la académica. Recuerdo que me ofusqué. Pensé que si ella, vaca sagrada de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, no creía en la incendiaria narrativa del jalisciense, por qué yo, humilde alumno de primer semestre, iba a tener la razón. Es cierto, yo también creía que los textos en memoria de su padre y los de música, sobre todo aquellos intensísimos ensayos sobre Schubert, Mozart o Bach, eran de una calidad sobresaliente, pero mi fascinación hacia su figura taciturna, de escritor marginal e irreverente, nació gracias a sus “Aforismo sobre la M” o a su “Brevisimo glosario parroquial”.

¿Era entonces el autor de *Una cerveza de nombre derrotada* un execrable misógino como aseguraba mi profesora? No tuve certezas instantáneas. Lo único que me quedaba era releer y analizar aquellas páginas con tufo a alcohol y sexo. Cada vez que podía compartía con mis amigos y amigas su escritura, pero sólo en los primeros, y de hecho sólo en un puñado de ellos, hallé señales de empatía. Era como si Eusebio hablase sólo para los hombres y no para los del corte progresista.

¿Acaso esta juventud era muy distinta a la que lo leímos en los noventa y los tempranos dos mil?

¿No había rastros del perdedor patético y aventajado por los más lindos y más impetuosos en aquellos chavos

---

<sup>82</sup> “Hicimos el amor”, *Op. Cit.* p.154-155.

<sup>83</sup> Se refiere al poemario *Nina*, Ediciones del ermitaño, 2011.

que cada viernes, agobiados por la impaciencia del porvenir y del desamor, salían a tomar cervezas cerca del metro Copilco? Yo veía que sí. Reconocía en los rostros de los ninguneados al yo niño, al yo adolescente. Encontré empatía, genuina piedad por ellos y mucha envidia también, por su jovialidad y por lo que implica el descubrimiento del amor a esa edad, la más efímera y memorable.

Pero ellos no hallaban en Eusebio al salvador que yo encontré. Tres veces lo leí en clase, para todos. Tres veces vi los rostros del desconcierto. Leí “Los jugos de la mujer” y noté la cara de asco de mis compañeras; leí “Donde quiera que estés...” y el aula se llenó con un silencio incómodo; leí “Reglas para hacer feliz a una mujer” y el profesor me detuvo a media página. Leí ahí y en el camino hacia mi casa. No entendía dónde fallaba la epifanía, por qué no aparecía. Me vi solo con Eusebio.

Casi me convencí de que, en efecto, Eusebio escurría misoginia por su prosa y que tal vez yo no podía verlo porque era tanto o más misógino que él y que sus lectores no éramos más que una bola de resentidos por nuestra fealdad, por el rechazo casi absoluto del género femenino hacia nuestra existencia, nuestra pobreza, nuestras jorobas, nuestro acné, nuestras cicatrices, nuestra falta de gracia, nuestra enanez, nuestra delgadez, nuestra obesidad, nuestra inseguridad, nuestra mediocridad. Por el desprecio inevitable que les producen las ratas, los borrachos y los perdedores.

Pero sin importar lo categórico que fuera el ambiente académico en la Facultad, había algo que no cuajaba. Algo que me hacía seguir creyendo en esos aforismos descarnados. Me di cuenta que había una falla en la lógica acusatoria de quienes satanizan a los que elevamos a las mujeres al inevitable escaño del deseo. Claro, no puedo hablar por todos sus lectores, pero ni Eusebio ni yo odiábamos a las mujeres. Sólo era el desencuentro, la desilusión de saberlas largo tiempo divinas y por ello tolerar con irremediable fatalidad su desdén. De haberlas visto siempre como entes que contenían los secretos de la vida y por ello adorarlas hasta la ignominia. De entender finalmente que no son superiores a nosotros, los hombres, sino exactamente igual de imperfectas y brutales.

Eusebio engancha porque es directo, de una dureza feroz e implacable, pero también tierno y hasta autoindulgente. Amaba el oxímoron, la contradicción. Helo ahí, muerto desde hace dos años y recién lo conmemoran en Bellas Artes. Helo ahí, en la crudeza de *Banquete de gusanos*, el humor de *Un hilito de sangre* y la intimidad de *El arte de mentir*. Helo ahí, hijo de uno de los mejores violinistas de México (el inconmensurable Higinio Ruvalcaba) y poniendo 200 pesos de canciones de José José en la rocola de alguna cantina. Sus palabras no son verdades absolutas o mandamientos, son sólo crónicas de la ansiedad y el infortunio. Eso es lo que hace especial a su obra.

¿Escribía Eusebio Ruvalcaba misoginia? No lo creo. Lo leí por primera vez hace 20 años y aún hoy sigo creyendo que si algo amó en este mundo fue a la música y a las mujeres. Amor genuino por la libertad, no por la posesión. Si mi eminente profesora piensa que las novelas, cuentos y poemas de Eusebio son ejemplos deleznable de machismo y falta de empatía es porque no conoce ella misma los descabros de los marginados. Me es inconcebible cómo le pudo asegurar a una alumna, con toda la arrogancia posible, que las caricias “no están exentas de polvo y mugre”, cuando ella no entendía al polvo y a la mugre. Allá su juicio. Y a mis compañeros y compañeras que no comprenden el sentido de su prosa me basta con decirles que tarde o temprano lo harán. Así como este escritor supo encontrar la belleza oculta en el hedor.<sup>84</sup>

—Pero sí te puedo hablar del Eusebio apasionado —continúa, apacible, Lines— que trata con profunda pasión a la mujer de la cual se enamora, y se entrega por completo y se entrega, puedo decirte, de una manera... Bueno, es que la pasión tiene mucho de animal ¿No?, con toda su fuerza y con toda su intensidad. Y por supuesto extraer ese sentimiento femenino para poderlo expresar como si él estuviera habitando el cuerpo de la mujer, lo logró maravillosamente [en el poemario *Nina*].

Qué hermosa te veías anoche.  
Me diste gusto en todo

---

<sup>84</sup> “[Caricias, polvo y mugre](#)”, de Francisco Cirigo.

—que todo no es tanto  
y que lo mínimo es todo.  
Dulcemente rocé tus pezones  
y dulcemente sonreíste.  
Vi con qué delicia miraste  
a una mujer.  
Observaste su cintura desnuda,  
su espalda, sus piernas.  
Su tersísimo cutis.  
¿Te gustan las mujeres?, te pregunté.  
Me gustan las espaldas, respondiste.  
Hablamos de Descartes,  
y leímos unas líneas de su prosa benéfica:  
aquella en que habla de los libros  
como amistad imperecedera.  
Pensamos entonces en Quevedo.  
Yo tenía mi mano en tu muslo:  
por encima de tus pantalones  
sentí hervir tu sexo.  
Y mi mano quedó impregnada de tu olor.  
Qué rico hueles, te dije  
“Siempre me ha gustado mi olor”.  
Enseguida nos besamos.  
Parecíamos dos adolescentes  
—tú casi lo eres—.  
Sin futuro alguno.<sup>85</sup>

—Tiene esa magia de hombre —continúa, ahora, Susana Galván—, de amante maduro, pero sin dejar de tener esa frescura de la adolescencia que te da las mariposas, que te da... eso se le ve en los ojos. Cuando está con ella [se refiere a Mariana] pasa de ese adolescente que se te quiere echar encima pero ya, y de repente entrar a la guerra... No sé, transmite eso pero hasta por los poros.

Pero no porque me gusten un chingo,  
o porque diga, puta, soy un chingón  
y tengo chavas para repartir.  
Nel.  
A mí las mujeres me gustan  
porque me recuerdan a mi mamá.  
(Y eso que soy un formidable  
hijo de puta  
—de hecho, yo no daría un peso,  
ni menos aún,  
por Eusebio.  
Ni te aconsejaría que sigas leyendo estas líneas  
—no las llamemos versos, por favor,  
no molestemos a los críticos—  
porque el último sitio que yo recomendaría  
sobre la superficie de la Tierra

---

<sup>85</sup> “Nada que llame a escándalo”, *Op. Cit.* p.101.

son los caños de un escritor.)  
No concibo, pues, el mundo sin mujeres  
porque me gusta que me consientan  
que me den de comer en la boca  
que me regañen  
mientras restriegan sus pezones en mi cara.  
No podría vivir sin mujeres  
aunque a veces me pase grandes temporadas  
pero largas, muy largas temporadas,  
sin una sola.

Vamos, sin ni siquiera una mirada.  
Sin eso.<sup>86</sup>

—En una relación que yo conocí de él, muy apasionada —dice Lines—, donde se ponen de manifiesto los celos exacerbados por ambas partes, donde se lleva desde la identificación de los aromas, los fluidos químicos, la forma en que se relacionan, la forma en que hay un juego de poderes, además, entre el hombre y la mujer... Eso lo conozco, Eusebio me lo ha contado. Ese tipo de relación es muy intensa, apasionada, muy profunda. Muy desgarradora, diría yo también. Son pasiones que llegan a desgarrar el alma.

Ninguna mujer me mira,  
ninguna mujer se me acerca.  
Me ven aquí,  
en este rincón,  
escribiendo, pergeñando ideas.  
Y eso las ahuyenta.  
Él no está solo —piensan—  
está con su amada,  
escribiéndole,  
o con sus abominables infiernos.  
No es hombre para mí —concluye,  
aquella, la de cola de caballo—  
y yo muero.  
Si esas mujeres  
supieran  
que escribo para ellas.  
Para alejarlas.<sup>87</sup>

—Pero también puedo hablar del amor de maestro —dice Susana Galván— hacia nosotras las mujeres en su grupo, en su taller. Qué bárbaro. Te puede estar alabando tu escrito, o igual llamándote la atención, o guiándote porque jamás ha sido así (y hace una seña con su mano, de un corte); puede ser a la yugular, pero sin dejar ese lado de caballero hacia una dama que qué bárbaro.

Mienten quienes afirman que a eso conducen

---

<sup>86</sup> “No concibo el mundo sin mujeres”, *Op. Cit.* p.113.

<sup>87</sup> “Un poema más, el último”, *Op. Cit.* p.121.

las caricias.  
 Para los insaciables está bien.  
 Para quienes deseen ver a una mujer  
 —o a un hombre—  
 puesta de nalgas ante ellos,  
 es lo mejor.  
 Pero hay riesgos.  
 Coges, y el deseo culmina, se extingue (admite  
 que es un riesgo).  
 Tú lo sientes: va al revés,  
 como la vela cuyo pabilo muere  
 inexorablemente  
 —así el deseo va al revés, hacia  
 atrás,  
 hacia su extinción.  
 Hay que esperar que vuelva a manifestarse,  
 que vuelva a exigir el cuerpo contra cuerpo,  
 la noche como efluvio de semen, misterio y gritos.  
 Casi siempre coges y se acaba todo:  
 la expectativa, la curiosidad, la imaginación.  
 Ya sabes cómo es, cómo jadea, cómo grita,  
 cómo parecen reventarle las venas  
 y los músculos endurecerse cual si estuvieran hechos  
 de aluminio.  
 A partir de ahí  
 no hay más piel contra piel en la micro, en el metro,  
 ni llamadas clandestinas  
 ni el muslo que anuncia la lluvia de promesas.  
 (Las promesas son pelos, interrumpía Verlaine.)  
 Y eso si cogiste poca madre.<sup>88</sup>

En su casa, también al sur de la Ciudad de México, Vicente Quirarte, escritor e íntimo amigo de Eusebio, dice, sobre el tema de la mujer en el trabajo ruvalcabiano:

—Para Eusebio son las criaturas más hermosas de la creación y él lo lleva a la práctica en su vida y en su obra. Eusebio es un hombre capaz de encontrar belleza en “la más fea”, lo cual no significa que no ame a la belleza; cuando digo que encuentra la belleza en todas las mujeres es porque realmente, para él, la mujer tiene un lugar muy importante. Es un objeto de veneración, un objeto de adoración.

Está sentado en un elegante sillón individual, junto al cual hay una pequeña lámpara que apenas lo ilumina.

Me pregunta si no es Érika quien va conmigo.

Érika es la hija de Eusebio, y es cierto que mi exnovia se parecía un poco a ella.

Le digo que no.

Luego dice:

---

<sup>88</sup>“Lo último que me importa es coger (espero que a ti también)”, *Ibidem*, p.111.

—Yo creo que Eusebio respeta tanto a las mujeres que de pronto puede resultar agresivo, sobre todo con las mujeres demasiado inteligentes. Yo no veo eso como un machismo, o si es un machismo se debe a una defensa ante la absoluta superioridad que él reconoce en las mujeres.

De nuevo pienso en Bukowski.

Si alguien me dijera que el viejo autor angelino solo es [un asqueroso macho, como se ha opinado sobre él](#), yo pensaría que no, que no era solo eso.

Pensaría que, como con Ruvalcaba, no lo han leído lo suficiente.

—Mientras uno lee tu libro *Mujeres*, uno podría tener la impresión de que para ti las mujeres no son más que un par de tetas... —le preguntan a Hank [en una entrevista para la televisión belga](#) que dio en 1988, hacia el ocaso de su vida.

—Oh, venga, ¿lo leíste y eso es todo lo que tienes? —dice el autor de *El capitán salió a comer y los marineros tomaron en barco*—: Sé que hay muchos momentos en los que me veo como un completo imbécil, y me siento como tal. Pero no iba simplemente saltando de una cama a otra, cogiendo. Lo siento. Sería bueno para mí decir que he sido un hombre duro, pero no lo soy.

El entrevistador lo interpela:

—Pero en tus historias el amor siempre es sinónimo de encuentro sexual. ¿No es muy romántico, o sí?

—¿De dónde sacas [toda esa mierda](#)? El amor es un perro infernal. Y eso es todo.

Ayer le dije que me causaba dolor.

Se sintió mal, no lo creyó.

Como si causar dolor no fuese una vieja práctica.

Tan vieja que las mujeres del medioevo

se lo cobraban con sangre.

Sé que estas líneas no la van a conmover.

No porque le dé lo mismo

sino porque está acostumbrada a ejercer la tiranía.

Nada nuevo.

Es condición *sine qua non* de las mujeres hermosas.

Hoy mismo hice el amor con una de ellas,

y al final descubrí en sus ojos

en el último brillo de esos ojos cuajados de fuego,

descubrí un destello de ironía.

¿Qué había tras aquel gesto,

que para mí significó despegar las alas

y remontar el vuelo más allá del desastre?

Había el dolor,

que bien podría ella depositar en mi boca.

El dolor que desde lo más profundo de su ser

—más profundo aún que su aliento mismo—

emanan todas las mujeres.<sup>89</sup>

—Entre los temas principales de lo que escribes —le pregunto a Eusebio—, ¿qué representa para ti el de la figura femenina?

---

<sup>89</sup> “A una mujer que amo”, poema que aparece en: Eusebio Ruvalcaba, *El pie de coral*, p. 96.

—La he resuelto en lo que escribo, bien como personaje, vista desde lejos, o bien como narrador a partir de ponerse en la piel, en los zapatos de una mujer y ver el mundo como lo ve una mujer. Entonces es un desafío constante ser neto a través de la mujer, que es un ser complejo. Sentir en carne propia las reacciones de la mujer, como escritor, te abre un mundo en el cual es posible sumergirse y salir empapado de vida. Creo que es una entidad literaria que provoca muchísimas reacciones, y cuando la trabaja uno como personaje, pues es un recurso literario. Por ejemplo, los sentimientos negativos, adversos, que hay profundamente ocultos en el alma femenina. Eso me atrae muchísimo. Si escribimos un cuento de dos hermanas, por ejemplo, o de madre-hija. En ellas el odio es mucho más fuerte que el que puede ser entre dos hermanos o entre papá e hijo varón. Entonces estas circunstancias ponen a los personajes contra la pared y lo obligan a uno a ser súper claro, nítido, como escritor.

—Respecto a este tema de las mujeres, ¿cuál es la diferencia, o existe diferencia, entre el Eusebio que escribe sobre las mujeres y el Eusebio de la vida real, el que habla con las mujeres, el que las trata, el que se relaciona con ellas?

—Siempre hay, lo mismo en un plano que en el otro, una actitud de descubrimiento, de afán de descubrir su naturaleza. Para mí la mujer representa, como persona, un desafío. Siempre fui muy proclive a conocer mujeres y a escarbar en ellas todo lo que me pudieran dar. Tengo una naturaleza muy dada al enamoramiento, entonces me atrae mucho la mujer por su dulzura, por su cachondería, su coquetería, su ternura, y no puedo dejar de mirarlas ni de aspirar hacia un gesto de cariño por parte de ellas. Me gusta ser lisonjero con la mujer, seducirla de alguna manera, pero sobre todo entretenerla. En la medida en que un varón entretiene a una mujer asegura la compañía de la mujer para siempre. La mujer rehúye del aburrimiento como de una pestilencia. Entonces intento ser un hombre que les dé algo que encuentren a través de mí, que les resulte entretenido.

La mujer es uno de los motivos principales en la obra de Ruvalcaba, porque la mujer es el tema de cualquier hombre, es el enigma que no se desvela. Es dolor, decepción, placer. La naturaleza femenina es ininteligible, las mujeres inaprehensibles. Si en su literatura son más importantes que los hombres es porque suelen ser más delirantes, más complicadas. Pueden llevar al hombre al crimen o a la santidad. Por ello para Ruvalcaba el amor es igual a la decepción, es el camino al fracaso, no al fracaso del ser sino al fracaso del amor. Solo pervive el amor cuando se mantiene la esperanza de su fracaso. La experiencia del desengaño muestra que el amor únicamente puede permanecer a través del dolor. Amar es ejercer el deterioro del mismo amor, es practicar la decepción. Y así con la vida.<sup>90</sup>

En su discurso ya citado, Enrique González Rojo escribió respecto a este tema que:

La novela *Un bilito de sangre* es probablemente la obra más conocida y comentada de Eusebio. No dudo de su excelencia, pero creo que hay otras obras que se hallan en el mismo nivel, o incluso en un sitial de mayor altura [...] Pienso sobre todo en ese impresionante poema que se llama *Mariana con M de música*, publicado en 2011. A mi entender, se trata de una obra extraordinariamente compleja y apasionada.

[...] Es la crónica de un amor tormentoso, contradictorio, de fuertes contrastes y gran emotividad. Como en toda relación conflictiva, me atrevo a decir que el personaje fundamental de este poema es el amor-odio.

---

<sup>90</sup> Del prólogo de Marcel Lussich para: Eusebio Ruvalcaba, *John Lennon tuvo la culpa*, Club de lectores, 2004, p.10-12.

[...] Que yo recuerde, no hay nada semejante en la poesía mexicana. Nadie ha tenido la valentía de desnudarse poéticamente en público, mostrar sus llagas, darle rienda suelta a todo tipo de palabras, hasta las más obscenas y soeces, para mostrar el indecible dolor de un amor y una pareja en crisis, balconeándose a sí mismo y a su pareja. A este poemario le hace falta un análisis profundo no solo estilístico y literario, sino social y, sobre todo, psíquico. Mi intención al hablar de todo esto es llamar la atención sobre una obra única en la poesía mexicana. Ojalá se me escuche.<sup>91</sup>

Atiendo, parcialmente, el llamado de González Rojo, pues coincidido con él, aunque no todos lo hagan.

En un comentario público en la red leo, a propósito de este libro y en respuesta al maestro de Eusebio, que:

En este libro personalísimo, Eusebio Ruvalcaba se alineó con un género de poesía que, de pronto, vuelve por sus fueros a la lírica mexicana: la narración poética de un idilio que, como paradigma de las relaciones tóxicas, va del encubramiento ilusorio a la ruptura trágica, pasando por los celos, las peleas, los arrebatos... En fin, un sainete que hemos vivido todas y todos, y del que —uno esperaría— un hombre de sesenta y una mujer de treinta y cinco (tal como confiesa el propio Ruvalcaba, cf. p. 30) podrían haber sacado algo mucho más alejado del lugar común.

Me explico: en este poema de largo aliento donde el erotismo se entrecruza con referencias a la música de cámara y sinfónica, el autor se desvive por presentarnos, de primera mano, su “idilio salvaje” con Mariana, su maestra de piano. Plagado de afirmaciones preocupantes (“Tu belleza me torna insignificante”, p. 23) o que reducen el amor a la consabida sexualización entre machos (“Quisiera que hicieras el amor/ con todos los poetas de la historia.”, p. 26; “Nadie me prende como tú. [...] Cuando te beso mientras otro hombre nos observa.”, p. 97-98) o, ya de plano, en la retórica de las relaciones tóxicas que, muchas veces, anticipa la violencia de género (“Tal vez desde la calle/ pueda poseerte./ Hacerte mía para siempre.”, p. 93) [...]

Este mensaje “poético” abunda en el libro... Pero no quiero hacer más eco de él (ni del mensaje en el postfacio de Enrique González Rojo Arthur que pide, encarecidamente (!), que se haga un “análisis profundo [...] sobre todo, psíquico” de esta obra “única en la poesía mexicana”). Este poemario transmite que las mujeres solo pueden ser “musas” que valen por sus atributos físicos más que por cualquier otra característica, que son objetos codiciables entre los machos, y que la única manera de afrontar la pérdida, el desamor, los celos y el arrebato es el alcohol, el berrinche, y los gritos y sombrerazos.

Mejor aléjense de este libro y su lírica rancia.

Desde que abro los ojos me pregunto  
en qué momento escucharé su voz.  
De inmediato, mi pensamiento vuela  
hasta su persona. Como imantados,  
mis ojos se detienen en los suyos.  
¿Qué tiene esa mirada en la que el sol  
parece habitar?, ¿por qué me extravió  
en esa arteria de impía impureza?  
¿De verdad los ojos son paradigma  
irrepetible, mensaje cifrado?  
Cuando nos besamos —lo he descubierto  
con el asombro del hombre de ciencia—,  
mis labios se dirigen a sus párpados.  
Besan entonces los ojos cerrados.

---

<sup>91</sup> González Rojo, *Op. Cit.*

Es como si fuera la ansiada pulpa.  
Porque bajo aquellos ojos palpita  
la vida. Es como si Dios me mostrara  
el misterio divino en un solo beso.  
De la vista de sus ojos, su olor  
se apodera de mí. Llevo su olor  
impregnado en mi sistema nervioso.  
Lo huelo sin oler. Por el simple hecho  
de otear el horizonte con mi olfato.  
He perdido la cabeza por ese  
olor. El aroma de sus axilas,  
el perfume de su sexo —que puebla  
mi corazón—, el noble y dulce aliento  
que despide su boca me concilia  
con la vida, y permea de esperanza  
los actos cotidianos que distinguen  
a un hombre, no importa de dónde venga.<sup>92</sup>

Fue en el citado número tres de *Transgresiones* que Víctor Roura, el periodista cultural por antonomasia, muy cercano a Eusebio, se dio a la tarea de entrevistar a Mariana Salido.

En esa conversación ella le contó, a grandes rasgos, sobre su relación con Ruvalcaba, quien entonces llevaba poco más de un año de muerto.

—Independientemente de la obra creativa como resultado de su relación con Eusebio Ruvalcaba en los últimos años de vida del escritor (el poemario *Mariana con M de Música* y numerosa prosa narrativa dedicada a usted) —escribe Roura—, a un año de la muerte del literato, ¿qué le ha dejado (aparte de la rabia necesaria para volcarse en su trabajo plástico) la cercanía con él en su huella vivencial?

—Yo no lo amaba como escritor. Lo amaba como hombre. Aunque mi admiración por él como escritor y apasionado de la música hacían más pleno ese amor. Era mi Dios. Mi relación con él es la experiencia de amor más intenso y extenso que haya podido sentir, porque uno en el otro vivimos nuestra propia medida, todas las fibras de nuestra sensibilidad. Llegamos al más hondo conocimiento de nosotros mismos a través del otro, como lo dejó escrito en algunas líneas perdidas por ahí. Pero no estuvimos dispuestos a jugar el juego de la hipocresía o de la moral convencional. Eso no es fácil porque implica mucho dolor cambiar el juego que esa moral ha instalado. Cuando así son las cosas, hay que atravesar el dolor para llegar al paraíso. O todo o nada. Hay que desnudarse y atreverse a ver al otro desnudo. El libro de *Mariana con M de Música* lo expone de una forma bellísima y brutal. Luego airearon [dice, en un abrupto cambio de tema, aunque relacionado con un fragmento de un poema que coloco más adelante] un mensaje electrónico de nuestra correspondencia privada en el que se ventila un enfrentamiento íntimo. Astutamente escogido, me puso solo a mí al descubierto. Pero en el amor no hay buenos y malos. Solo arrojaría un zapato a la cara de un hombre que amo. En última instancia, la vida íntima de dos personas es una complejidad solo accesible a ellas o, acaso, a quien se acerca con una mirada imparcial. Como

---

<sup>92</sup> Eusebio Ruvalcaba, *Mariana con M de Música*, Los Bastardos de la Uva, 2011, pp.10-11.

fue evidente para muchos, nuestra relación continuó (pues teníamos amor de sobra para perdonar y superar eso y más) y con ella nuestros planes de mudarnos juntos, incluso de mudarnos a la ciudad de Guanajuato para estar lejos de los problemas que nos atormentaban. [...] ¿Qué me dejó? Su infinito amor por mí. Su pasión encendida. Su dulzura. Su voluntad de enfrentarse a todo, incluso a sí mismo, para poder estar juntos en libertad. Su mirada de hombre enamorado y pleno, la felicidad que vislumbraba frente a sí. Me dejó su conmovedora paciencia hacia los defectos que me hacen viva y humana. Esas son las certezas que me vuelven tolerable al dolor. Su energía prodigiosa que me fecunda desde donde está y siento alrededor de mí permanentemente, me cuida y orienta mi vida.

El amor nunca ha sido propiedad de nadie,  
menos de dos seres que se aman a contracorriente.  
Cada instante que paso contigo tiene para mí un significado privativo:  
que el trayecto es fugaz,  
como una bala disparada al corazón.  
Tú a tu modo y yo al mío, tratamos de prolongarlo.  
A costa de que ambos estamos conscientes de que el fin vendrá.  
Porque es condición de vida.  
Todo lo que principia tiene un fin.  
Es en lo único que pueden coincidir los hombres.  
¿No te has preguntado por qué tratamos de perpetuarlo?  
Solo encuentro una razón: no por la música  
—que siempre está presente en nuestras manos cruzadas,  
en nuestra ilusión de vivir—,  
no por la literatura  
—que se hace del rogar como si la fuéramos a abandonar,  
y que de pronto nos revela secretos que ya quisieran los señores  
académicos—,  
ni por el alcohol,  
que cada vez hacemos más nuestro.  
Si tratamos de perpetuar el amor,  
nuestro amor,  
el amor que construimos cada día,  
el amor que nos atrae y nos obliga  
—más allá de nuestra voluntad—,  
a besarnos y acariciarnos,  
como si en cada caricia descubriéramos el sentido del tacto,  
que ese amor nos inoculara vida,  
vigor,  
confianza en el destino,  
y esperanza.  
Sentimientos que hacen épicos a los hombres,  
y videntes a los ciegos.  
Por eso tratamos de perpetuarlo,  
porque es nuestra ancla al fondo del océano,  
allí donde el tiempo tiene otro nombre.  
Ese tiempo es el nuestro,  
el que tú y yo estamos construyendo  
exactamente como se construye una pirámide.

O una sinfonía.  
 Todo el amor no depende más que de la buena voluntad.  
 Beethoven es el mejor ejemplo  
 —¿verdad que sí lo amas?  
 Incluso el amor a Jesucristo.  
 Tener la voluntad de amar es tener la voluntad de escuchar la música.  
 De hacer música.  
 Y de hacer arte.  
 Siempre bajo la luz cenital del amor.  
 Es de lo que estoy hablando.  
 Y aun en el caso de que se tratara de obras brevísimas  
 —como las de tu adorado Chopin, que semejan plegarias—,  
 la música exige, exactamente como el amor,  
 unos instantes de cautiverio,  
 de que no exista nadie más.  
 De que todo en torno desaparezca.  
 De que la entrega sea total y absoluta.  
 Tú lo sabes.  
 Porque el resto es inmundicia.  
 Los compositores —déjame incluirme en ese gremio—  
 y los amantes —déjame incluirme en ese gremio—  
 somos tan celosos (los escritores quién sabe, yo no pertenezco  
 a ese gremio).  
 Un picor que nadie ha estado exento de sentir.  
 Los celos.  
 ¿Te imaginas un artista que no ha sentido celos?  
 Sería el colmo de la mediocridad.  
 Así fuera Bach. Brahms o Mozart.  
 Tanto amor tiene que ir a un lugar.  
 Si es a la alcantarilla no importa.  
 ¿Quiénes son más víctimas de los celos?, ¿los hombres o las mujeres?  
 Tú me dijiste al oído que eras muy celosa, celosísima.  
 Pero no agregaste: el día que te descubra con otra te mato.  
 ¿Lo harías?  
 Yo sí lo haría.<sup>93</sup>

En el citado número de *Transgresiones*, Mariana publicó, como escribí líneas arriba, el siguiente poema:

Eso también es el amor, dijiste.  
 Al menos el nuestro.  
  
 Aquella noche te lancé el zapato.  
 (Habrase visto la fuerza hercúlea de mi brazo.)  
 Lo esquivaste.  
 Lancé todos los zapatos que pude encontrar.  
 Uno te dio.  
 Estallaste.  
 Me asiste de los brazos para inmovilizarme.

---

<sup>93</sup> Fragmento de un poema parecido en: Eusebio Ruvalcaba, *Op. Cit.*, pp. 39-41.

Te clavé las uñas en los costados.  
Me arrojaste a la cama.  
Te volcaste sobre mí.

Arrancaste mi vestido.  
Forcejeé.  
Me sujetaste.  
Forcejeé más (no tanto).  
Me cogiste con desenfreno criminal.

Quedé rendida.  
Dormimos abrazados.

Despertaste furioso al día siguiente,  
pero me hiciste  
mi avena con leche y plátano.  
Y Splenda.

Y que sientan lástima por ti  
quienes no te conocen.  
O ignoran la divina crueldad  
que hay detrás de tu ternura.<sup>94</sup>

---

<sup>94</sup>“Detrás de tu ternura”, *Transgresiones*, p.27.



Mariana llega después.

Cuando llego, él ya está ahí haciendo gala de su puntualidad. Es un viernes por la tarde.

En la mesa tiene un libro, una libreta y un trago.

Nos reunimos en El carro del sol.

Para comer. Para platicar. Para beber.

Tan pronto me siento, pido una cerveza.

Es la tercera ocasión que nos encontramos en ese lugar; un restaurante con un espacio muy amplio al centro, una pista en la que, por la noche, la gente baila al son de un conjunto musical en vivo.

Mientras tanto, a las cuatro de la tarde, algunas de esas personas comen el sabroso y bien servido menú. No podría escribir qué sirvieron aquella vez, sin embargo nos recuerdo a Eusebio y a mí, sentados el uno frente al otro, comiendo y conversando. De cómo nos trataba la vida.

—¿No quieres un vodkita? —me pregunta, de pronto. Es lo que él está bebiendo.

—Cómo no —le digo.

Le llama entonces al mesero, quien solícito lo atiende. Eusebio suele estar ahí cada viernes. “Un Stolichnaya para el joven”, dice, y la bebida llega a la mesa poco después.

Brindamos.

Esta ocasión me entrega el número de la revista *Molino de letras* donde aparece un cuento que escribí en su taller y que gracias a él se publicó. Es la segunda ocasión que me ayuda para que una de mis historias se publique en dicho espacio.

—Muchas gracias, profe, por tu generosidad —le digo.

—Salud —dice él.

Seguimos comiendo el menú; platicamos un poco más hasta que llega Mariana.

Nos saluda y se sienta a un lado de él. A mi lado está mi mochila, que contiene el sobre con las revistas. Mis audífonos, un libro, un cuaderno.

Eusebio pide un menú para Mariana. Ella come mientras nosotros seguimos bebiendo. Luego ella pide una cerveza. Luego pide otra cosa, quizá también un vodka. O un whisky.

Estamos un buen rato ahí, conversando.

Y cuando ya comienza a oscurecerse ahí dentro, cuando los músicos comienzan a llegar y a prepararse, cuando las parejas comienzan a ponerse de pie para bailar, nos vamos.

Los tres caminamos sobre San Fernando; Eusebio y Mariana van delante de mí, tomados de la mano. Entre la bruma etílica que me hace caminar tambaleando, pienso en las agallas de estos dos, pues la familia de Eusebio vive muy cerca de donde estamos. Admiro que no les importe que los vean. Admiro la forma en la que se aman y pienso, como un iluso, si algún día podré amar así.

De repente se detienen a comprar algo en una tienda, no recuerdo qué, y pronto subimos las escaleras que nos conducen a un billar. Tenía un buen rato que no iba a uno.

El lugar está dividido en dos: donde están las mesas para el juego y donde están las mesas para el trago. Nos sentamos en éstas últimas.

Un joven nos atiende con mucha menos prontitud que el mesero de El carro del sol. Ahí venden cerveza y algunos tragos. Yo pido una chela, Mariana también. Eusebio un whisky en las rocas.

—La otra vez vine aquí y allá, a un lado, estaba jugando mi hijo León Ricardo. No sé si me vio o no —dice Eusebio, ensombrecido de pronto, porque siente, dice, que su hijo no lo quiere.

Entonces llegan las bebidas y brindamos.

Afuera aún faltan un par de minutos para que se oscurezca del todo.

Por aquellos días yo estaba viendo la serie *Breaking Bad*. Le pregunto a Eusebio si la ha visto. Me dice que sí. Mariana también. A ambos les ha encantado. Conversamos un poco sobre las tramas, sobre los personajes, sobre la relación del protagonista de la serie con su hijo lisiado, tema que, por cierto, también rige la novela de Ruvalcaba *Todos tenemos pensamientos asesinos*.

Se lo hago notar.

—No me había percatado de eso —dice. Y da un trago a su trago.

Los tres seguimos hablando sobre *Breaking Bad*.

—¿Crees que —le pregunto a Eusebio—, como pasa con ciertas obras literarias, esta serie logre trascender el tiempo?

—Definitivamente —dice.

A ambos les digo el enorme gusto que me da que hablemos de eso. Eusebio mira constantemente hacia el otro lado, como si fuera a encontrarse con su hijo de un momento a otro.

De pronto hablamos sobre nuestros perros. Les platico a ambos de mi pastor belga negro Goliat, y Mariana habla de su enorme perro cuyo nombre y raza he olvidado. Eusebio habla del salchicha que solía tener.

Poco después salimos de ahí.

Afuera ya está bien entrada la noche. Avanzamos, sobre San Fernando, hacia donde Mariana ha dejado estacionado su auto. Irán a casa de ella. Yo tomaré el camión que de ahí me conducirá al metro CU.

—Te damos un aventón acá adelante —me dice Mariana.

Eusebio y yo esperamos a que saque el auto del estacionamiento. Nos decimos algo. De pronto subimos al auto, él en el asiento del copiloto, yo en el de atrás, como si fuese el hijo de ambos.

El coche avanza unas cuadras sobre San Fernando y una vez que van a dar vuelta a la izquierda para tomar otra avenida, les digo que está bien si me dejan en la esquina.

Mariana da la vuelta y se detiene unos metros adelante.

La calle es estrecha, hay muchos autos a esa hora; siento que debo bajar rápido para no entorpecer demasiado el tránsito.

Me despido apresuradamente de Mariana, con un beso en la mejilla y un apretón de manos.

A Eusebio lo abrazo como puedo, por la espalda, le doy la mano. Recuerdo su mano, una mano hermosa de dedos finos y un poco fría. Le doy un beso.

Y me bajo.

Al subir a la banqueta y voltear atrás, ellos dos ya se han ido.

Esta es la última vez que veo a Eusebio.



Fotografía de Perla Miranda.

## IV

En cuanto termina la tercera sesión del taller literario que organizó David Magaña Figueroa para sus alumnos de la clase de Periodismo y Lenguaje Narrativo, Eusebio Ruvalcaba, a quien acabo de conocer, me pide que me acerque:

—Tengo otro taller, pero en el centro de Tlalpan. Empieza a las doce. Voy para allá, ¿quieres venir?

Son las once de la mañana con diez minutos. Lo pienso un momento: siento que es una oportunidad única, percibo que será determinante en mi vida, una decisión que debo tomar.

La de volverme su alumno.

La de volverme escritor.

Sin embargo, no tengo dinero para pagarle: la clase, me informa, cuesta 200 pesos.

—No te preocupes, el día que tengas dinero me pagas —dice.

Entonces nos subimos a su coche, estacionado ahí en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN), un moderno Honda plateado.

“Me encantan los coches”, me dice, y antes de arrancarse saca una anforita de alguna parte.

—Samuel, ¿te gusta beber?

Le digo que claro que sí.

—Dale un buen llegue, por favor —dice.

Y yo bebo de aquel whisky. Es como agua bendita que irriga mis entrañas para abrasarlas. Luego él le da un trago, veloz pero profundo, y ahora sí nos vamos hacia el taller que, en ese momento, imparte en el café La casa de Juan, en el centro de Tlalpan.

Escribo —y aquí suplico la generosidad/complicidad del supuesto lector en admitir que lo que yo hago se llama escribir—, escribo porque es el mejor modo de tener presente todo lo que ha sido mi experiencia como ser humano, aun mis sueños y fantasías; en efecto, escribo para expresar lo que siento y pienso, pero vía personajes, atmósferas, conflictos, historias; así pues, lo que ocurre en el fondo es una revisión constante del tramado que ha sido mi vida. Palabras, detalles, gestos, miradas, gente que he conocido, acontecimientos, algunos sublimes, algunos atroces, la mayoría insignificantes, sueños, todo lo que ha hecho que yo sea lo que soy, todo lo que sucede en la vida de un hombre —y lo que ese hombre se imagina que habrá de suceder—, de pronto está ahí, en un río subterráneo que va de una letra a otra, de una palabra a otra, de un párrafo a otro, de un libro a otro. No quiero borrar mi vida. Prefiero que fluya. Por eso escribo.

[...] No es cierto. No escribo por esa razón. Que mi vida fluya o no, me da igual. Que mi vida corra como el agua dulce de un río o se detenga como el agua estancada de un charco me tiene sin cuidado. Escribo por otra razón. Porque me gusta imaginar vidas diferentes de la mía, más sórdidas o más intensas, más curtidas o más viscerales. Como se quiera. Pero al fin y al cabo vidas provenientes del compartimiento de mi imaginación. En donde todo es posible. En esa convivencia caben todos: el desalmado y el piadoso, el noble y el soberbio. Como los contrastes musicales en una sinfonía de Brahms.

[...] ¿A quién no le gusta contar historias que estrujen? A mí sí; si lo logro o no ya no tiene que ver conmigo. Me conformo con entretener a través de una historia, y eso ya es ganancia. Por eso escribo. Porque me fascina tanto como el fuego al hombre de las cavernas la indiscreción. No solo que me cuenten cosas, sino yo contarlas a la menor oportunidad. Soy el tipo menos confiable. La discreción está reñida con la esencia misma de la palabra escrita. Y mejor aún que aquella confianza crezca hasta alcanzar alturas insospechadas. Y que en aquel crecimiento arrase con todo, como un alud que se precipitase sobre una aldea. Hasta no dejar piedra sobre piedra.

[...] No es cierto. Escribo por las palabras y ya. Porque me fascinan cómo están hechas, su densidad, su estructura. Cómo se ven unas junto a otras, más allá de lo que expresen. Escribo palabras sobre las palabras, imágenes sobre las imágenes, sonidos sobre los sonidos, sin trama, sin anécdota, sin nada que contar. Ninguna historia supera no contar nada. Tejer poemas, líneas inagotables sobre sensaciones: la visión de una mujer hermosa, la caricia del viento en mi cara, la audición de un piano tras la puerta, el olor del pasto mojado. Armar una pirámide de esos extraños garabatos, admirar cómo se engarzan entre sí hasta revelar identidades para mí insondables. No podría pedir más. Soy un hombre discreto, el más confiable de los hombres, y por nada del mundo abriría la boca más de la cuenta; al contrario, prefiero que las cosas transcurran. Creo que soy insignificante y hacia donde mire solo distingo grandeza. Creo que un escritor escribe cuando está contra la pared, cuando el mundo lo acorrala y lo inmoviliza; ya lo he dicho y lo repito: como el niño castigado en el salón de clases. Si alguien se tomara la molestia de revisar la vida de escritores, se asombraría de la aplastante mayoría que ha encontrado en la literatura el leño del salvavidas. O el cinturón para ahorcarse. Quisiera decir que es mi caso. Quisiera gritar a los cuatro vientos que de no escribir moriría. Pero eso no es cierto. Esa situación límite la dejo para los escritores verdaderos. Yo soy un advenedizo. Si no escuchase música moriría. Ahí sí. Entonces, ¿por qué escribo?: ¿para no perder el equilibrio?, ¿para sobrevivir?, ¿para morir?, ¿para salvaguardar la animalidad que hay en mí? ¿para sacrificarla? Lo ignoro. Como tantas cosas.<sup>95</sup>

Camino sobre San Fernando, Tlalpan, y doy vuelta en la calle de Once Mártires.

Coral Rendón, la viuda de Ruvalcaba, me recibe en su casa.

Ha pasado casi un año desde la muerte de Eusebio. Ella prepara [un homenaje para él](#), en Bellas Artes, en la sala Manuel M. Ponce, donde anunciará la creación de la fundación que ahora lleva su nombre.

Hay mucho silencio en la casa. Le platico a Coral de este proyecto (que prometo enviarle) y del documental (aún sin terminar). Me invita a presentar el tráiler (lo único que existe de ese trabajo) en la ceremonia, cosa que acepto, y que sucede.

Vislumbro una habitación donde tienen sus cosas. Las cosas de Eusebio, sus libros.

Más silencio.

No mucho después Coral me muestra, en su computadora, las imágenes escaneadas de todos y cada uno de los libros que Eusebio publicó en vida, un acervo que puede consultarse en la [página de la fundación](#).

Pienso que probablemente Coral sea la única persona en el mundo que tenga la colección completa de sus libros.

Su mirada se pasea por aquellas portadas; se detiene, sin arredrarse, en las dos ediciones que hubo de *Mariana con M de música*.

Pero las mira, en silencio.

---

<sup>95</sup> Párrafos extraídos del texto “Confesiones escriturales”, texto que aparece en: Eusebio Ruvalcaba, *Una cerveza de nombre derrota*, pp. 131-134.

Y por alguna razón considero que no es momento para interrogarla, así que nuestra charla, cordial y breve, culmina no mucho después.

Al salir de ahí me dirijo a la tienda que está cruzando la calle.

En ella, la primera vez que estuve con Eusebio ahí, en esa casa de Once Mártires, él compró un par de botellas. Los dueños lo conocían de sobra.

Desde fuera miro la tienda. Prefiero seguir mi camino a pie, en sobriedad y con mis recuerdos; tanto la cantina como el billar en el que estuve con él la última vez están cerrados.

“Voy a escribir una mierda” habrá de repetirse antes de empezar a colmar cada cuartilla. Matar la secretaría de gobernación que todo escritor lleva dentro y escribir sin miedo, sin autocensurarse. “Voy a escribir una mierda”, repetírselo para ser libre, para aniquilar de cuajo la falsa idea romántica de que habrán de escribirse solo obras maestras. Las críticas entonces pasarán de largo. En todo caso, el libro constituirá un logro si, en efecto, es una mierda. Y si alguien lo califica así, mejor aún. Los elogios también seguirán su curso, inocuos. Pues consciente de que se ha escrito una mierda no habrá escritor que se los crea.

[...] El escritor debe carecer de propósitos, de cometidos, de ambiciones. No debe proponerse nada. Ni conmover, entusiasmar ni producir belleza. No debe ser presa de ningún deseo porque a partir de ahí escribirá para satisfacer ese deseo. Ni siquiera escribir por escribir. Es el único modo de eludir las complacencias.

[...] Los escritores que se toman en serio ven su nombre escrito en la historia de la literatura. Y entonces se vuelven malditos a propósito. A partir de ahí la literatura los estará educando. Ya no son como son. Sino como la leyenda que quieren ser. Siempre será preferible un escritor exquisito y elitista, que es como es, a uno supuestamente acre y despiadado. Aunque en realidad ni lo uno ni lo otro importan. En todo caso lo que importa es el resultado. Aunque en realidad ni el resultado importe. Porque la literatura está muy bien como está. Ni una coma le hace falta.

[...] En literatura, el triunfo es mero espejismo. El fracaso, sueño dorado de cualquier escritor.<sup>96</sup>



Ruvalcaba en el Centro Mexicano de Escritores, de pie, detrás de Juan Rulfo. Ambos segundos de cada fila, de izquierda a derecha de la imagen. También aparecen Salvador Elizondo, a la derecha de Ruvalcaba, y Francisco Monterde, a la izquierda de Rulfo.<sup>97</sup>

<sup>96</sup> Fragmentos incluidos en su libro *Primero la A*, pp. 143-155.

<sup>97</sup> De origen desconocido. Tomada del texto “[Ruvalcaba tallerista o el ejercicio de la maestría](#)”, publicado en el blog de Jorge Arturo Borja.

Es el taller del café La casa de Juan. Eusebio Ruvalcaba está sentado junto a Jorge Arturo Borja, frente a una mesa de cristal.

—Yo he estado de los dos lados de la barra: como bebedor y como cantinero —dice Eusebio—. Mi primera experiencia al acercarme a un maestro fue con Enrique González Rojo. Le di un fólter de color azul con unos poemas, me acuerdo muy bien. Y él me dijo: “Oye, leí tu trabajo”, y me dijo: “Tengo un taller los jueves, en mi casa. Te invito”. Fue la primera vez que tallereé un texto con un maestro —dice, imbuido por la emoción—; después escribí algo de teatro; vivía entonces en la colonia San Miguel Chapultepec, cerca de Constituyentes, y en aquella época ahí vivía el maestro Emilio Carballido. Supe dónde vivía, lo averigüé, y metí un folder abajo de su puerta, con mi teléfono. Y me llamó, a los dos días, y me dijo: “Oye, Eusebio, vente a tallerear tu teatro conmigo”. Entonces ahí tuve otra experiencia. Y después, al cabo del tiempo, participé en una beca del Inba-Fonapas, una institución que ya no existe, y primero tuve una beca de poesía. El maestro era Hernán Lavín Cerda, que todavía sigue produciendo; íbamos una vez a la semana al taller. Después, con la misma beca, al año siguiente, la obtuve en cuento, en narrativa, y aquí el maestro era un narrador argentino de nombre Humberto Constantini. Daba el taller en su casa. Y ahí llegábamos los que estábamos, cuatro o cinco, y tallereábamos los textos. Después tuve la beca del Centro Mexicano de Escritores, donde tallereaba los miércoles, y los asesores literarios eran el maestro Rulfo, Salvador Elizondo y Francisco Monterde.

Sobre su experiencia en el Centro Mexicano de Escritores, Eusebio profundiza en una [conversación](#) que tuvo en el FARO Tláhuac. Ahí revela, entre otras cosas, que para aprender a escribir aquellos primeros años copió a pulso, línea por línea, la novela *Pedro Páramo* de Juan Rulfo.

Siendo tallerista del Centro Mexicano de Escritores, Eusebio también conoció a uno de los maestros que más lo marcó: George Hal Bennett.

A propósito escribió un texto con el mismo nombre de aquel olvidado escritor afroamericano [en su blog](#), aunque también contó la anécdota de viva voz para la serie radiofónica que grabó para Radio Educación, llamada “52 tips para escuchar música clásica”, producida por Pita Cortés, la única —a su decir— íntima amiga del escritor.

Acerca de Hal Bennett, como le decía Eusebio, en el programa número dos de dicha emisión, en la que habla también de la sinfonía 9 de Antonin Dvořák, Ruvalcaba dice:

Les estoy hablando de principios de los años ochenta, cuando gozaba de una beca en el Centro Mexicano de Escritores. Pues bien, en cierta ocasión salía del Centro, cuando de pronto un individuo me llamó por mi nombre:

—¿Tú eres Ruvalcaba?

—Sí —le respondí.

Pero no era un hombre común y corriente. Gringo hasta las cachas, George Hal Bennett, además de negro era delgado y muy alto, cuando menos de un metro noventa de estatura. Enseguida añadió:

—Tus cuentos tienen errores técnicos que nadie más que yo puede corregir. Ni Rulfo ni nadie lo puede hacer.

“Solo yo”, le advirtió Hal Bennet a Eusebio, y le preguntó si quería trabajar con él. O no.

—Sí, claro —asentí. Entonces me dijo su nombre y que estuviera yo a la espera porque en cualquier momento se comunicaría conmigo. [...] Naturalmente, me quedó la sensación de que se trataba de un loco. ¿Quién era él? Quién sabe. ¿Cómo había averiguado mi nombre? Ni idea. Ni siquiera le di importancia para contárselo a mi mujer. No tenía yo ni treinta años, y un hombre a esa edad tiene mejores cosas que hacer con una mujer que contarle experiencias callejeras.

“Pero mejor le hubiera dicho”, dice Eusebio, porque a las tres de la mañana sonó su teléfono. Era el autor de *El dios de los lugares oscuros*.

—¡Ruvalcaba, te quiero aquí en este momento, es hora de trabajar!

—¿George?

—Sí, George.

Le dije que estaba dormido, que si podía esperar a las nueve de la mañana.

—Si no vienes en este momento, jamás seré tu maestro —replicó, en un tono que no dejaba lugar a dudas.

Eusebio se levantó y vistió. Le explicó a su mujer de lo que se trataba, pero no le creyó. Así, se fue hacia el Centro, donde George habitaba el cuarto de servicio.

—¡Empuja, está abierto! —gritaron desde la oscuridad. Pasé, y como ya conocía la casa, caminé hacia la única fuente de luz: la cocina. Ahí estaba el negro, con mis cuartillas desparramadas sobre la mesa.

—¿Cómo conseguiste esto? —le pregunté, pues yo tenía la beca para escribir dramaturgia, no cuento.

—Es el material que enviaste con tu proyecto —me respondió, malhumorado. Ordenó que me sentara, y al instante puso ante mí uno de aquellos cuentos, lo empezó a leer en voz alta, en un español perfecto, dándole a cada periodo gramatical, a cada frase y finalmente a cada palabra un tono mesurado e íntimo. Cuando avanzaba un tanto, se detenía y me indicaba en qué consistía el error.

En cuanto terminó de leer y de hacer una apreciación general del cuento, George Hal Bennet le ordenó a Eusebio que corrigiera. A lo que el joven escritor le contestó que en cuanto durmiera lo haría.

Pero me detuvo en seco:

—Si piensas como un mediocre, nunca serás escritor. Toma ese lápiz y corrige. Ahora.

Ruvalcaba se puso a corregir. En aquella emisión radial cuenta que episodios como ese ocurrieron varias veces. Fue a partir de eso, dice, que aprendió a trabajar con mucha disciplina.

Alguna vez lo acompañé al correo. Llegamos, se identificó, y le entregaron un sobre. Fuimos a un parque, y me dijo:

—Prepárate, Eusebio, a ver algo maravilloso, increíble.

Entonces rasgó el sobre y sacó un cheque que puso en mis narices.

—Mira —dijo—, huélelo. Esto se llama dinero, y es lo que permite que un escritor escriba. El día que te paguen por lo que escribas, ese día vas a ser un escritor. No antes, no importa lo que digan los críticos ni tus parientes: un escritor es el que cobra, el escritor es el que no pide limosna para vivir, que se la juega, todo escritor es un guerrero que vive al día. ¿Tú crees que los guerreros piensan en el futuro? ¿Crees que un guerrero es como una tía que vive a expensas de chuparle la sangre a otros, o que se la pasa ahorrando cada peso?

Eusebio permaneció en silencio, dice. Era difícil conversar con George, llevarle la contraria. Quizá por eso, cuenta, una vez llegó con él con algunas copas encima.

Cuando me abrió y percibió el tufo, me aventó la puerta en la cara.  
—¡George Hal Bennett no trabaja con borrachos, lárgate! —me gritó.

Eso no impidió que fueran a beber varias veces, especialmente a pulquerías. Ahí pudieron hablarse con más franqueza el uno al otro, decirse algunas confidencias.

Lo vi escribir una novela en tres días. Sin parar, sin dormir. Simplemente abrió su maleta en la que traía empotrada la máquina de escribir, un juego de ropa interior, papel en blanco, y decenas de frascos de chochos de todos los colores. Sacaba aquellas hojas y a darle. Sus manos se movían a velocidad vertiginosa y la historia se iba armando. Yo estuve a su lado esas 72 horas, no me despegué de él. De pronto me gritaba y yo corría a la tienda y le compraba leche, pan, miel. No quería que nada lo perturbara.

Otra vez me llamó a media noche, con gritos desesperados, atroces.

—¡Me estoy muriendo! —gritaba. Fui, entré a la casa, y vi en la alfombra un hilo de sangre: lo seguí con el corazón a punto de estallarme. El rastro conducía hasta la azotea, donde trabajaba y dormía. Escuché la máquina de escribir y entré. Su mano derecha estaba vendada, pero aún así la sangre que escurría salpicaba el blanco papel.

Jorge Arturo Borja está sentado a la izquierda de Eusebio, ahí en La casa de Juan. Él es, como mencioné al principio de este trabajo, quien ahora dirige su taller.

A un año de la muerte de Ruvalcaba, Borja escribió el siguiente texto sobre la labor del autor de *Lo que tú necesitas es tener una bicicleta* como tallerista:

Siempre fue un entusiasta tallerista: participó, fundó, auspició —con apoyo o sin apoyo del Estado— varios talleres de apreciación musical o de literatura a lo largo de su vida. Lo mismo en universidades que en centros culturales, reclusorios, cafés o pulquerías.

El origen de su taller en Tlalpan se remonta a los sábados de 2003, cuando con varios compañeros inició un grupo en la Colonia del Valle, en el Despacho de ingeniería cultural de Guillermo Samperio. Ese grupo, con el nombre de “La hermandad de la uva”, se trasladó a los tres meses a la colonia Obrera, a una de las vecindades nacidas del terremoto del 85, en donde al año siguiente (2004) se reunió la primera antología del taller llamada *Manuel Gutiérrez Nájera 111*, a través de Los Absolutistas Editores, con prólogo de Eusebio y poemas, aforismos y cuentos de los participantes.

[...] A los dos años el taller se trasladó, primero a Ciudad Universitaria, en el comedor Azul y Oro [...] y después a la cafetería de la librería del Fondo de Cultura Económica. En el 2007 se hizo otra antología, ahora de narrativa, *Que el tiempo lo decida* (Colectivo Entrópico-Ediciones Arlequín, 2007).

[...] En 2008 fue el propio Maestro del taller de Tlalpan, que ya sesionaba en una casa de retiro de los maristas, quien invitó a sus discípulos a hacer la antología de narrativa *Prohibido Fumar* (Lectorum, 2008), que contenía cuentos y relatos sobre el cigarrillo.

[...] En 2013, cuando el taller ya funcionaba en el restaurante La casa de Juan de Tlalpan y había tenido varios nombres sucesivos como “El poeta caníbal” o “¿No oyes ladrar los gallos?”, se hizo otra antología de narrativa, *Sangre Enamorada* (Eterno Femenino, 2013), que publicó el tradicional prólogo de Eusebio más textos de compañeros del taller [...] Cabe señalar que Eusebio siempre fue inclusivo e hizo extensiva la invitación para que escritores de distintas generaciones y grupos participaran en las antologías.

[...] En 2015, a causa de la desaparición de los normalistas de Ayotzinapa, Eusebio Ruvalcaba convocó a la comunidad artística sin importar las generaciones, la filiación política ni los grupos culturales a

reunir la antología de cuento, crónica y poesía *Los 43, antología literaria* (Los bastardos de la uva, 2015). Ahí se publicó crónica, cuento y poesía. [...] El prólogo fue de Eusebio y la portada de Francisco Toledo.

En 2016, el taller de Tlalpan reunió textos de sus integrantes para hacer la antología *Piedras Heridas* (Porrúa Print, 2017), cuyo nombre y prólogo se deben a Eusebio Ruvalcaba, quien estuvo al tanto de los textos desde su presentación en las sesiones de los sábados hasta su corrección final.<sup>98</sup>

Todo está oscuro.

Al frente de Eusebio y de mí, unas farolas apenas iluminan nuestro camino.

Avanzamos sobre el camellón de la avenida Mazatlán, en la colonia Condesa; cada quien lleva consigo un vaso de tequila que de pronto bebe.

—Viví ahí con mis padres —dice Eusebio y señala un edificio enorme de departamentos antiguos; luego me cuenta la vez que se llevó el auto de su padre, un mustang clásico al que estrelló contra un árbol, que también me muestra. Tenía 15 años.

Caminamos, pues, Eusebio y yo, solos, conforme atravesamos una de las calles que cruzan Mazatlán. Ahí las luces de los automóviles y de los lugares próximos lo iluminan un poco, cuando lo tocan. Vamos rumbo a la presentación de uno de sus libros que dará en una casa que funge como galería.

De pronto nos detenemos en un lugar donde algunas personas leen poesía al aire libre. Eusebio saluda a alguien, a la mujer que ha organizado la lectura y quien nos ofrece un pequeño vasito con una muestra de pulque. Mientras lo bebemos nos detenemos un momento a escuchar a un poeta conmovidísimo con sus propias palabras.

Eusebio se recarga a un lado, en una pared, entre las sombras, conforme aquel hombre lee. Y escucha.

Bebe y escucha.

Yo, con la cámara de video que llevo en mano, le tomo una foto.



Fotograma del documental *De cuatro cuerdas*.

<sup>98</sup> Publicado en el perfil de Facebook del autor.

El corazón de la noche es la noche misma. Está en todas partes. Donde esté uno. Sea en la calle, colmada de brillos y pálpitos desbocados; en el antro, ahí donde las mujeres se desnudan y bailan, y bailan y se desnudan sobre la mesa, a solo unos cuantos centímetros de la nariz de los clientes, y aún más cerca; en la esquina donde los travestis caminan voluptuosos, como teas encendidas. La noche, o aún mejor, el corazón de la noche, no está donde el espectador presume su existencia, sino donde la noche lo sorprende a él, donde lo atrapa.<sup>99</sup>

Seguimos nuestro camino hacia el lugar donde Eusebio tiene que presentarse. No es muy lejos de donde nos detuvimos a beber el pulque.

Ahí un hombre lo recibe, literalmente, con los brazos abiertos.

El escritor que es sórdido y dulce se da una vuelta por ahí, por aquella casa de dos o tres plantas donde ya hay varias personas que no solo están para ver la exposición que se exhibe, sino para la presentación que estará a cargo de Eusebio y de un artista, un pintor, alguien famoso sobre de quien nada recuerdo.

Así se pasa una hora, hora y media, después de la hora señalada del inicio.

—Vámonos —me dice, de pronto, Eusebio.

—¿Y la presentación?

—Debió empezar hace una hora.

Afuera lo espera [Juan Manuel Landeros](#), el taxista-librero con quien logro conversar un momento, sobre su relación con Eusebio, bajo la luz de una farola.

No recuerdo si me voy con ellos, con Juan Manuel y Eusebio, a seguir bebiendo.

No recuerdo qué pasa después de esto.

—Respecto a otro de tus temas, que es el alcohol —le pregunto a Eusebio en el luminoso día de aquel sábado por la mañana; tanto él como yo estamos completamente sobrios— ¿cómo te acercaste a él? ¿Cuál fue tu primera copa, te acuerdas de eso? ¿Cómo fue que se volvió para ti recurrente, importante?

Eusebio no recuerda su primer trago<sup>100</sup>, me dice, sin embargo me cuenta que:

—El alcohol siempre me permitió, desde un principio, cuando empecé a beber, me permitió conocerme. Desinhibirme conmigo mismo. Después me fui dando cuenta de que se establecía un enlace humano entre personas adictas al alcohol y yo. Porque había una comunicación, se exacerbaba y se hacía más fuerte. Nunca he tenido problemas, bueno, eso digo yo, nunca he tenido problemas de beber; siempre le encuentro un lado muy amable al alcohol y me permite descubrir la belleza donde solo hay fealdad. Me permite descubrir la bondad donde solo hay sentimientos adversos. Entonces el alcohol es un gran elemento que propicia el acercamiento, la aproximación entre hombres que amen la vida.

Hay quien le tiene miedo. Y hay quien le tiene respeto. Porque el alcohol no suele hablarle de tú a cualquiera. Más bien sondea el terreno, se acerca sigilosamente, atisba. Como si supiera los acontecimientos que provocará.

---

<sup>99</sup>Fragmento de “La noche”, texto que aparece en: Eusebio Ruvalcaba, *Las cuarentonas*, pp.37-38.

<sup>100</sup> [En esta entrevista](#) menciona que a los 17.

El alcohol semeja el brillo de las burbujas en la sangre, sobre todo si se le mira a trasluz. El alcohol se filtra con paciencia en la sangre. Este tránsito de la garganta al corazón le proporciona lucidez y sabiduría a quien lo ingiere. Porque el alcohol se cuaja en lámparas que alumbran las profundidades más insondables.

Muchos se arrepienten de beber alcohol, porque de pronto se les revela otra realidad: la de la estulticia, que es decir la de su verdadero yo. Porque el alcohol es también el camino inverso, la prueba de fuego, aquella que demuestra el verdadero alcance de un hombre, que a veces es paupérrimo. Si los psiquiatras aplicaran esta prueba sobre la psique de un individuo, los resultados serían sorprendentes. Al instante aflorarían las inescrutables limitaciones de un hombre, así como sus sueños —algo que muy pocas pruebas son capaces de detectar.<sup>101</sup>

Bajo la luz amarilla de una lámpara que ilumina su cabeza, delante de un librero atestado, Vicente Quirarte, el brillante ensayista, dice, sentado cómodamente en la sala de su casa, sobre la relación entre Eusebio y el alcohol:

—Lo hace más niño, lo hace más inocente, más juguetero. Yo creo que el alcohol es buen amigo de Eusebio. No es un fantasma que lo destruya sino que sabe convivir muy bien con él y creo que lo pone en su mejor momento.

Padezco una diabetes que no es precisamente lo que podría llamarse mortal. Es decir, sí me va a matar pero no en forma inmediata. Le va a llevar su tiempo. Creo. No soy insulino-dependiente; se manifiesta por medio de lo que los médicos llaman neuropatías. Las padezco hacia la altura del estómago, debajo de las tetillas, de un extremo a otro de los costados y son verdaderamente dolorosas y, hoy por hoy, ni el médico alópata ni el homeópata han logrado curarme. Ni modo, cada vez que me dan —son una especie de agujas por debajo de la piel— tengo que detenerme de una pared, de un mueble o de lo que esté más cerca para no caer. Y según me aseguraron, mientras beba tendré alta el azúcar y mientras tenga azúcar alta, padeceré este castigo divino.

La otra enemiga, digo, es mi esposa.

Desde antes que yo padeciera diabetes, odiaba el trago. Como mi madre. Que hizo un guiñapo de mi padre y de cuya tiranía yo jamás pude librarme. Sin que hubiera mayor pretexto, mi esposa se ponía iracunda desde que me veía dirigirme hacia la cocina, donde tengo mis botellas. “¿Ya vas a emborracharte?”, me gritaba.

Y la verdad no estaba muy equivocada.

Siempre he considerado el trago como el placer por antonomasia de la condición masculina. Ningún otro —sea la mujer, el cigarro, la droga o el juego— provoca tanta aceptación. Y aun a pesar de que cada uno de aquellos individuos sepa los riesgos del acto de beber. Que son muchos y que no voy a repetir, por no ser estas palabras parte de una encíclica.

Mi mujer odia a los borrachos porque los considera los tipos más estúpidos del universo. Dice que la humanidad se divide en mitad hombres y mitad mujeres. Y que de la mitad correspondiente a los hombres, noventa y cinco por ciento son borrachos —es decir estúpidos—, y cinco por ciento individuos dueños de conciencia y principios —es decir aburridos, apuntaría yo. ¿Pues de qué otro modo se puede calificar a los borrachos, que a sabiendas de las consecuencias que provoca el alcohol beben como locos?

Eso dice.

[...] entre más me prohibía beber más lo hacía y ese solo hecho inculcaba mi vida de valor. Me sentía un héroe. Mientras fuera así de testaruda, yo me sentía a gusto en casa. Pero en ese estira y afloja que significa todo vínculo matrimonial, las cosas se pusieron de cabeza. Tengo muy presente el grito que di cuando abrí la despensa de la cocina y donde antes había botellas —de whisky, vodka, tequila y mezcal—, ahora sólo veía aceites de cocina, especias, vinagres y saborizantes de colores.

—¿Y mis botellas? —le pregunté azorado a una mujer sonriente que me contemplaba desde uno de los extremos del comedor, como se mira a un elefante mover la trompa en el zoológico.

—No hay más botellas. Se acabó el vino en esta casa. No voy a dejar que envenenes tu organismo por una estupidez —¡tenía que decirlo!—, ¿entiendes? Lo hago por tu bien. No me voy a quedar con los brazos

---

<sup>101</sup> Fragmento de “El alcohol”, texto que aparece en: Eusebio Ruvalcaba, *Las cuarentonas*, pp.41-45.

cruzados mientras tú te emponzoñas.

—¿Emponzoñarme? Si no estoy tomando veneno de mamba negra —¿de dónde saqué la palabrita?, de un programa que había visto la víspera en Discovery. Punto a mi favor.

Como sea, me quedé pasmado. Jamás me imaginé que ella, mi mujercita linda, hubiera sido capaz de llegar a ese grado. No importaba que mi salud estuviera de por medio. Guardé silencio y me senté en mi sillón favorito. Sentí que las lágrimas sobrevendrían en cualquier momento. Silbé la primera melodía que me vino a la cabeza, con tal de quitar de mi cara esa expresión idiota que acompaña al llanto. Necesitaba hacerle creer que tenía la sartén por el mango. “Por fortuna quedan las cantinas”, dije, “el dinero que me gaste en la calle lo voy a tomar del gasto. Tú te lo buscaste. Y recuerda que en ese gasto van tus maquillajes y tus medias y alguna que otra chuchería que siempre se te antoja”.

—No te vas a atrever a hacer eso.

—¿No? Tú serás la primera testigo.

Ahora la que se quedó callada fue ella. De pronto, entreabrió su exquisita boca y dijo:

—Está bien. Creo que me precipité. Escondí las botellas en el clóset.

—Por mí puedes dejarlas ahí. Ya vi que supiste aprovechar el espacio —dije, y fui a la recámara por una de whisky. Qué sed tenía.<sup>102</sup>

Aún sentado en su sillón, Vicente Quirarte también rememora sobre el tema:

—Nunca sé la siguiente barbaridad que [Eusebio] va a hacer. Como una de las veces que fue a mi casa [¿no estábamos en su casa?, me pregunto], donde tengo la mayor parte de mis libros, cuando se despidió me dijo: “Quiero pasar al baño”. Le dije: “Pasa antes de irte, para qué estás sufriendo”, pero me dijo: “No, me orino en el elevador” [Vicente se ríe nerviosamente]. Entonces me metí a mi casa y de pronto pensé y dije: “Creo que está hablando en serio” [y ríe de nuevo, de la misma nerviosa forma], entonces salí con una jerga y una cubeta porque “se me hace que sí se hizo pipí”, y no, no lo había hecho.

Luego de sonrojarse, y de sonreír, Vicente Quirarte aclara:

—Esto lo menciono porque Eusebio tiene esa doble vertiente: era capaz de haberse hecho pipí en el elevador, pero también tenía la suficiente elegancia espiritual para no hacerlo y no meterme en un lío; es decir, él tiene siempre esa doble vertiente: la travesura, la desacralización, pero siempre un gran respeto por el otro.

Poco después Vicente disecciona, como solo una persona que conoció a la otra más de treinta años puede hacerlo, la personalidad ruvalcabiana:

—Eusebio es un hombre de una sensibilidad mucho más exquisita de la que él mismo piensa; yo creo que en él hay estas dos personalidades que de ninguna manera son una simulación, sino que viven dentro de sí dos personajes, dos hombres viven en su pecho: el Dr. Jekyll y el Mr. Hyde; el gran conocedor de la cultura musical de occidente, el gran analista, el gran melómano, al lado de este otro creador que se puede permitir todos los excesos.

—¿Siempre es el mismo Eusebio, el que vemos en cada uno de los géneros? —le pregunto a Ruvalcaba en el parque del centro de Tlalpan.

—Siempre. El que se equivoca pero vuelve a insistir —me contesta, aunque en el slogan de su blog asegure que: “Nadie se baña dos veces en el mismo Eusebio”. Una frase que estaba grafiteada, por él mismo, en la pared de la buhardilla que alguna vez rentó en la Villa Panamericana.

---

<sup>102</sup> “Mi mujer odia a los borrachos”, [texto publicado en el portal de Nexos](#) el 1 de marzo de 2017.

He escrito tantas palabras, le he faltado tanto el respeto a los rostros que se ocultan en cada letra, que la vida me ultima en cada copa que bebo. Y no puedo dejar de hacerlo. Ni escribir ni beber. Creo que escribir es estar al borde del precipicio (acción y efecto de precipitarse). Pues bien, tenemos esa ecuación irrefutable: letras + alcohol = soledad. Nadie tiene por qué soportar los extravíos de un bebedor irresponsable. Pero es que cada palabra que escribo me acerca más a la brasa que permanece por debajo de la ceniza que es mi piel. Soplarle a esa ceniza equivale a la mano caritativa que raspa mi rostro hasta quitarme la coraza. Esa mano caritativa es la que me invita a beber. Perder el control en la vida y en la escritura. De eso se trata. Irse de bruces. Si no lo haces cuando escribes o cuando bebes ya no lo hiciste nunca.

[...] Las palabras y el alcohol van de la mano. Las palabras extraen lo peor de ti. El alcohol extrae lo peor de ti. Siempre se está a un paso de escribir. Cada palabra es una obcecación. Siempre se está a un paso de beber. Cada trago es una obcecación. Aún mayor. Detrás de cada palabra hay una lucha sangrienta. Cada palabra finalmente ve la luz porque ha logrado sobreponerse al infortunio. Cada palabra es sobreviviente.

[...] El precio que se paga por cada palabra es alto. Tan alto como el hundimiento. Caer en el vacío más negro es el precio que se paga por que aquellas palabras aparezcan acomodadas siguiendo una suerte de ritual. Bien acomodadas en una hoja. Tan bien formadas como un grupo de niñas en la ceremonia de la bandera. Todas mirando atentamente el emblema nacional. Así miran las palabras a quien las lee. Riéndose socarronamente. Primero a quien las escribe y después a quien las lee. Así mira el trago a quien lo va a beber.<sup>103</sup>

En su libro *Poder leer es ya no volver a estar solo*, Víctor Roura escribe acerca del trabajo de Ruvalcaba en el libro de cuentos *Clint Eastwood, hazme el amor*. En dicho texto Roura profundiza sobre las motivaciones escriturales, incluso estéticas, que llevan a un autor a escribir sobre el alcohol, sobre el alcoholismo, sobre los alcohólicos, y establece, finalmente, la comparación (quizá nunca antes consignada en un texto) entre Eusebio y Charles Bukowski:

En el volumen *Clint Eastwood, hazme el amor* (Nueva Imagen, 1996), cuyo contenido versa sobre aquellos que beben y en la bebida descubren un mundo distinto o incluso ellos mismos se descubren con otras personalidades, o las mismas nada más que durante el descubrimiento del alcohol se miran de forma más nítida. Los veinticinco relatos, tal como se dice en la contraportada, se zambullen en el “febril y alucinante universo del alcoholismo”.

Y su autor, Eusebio Ruvalcaba —buen bebedor él mismo—, vaya que sabe contemplar a los buenos bebedores, y también a los malos, pues sus descripciones son correctas [...] En “Aquel cuyos ojos se colman de lágrimas”, Ruvalcaba cronica al hombre demasiado sensible que, al beber, mira con hondura la aparente trivialidad de las relaciones sociales. El personaje, sin nombre, como todos los personajes de este libro —que carecen de nombre porque, de algún modo, representan al hombre en su generalidad [...]

Si bien Charles Bukowski ya había incluido en distintos libros a personajes inmersos en el alcohol, Eusebio Ruvalcaba lo hace no con la costumbre bukowskiana del desprecio, la ingratitud o la indiferencia, sino buscando los resquicios humanos: el bebedor es también un ciudadano. Con Bukowski, los bebedores a veces son seres despreciables a quienes no les importa sino la búsqueda de sus satisfacciones éticas. Bukowski, sin querer, encasilló a un personaje del alcohol que es, a la vez que agudo, un desganado aburrido, a la vez que rebelde impaciente, un conservador desabrido. Como Bukowski era, además, alcohólico, sus personajes forzosamente se parecían a él de manera inconmensurable. Y sabemos que no todos los bebedores tienen ese negro humor bukowskiano. En Eusebio Ruvalcaba encontramos otro aromático abanico. No están todos los bebedores que son, pero los que están son, sin duda, un muestrario inédito de esa gloriosa estirpe que vive su vida ingiriendo bebidas para amainar, tal vez, el peso de la vida misma o para, quizás, vislumbrarla con otros ojos que parecieran no ser los suyos rutinarios.

[...] En *Clint Eastwood, hazme el amor* se rompe, de muchos modos, el mito del etiquetado personaje literario del alcohólico [...] Hay veinticinco opciones, veinticinco exhibiciones, veinticinco noches

---

<sup>103</sup> “Confesiones hemipléjicas”, texto aparecido en: Eusebio Ruvalcaba, *Una cerveza de nombre derrota*, Almadía, 2005, p.121.

de alcohol, casi un mes transitado con protagonistas que beben brutalmente y que, por lo mismo, en ocasiones, el ingenio pierde el rumbo y el beodo extravía, en efecto, su camino. Porque no todos los que beben saben beber, pero los que saben beber merecen, a qué dudarlo, un cuento.

[...] El bebedor es, acaso, la persona que más palabras tiene en su catálogo vivencial. ¿Cómo entonces no narrarlo? ¿Cómo dejarlo fuera del ámbito literario?<sup>104</sup>

La leo uno de esos días, sentado en mi escritorio en la editorial donde trabajo entonces, mientras reviso su blog.

Para mí es una costumbre abrirlo casi todos los días, mientras trabajo, para leerlo. Leer a Eusebio me hace más llevadero el día.

Llevaría acaso tres capítulos publicados y de inmediato pienso que es una novela que vale toda la pena.

Vislumbro, sin exagerar, una obra maestra.

Le escribo un correo electrónico inmediatamente para preguntarle si tiene planes de publicarla en formato de libro, o si lo hará solo en su blog. Pronto me contesta que no tiene planes más allá de lo virtual.

Me sorprendo y siento que alguien está dejando pasar esto. No él, sino algún editor.

Así que se lo comento a Enrique Calderón, quien es mi jefe inmediato, editor del sello Debate en Random House Mondadori.

Como hago a menudo, y como lo hacen la mayoría de mis compañeros todos los días, me siento frente a él, en su escritorio, y Enrique me recibe sonriendo.

Le pregunto:

—¿Te gusta Eusebio Ruvalcaba?

—Sí. Bastante —y agrega—: lo conocí en la prepa gracias al texto “[Chavos: fajen, no estudien](#)”, que leí en la columna que tenía en *El Financiero*. Me cambió la perspectiva.

Entonces le cuento de la novela que Eusebio está escribiendo, y le digo que sería bueno echarle un ojo. Que ahí hay algo importante, le digo. Que la novela lo dice casi todo con su título: *Todos tenemos pensamientos asesinos*.

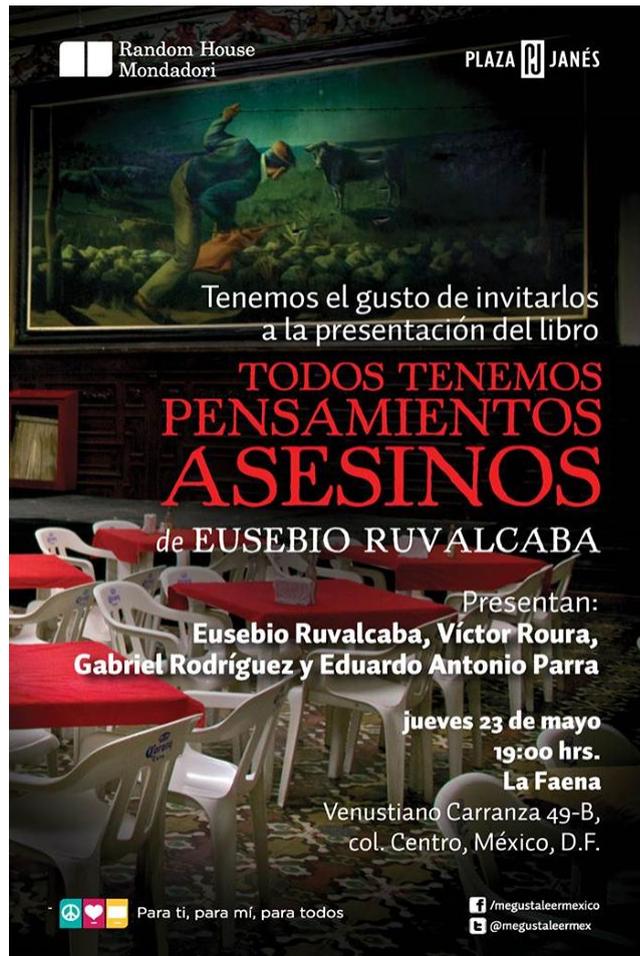
Al final, luego de hablar con nuestro jefe inmediato, Andrés Ramírez, Enrique y yo logramos meterla en el plan editorial del año y se publica a través del sello Plaza y Janés, en algún momento del 2013.

Con eso, con el adelanto que le dieron por su libro, sentí que le había pagado a Eusebio todo lo que le debía en dinero por el taller que siempre me dio gratuitamente.

No mucho después, la novela se presentó en la cantina que está retratada en la portada: La Faena, ubicada a su vez en el centro de la Ciudad de México.

---

<sup>104</sup> Víctor Roura, *Poder leer es ya no volver a estar solo*, Lectorum, 2014, pp.571-573.



Cartel de la presentación.

El lugar está a reventar. Lo acaparan los presentadores y un montón de conocidos y amigos de los presentadores, que ya están listos sobre la mesa. Enrique se suma a ellos.

Me siento hasta el fondo de la cantina. La presentación transcurre entre tragos, música y risas hasta que ocurre una riña, que protagonizo: termino recibiendo un puñetazo en la cara que siento como una caricia.

—¿El alcohol te ayuda para escribir? —le pregunto a Eusebio, un par de años antes de eso.

—No es que necesite del alcohol para escribir, pero sí me ayuda, porque en este proceso de conocimiento de uno mismo la escritura necesita verse impulsada a través de varios vectores, y con el alcohol de pronto bebo y me urge tener a la mano un cuaderno para escribir lo que empieza mi cabeza a generar, a multiplicar una tras otra ideas que exigen ser escritas. Aunque después venga el proceso de limpieza y de darle mejor acabado a esas palabras. Pero sí hay algo fuerte que me obliga a escribir bajo el manto del alcohol. Esto no es una fórmula. Cada quien sabe sus modos de escribir. Yo sí lo necesito, necesito beber seguido y cada vez más.

Pocos, escasísimos poetas resisten la prueba  
de fuego de ser leídos durante una cruda mortal.  
Ordena uno su trago,  
se abre el libro donde caiga,  
o, si se trata de un libro conocido,

se lo abre en uno de los poemas favoritos,  
justo ahí donde está el separador o el subrayado.  
Y de pronto aquel poeta se reblandece.  
Se va haciendo agua hasta que gota a gota  
va a dar al suelo.  
Naturalmente que nadie somete la poesía a estas  
pruebas. La poesía es sublime.  
Tan grande, tan solemne, tan importante,  
que no es para leerse en una cantina  
donde todo es vulgar, procaz, inhóspito. La poesía  
debe leerse en las aulas universitarias,  
las alcobas cuando han sido prolijamente aseadas.  
O también en el avión  
o, a lo más, en el café. La feroz cruda todo lo echa  
a perder. Pero también ayuda. Esto es extraño.  
¿Cómo va a ayudar una cruda? Simplemente  
coloca al lector en el umbral de la muerte.  
Algo que un abstemio nunca podrá sentir.  
Entonces se lee sin complacencias.  
Porque no hay atrás de ese acto de leer un afán  
que vaya más allá del acto de leer.  
Nadie se preocupa por someter  
la poesía a un análisis riguroso.  
Sencillamente se trata  
de no quedarse dormido, de que la poesía  
te dé una mano,  
te ayude a entender que estás vivo,  
de que entre poesía y cruda  
sacudan tu espíritu  
levanten tu mano y te permitan  
ordenar la siguiente.  
La cruda no se deja sobornar –la poesía sí.  
No admite concesiones.  
Nada de quedarse  
en la superficie del lenguaje,  
por más apacible y sugestivo que parezca.  
De algún modo la cruda te obliga a ser honesto.  
Los crudos nunca dicen cosas importantes,  
pero sí profundas. De dos centímetros  
de profundidad. Cosas hechas de jirones  
de vida, resabios de una existencia  
que está por irse. Los crudos se sienten miserables.  
Los persigue una angustia que no los deja  
ni marcar el teléfono. Sudan  
todo el tiempo.  
Las manos les tiemblan, y lloran a la menor  
provocación. Creen que el mundo se va a acabar  
a la vuelta de la esquina. Por eso desconfían de todo.  
Porque no saben  
dónde se va a producir  
el primer golpe. Y, acaso por eso, aquilatan como nadie

la dulzura  
y la comprensión. Aunque sean unas cuantas gotas.  
Porque si no le entra la desconfianza.  
Leer en una cantina aísla más al individuo.  
Lo pone más en contacto con su mundo interior.  
Una cantina no es una biblioteca. Y digo que aísla  
más al individuo porque es él y el libro.  
Afuera el mundo bulle. En forma de violencia o de  
arte, de desplomes  
financieros o de encuentros amorosos  
afuera nadie se detiene a pensar  
en ese lector encontrándose con la poesía.  
Un encuentro intrascendente.  
Aquí no hay suplementos ni canales  
culturales para tomar nota.  
Nadie le pide una entrevista  
a un crudo  
para saber cuáles son sus libros de cabecera.  
Nadie se acerca a un crudo para mirarle los ojos  
mientras lee. Para captar en su mirada  
esa chispa de misericordia divina,  
de que aún le está permitido leer ese poema.  
El crudo no tiene más elementos para gustar  
de un poema de los que tiene un niño.  
Ambos sienten en carne propia el misterio  
de la poesía. Ambos levitan cuando escuchan  
o leen ese poema.  
Tal vez por eso un crudo lee un poema como si  
fuera el último.  
Porque está harto de palabras.  
Quiere hechos. Quiere sentir.  
Quiere que el poema le haga sentir cosas.  
Sentir alivio o conmiseración. Si ya siente  
sobre sí toda la podredumbre humana,  
es justo que el poema le retribuya piedad.<sup>105</sup>

—¿Qué es lo que más te gusta beber, maestro?

—En pocas palabras bebo lo que son las circunstancias. Pero whisky, tequila, vodka, mezcal. El mezcal lo bebo bastante. Vino tinto. Todas estas son bebidas a cuya puerta toco para que se me abran horizontes. Además, con alcohol se vuelve uno más sutil para conquistar a una mujer, más exquisito, más inteligente.

En torno a Eusebio están varios de sus alumnos, en su buhardilla de la calle Zapote en Tlalpan, el último lugar que habitó.

---

<sup>105</sup> Fragmento del poema “Piedras heridas”, contenido en el libro *El frágil latido del corazón de un hombre*, Nula, 2006, p.15-17.

La escena parece la de Cristo en la montaña: un predicador, un maestro, y sus alumnos que lo escuchan.

Eusebio cuenta una anécdota sobre Silvestre Revueltas, el maestro que, abandonado de sí mismo, caminaba las calles de la Ciudad de México hecho un desastre. Eusebio cuenta esto y al final dice:

—Necesito un mezcal para mi dulce persona.

Sus alumnos ríen y entre las risas no logro distinguir qué más se dice. Alguien le escamotea el chiste.

Eusebio rezonga:

—Por primera vez me hago un cumplido a mí mismo y tú te burlas.

Y justo eso pienso. Que por primera vez Eusebio dice algo muy bueno sobre sí, algo que va más allá del autodesprecio, jamás en el camino de la soberbia, y se pierde entre risas.

Eso, su dulce persona, que todos los que tuvimos la oportunidad de estar en torno suyo siempre vimos, que siempre hemos visto, asoma la cabeza por su boca.

Eusebio es el narrador duro, crudo e incompaciente, sí, pero también el dulce, tierno, lleno de generosidad y alegría para con los suyos.

—¿Crees que hubiera sido lo mismo sin alcohol? —le pregunto. Él sonrío en la mañana que aún nos cobija.

—En mi caso, no. Sería... Yo creo que ni siquiera me hubiera dedicado a la literatura. Sí necesité del alcohol como de un ángel guardián.

—¿Crees en Dios, maestro?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque fue para mí una figura paterna muy fuerte; me imponía normas, preceptos; había una interacción con él. Le pedía cosas a cambio de otras y siempre le fallaba, nunca cumplía mis promesas. Pero en el fondo de mi corazón, para mí su presencia fue siempre así, bienhechora. Renegué muchas veces de esa credulidad, sobre todo en mi época de adolescente. Pero soy un hombre de fe. No sé si tengo momentos de introspección profunda cuando voy a un templo, que es muy de vez en cuando, pero sí me pega en el corazón, me llega mucho.

Siempre he pensado que Dios podría prolongar el instante de mi muerte si me encontrara escribiendo. No porque estuviera yo pergeñando una obra maestra ni mucho menos. Simplemente por piedad. Acaso se tentara el corazón y permitiría que un hombre común y corriente finiquitara su trabajo. Eso es todo. Que es mucho y no es nada. Precisamente porque escribir es una faena humilde. De los trabajos más humildes que existen. Se nutre de la vida —hasta cierto punto un escritor es un sacerdote—, y la vida no es para maravillar a nadie. Nos aniquila, nos apabulla. Nos torna ignominiosos. O bien, nos vuelve insípidos y despreciables. La vida siempre tiene cuentas pendientes con nosotros. Nunca se está a mano con la vida. Nos lleva un tramo. Igual a la distancia de la boca del pozo que hasta el fondo mismo. Donde yace la muerte. Se anticipa a nuestra ingenua voluntad de vivir. Un poco más. No mucho. El tiempo suficiente para concluir un poema —así sea su lectura, que también cuenta.<sup>106</sup>

---

<sup>106</sup> Apartado “III” del texto “Siempre hay tiempo”, publicado en el libro póstumo *Los ojos de las mujeres. Aforismos desde el umbral*, El tapiz del unicornio, 2019, p.120.

Es 2011. En la Feria del Libro del Palacio de Minería se celebrará un homenaje al escritor mexicano Eusebio Ruvalcaba por parte de la editorial Almadía, conmemorando la segunda edición de *Una cerveza de nombre derrota*, libro con el cual la editorial comenzó a dar sus primeros pasos.

Llego a tiempo y me siento en las sillas de enfrente. Conmigo llevo una anforita improvisada, un envase de agua pura que contiene tequila blanco. Frente a mí, a un lado de la mesa principal donde ya está Eusebio junto con Armando González Torres, Carlos Martínez Rentería<sup>107</sup> y José Luis Martínez, está el editor de Almadía, Guillermo Quijas, a quien le ofrezco un trago de mi botella.

El pequeño salón está que revienta; hay gente de pie y gente esperando por entrar. Gente que nunca entra.

Cada uno de los ponentes da su respectivo discurso previamente escrito, hace su respectivo chiste, o suelta un elogio sincero y pondera la amistad con el autor más reconocido de lo que él mismo es capaz de reconocer.

Cuando le toca hacer uso del micrófono, Eusebio, quien viste un traje gris y el cabello lo lleva un tanto largo, crecido, también gris, lee un texto al que titula “Homenaje”, que no es más que un resumen cáustico de su propia existencia:

—Crecí con la palabra *homenaje* en mis oídos. Era de lo más común que mi señor padre recibiera homenajes, lo mismo provenientes de las instituciones que de los propios músicos; “Higinio”, le llamaba el director de la orquesta sinfónica de Guadalajara, o de Xalapa o de Mérida, “vente pronto, que te queremos hacer un homenaje”, y aunque yo era muy joven tenía cabeza para juzgar que se trataba de un homenaje merecido. Ahora lo recibo yo y no entiendo las razones. Cuando la editorial Almadía me hizo saber la noticia, yo respondí que era inmerecido, que cuando menos podía mencionar cinco escritores que se lo merecían mucho más que yo. Quien esto firma carece de méritos literarios; he escrito acerca de mi padre, y yo solo quería desentrañar el uso del punto y coma; he escrito acerca de la mujer, del amor, de la venganza, de la piedad, del alcohol, de un chico que se va de su casa, y yo solo quería dirimir el uso del punto y seguido. He escrito acerca del odio, de las cuarentonas, de los chavos, de aquel violinista fracasado que se dedica a proteger a las putas [¡LARGA VIDA A EUSEBIO RUVALCABA!, se le escucha gritar a alguien; es la voz de Jorge Arturo Borja. “Gracias”, le dice Eusebio] que en las noches camina por las calles de su casa y emite sonidos terribles para que sus hijos no la molesten, y yo solo quería indagar la especificidad de los párrafos. He escrito acerca de la maldad, de los celos, del deseo, de la escritura, del encantamiento que se habrá de descubrir de una obra literaria, y del cual habla Stevenson; de la sintaxis, de la adjetivación, del soneto, del arte de escribir una novela, y créanme, no estoy bromeando, lo único que yo pretendía era usar adecuadamente las preposiciones. Pero sobre todo he escrito de música, de mis amigos y de la música. La literatura me ha acercado al corazón de los hombres, que eso es lo único que de verdad importa, por encima de los premios, de que tu novela sea llevada al cine, de que vendas cien mil ejemplares, por encima de todo eso, el verdadero premio literario es tocar el corazón de un hombre. Digo que he hecho cantidad de amigos gracias a la palabra escrita, yo, que solo quería escribir correctamente la palabra *absceso*, terminé rodeado de amigos, porque en el fondo no soy amiguero, en el fondo, mis amigos lo saben, prefiero la soledad,

---

<sup>107</sup> Fallecido recientemente, también un 7 de febrero, pero cinco años después que Eusebio, en 2022.

esa mujer que solo se va con los derrotados. Pero mi hígado manda sobre mi voluntad y siempre, inequívocamente, estoy donde están mis amigos. En la misma medida que he escrito de mis amigos, de sus fantasmas, de sus miedos, de sus atisbos de vida, de sus padecimientos, de sus mujeres, en esa medida misma he escrito de música. De Beethoven caminando contra la tormenta, lo que le originó la sordera; de Mozart, desvalido porque al final de su vida tuvo que vender su caballo, al que adoraba, para no morir de hambre; de Schubert, que cargó el féretro de Beethoven y que esa misma noche externó un brindis premonitorio: *Brindo, dijo, porque el próximo músico que muera sea yo*. Y lo fue. De Mendelssohn, cuyo padre le regaló una orquesta, oyeron ustedes bien, regaló, para que estrenara sus obras; el joven Mendelssohn andaba por los doce años; de Haydn, de papá Haydn, como le decían sus amigos, que llegó a decir: *Mi esposa me lo ha quitado todo, menos el buen humor*; de Sibelius, que cuando veía los aviones rusos cruzar el cielo de su amada Finlandia les arrojaba piedras; de Schumann, el trágico, a quien la vida dotó de una mujer pianista y sublime, y a quien la misma vida le arrebató la cordura; de Chopin, del que su corazón no reposa en París como algunos creen, y otros se decepcionan, sino en su natal Polonia; de Silvestre Revueltas, a quien venero, y no nada más por su música; de Tchaikovsky, quien por su homosexualidad fue obligado a beber agua contaminada de cólera. Para terminar esta lista que ya resulta ardua, déjenme decirles que también he escrito de Brahms. De Johannes Brahms. Pronuncio esas dos palabras y me acomete el llanto. En oleadas sucesivas su música penetra y eleva mi espíritu, y no solo cuando lo oigo y la emoción, la belleza y el entendimiento se apoderan de mí. Donde está la vida, estaba él. Cierta vez se incendió el orfanatorio vecino cerca de la casa de huéspedes donde vivía. Salió de inmediato a ayudar a apagar el fuego. Alguien lo reconoció y lo invitó a que regresara a su casa y salvara su música. Brahms respondió: *toda la música no vale la vida de un niño*. Y por último, también he escrito acerca de mí. Escribir acerca de Eusebio Ruvalcaba me permite reírme de mí mismo, lo cual es una gran ventaja. Es lo que me mantiene joven. Bueno, más o menos joven. Gracias.

Los aplausos llenan el recinto. La presentación termina ahí.

Poco a poco la gente vacía el espacio, y Eusebio se queda en una mesa para firmar sus libros a los lectores que se forman esperando un autógrafo, y que pacientes esperan, pues Ruvalcaba se detiene al menos un momento con cada uno.

Veo un correo electrónico de 2010, en el que le escribo a Eusebio por primera vez.

En él le planteo la posibilidad de hacer una entrevista (que resulta ser la del parque en el centro de Tlalpan, hecha en 2011) y le menciono lo mucho que me gustó uno de sus textos. Se trata de "[Resiste](#)". Lo leí una vez, publicado en el "Hasta atrás" de la revista dominical *Día siete*, que se publicaba junto al periódico *El Universal*. Aquellos años en que Alejandro Páez Varela codirigía ambas publicaciones.

A Alejandro lo entrevisto un día, pero ya en las oficinas de *Sin Embargo*, ubicadas en algún punto, unas cuadas adentro, de Paseo de la Reforma.

En una de sus pequeñas pero muy bien iluminadas salas, Alejandro, paciente, amable, y con la certeza que caracteriza a su propia escritura, dice sobre Eusebio:

—Estamos hablando de uno de los escritores más completos de México; posiblemente, para mi gusto, de su generación, el más completo, por la cantidad de textos que ha escrito y los géneros que ha explorado —su mano derecha se mueve, busca, acaricia la mesa que tiene frente a sí, y luego de contarme cómo lo conoció en una fiesta, continúa—: Eusebio, para empezar, es un tipo que ha utilizado las letras como un vehículo de escape personal. Porque mucho de lo que hay ahí es Eusebio Ruvalcaba; no está buscando explorar ninguna otra cosa que su interior, y eso es lo que lo hace legítimo, lo que lo hace tan vigoroso. El hombre ha pasado de un ensayo sobre las cuarentonas a la poesía más vívida, una poesía llena de historias personales; de la oscuridad de la noche, sus aventuras, su propio vivir, sus vivencias, etcétera. Entonces, en su literatura, va caminando él mismo y va caminando con pasos muy ciertos, porque Eusebio Ruvalcaba, yo creo, también, de su generación, estamos frente a uno de los gigantes, y no reconocidos, porque también hay que decirlo: no es un tipo que haya recibido ni todos los premios ni todos los reconocimientos. Creo que se merece muchísimo más.

—Encuentro en él una congruencia absoluta —dice Vicente Quirarte, en la tenue oscuridad de la sala de su casa—. No ha cambiado de manera sustancial, sigue siendo el rebelde, el iconoclasta, sin embargo, lo que más admiro en él es esa capacidad que tiene para poder combinar ese desenfreno vital, esa entrega a todas las pasiones y todos los apetitos que la vida nos ofrece, pero alternándola con una disciplina y con una entrega absoluta a su vocación. Me sorprende la capacidad de trabajo de Eusebio Ruvalcaba, su diversidad de géneros, su capacidad para hacer un libro de poemas, una crónica, un artículo musical; su extraordinaria capacidad para construir historias, sus cuentos, sus novelas. Creo que es de los pocos escritores mexicanos que puede darse el lujo de decir que en verdad la fama, el prestigio del aparato publicitario, lo tiene sin cuidado.



Fotograma del documental *De cuatro cuerdas*.

—¿Cuántas veces te casaste? —le pregunto a Eusebio, con la entrevista a nada de concluir.  
—Dos veces.

—¿A qué edades?

—La primera a los diecinueve años, y la segunda a los treinta y siete, treinta y ocho.

—Y de ahí tienes cuatro hijos.

—Cuatro. Dos del primer matrimonio y dos del segundo, y se llevan 20 años entre sí. Mi hija Flor tiene cuarenta años y mi hijo Alonso treinta y ocho, son los del primer matrimonio; y del segundo matrimonio, mi hija Érika Coral ya va a cumplir veinte y mi hijo León Ricardo ya va a cumplir dieciocho. Y bueno, pues, les di lo único que les puedo dar, que es amor. Y les dejé una fortuna en palabras, nada más.

—¿Qué significa para un escritor, o para ti, simplemente, tener hijos? —pregunto de nuevo, sin saber muy bien por qué.

—Significa enfrentarte a la vida cotidiana todos los días y ganarte el pan. Porque si tienes hijos no puedes fallar. Yo siempre seguí los dictados de la pasión, pero jamás, jamás he faltado a un trabajo ni por una hora. Nunca he dejado de entregar una colaboración, y de eso sí me puedo jactar. Esa es la única herencia que les puedo dejar a los chavos: que tienen que trabajar. Entonces eso me lo dio el tener hijos: te empuja contra la vida, no tienes vuelta de hoja más que enfrentarte todos los días a eso. Así sea que seas el más de los alcohólicos, el más incompaciente, no cuenta. Tienes que hacer las cosas como están dictadas.

Nadie se muere a la mitad de un poema  
ni en el momento de declarar su amor  
o de recibir la llamada del triunfo.

Se muere de noche: cuando dios  
alguno nos protege y la oscuridad  
espanta a los audaces y a los niños.

Se muere de día, en la pulcra cama  
de un hospital; o a media tarde, cuando  
el sacerdote está por marcharse.

Aunque, señores, los amorosos afirman  
lo contrario: en realidad se muere  
siempre, cada minuto; en cuanto se viva.<sup>108</sup>

—Eusebio, ¿qué te gustaría que dijeran de ti después de muerto?

—Pues, salud por Eusebio. Y que brindaran. Eso.

---

<sup>108</sup> “La muerte escoge la mejor hora”, poema incluido en el libro *El argumento de la espada*, IPN, 2016, p. 70.

## Posfacio

### *Invocación de Eusebio*

La música todavía suena.

Algunos seguimos sentados en la sala del velatorio. Me pongo de pie y me acerco al féretro, que está cerrado. Cuando coloco mi mano sobre este, la música deja de sonar.

*Adiós, Eusebio*, digo, para mí mismo, esos segundos que dura el silencio.

Luego vuelve la música.

Hay un brindis y una lectura de sus poemas.

*Salud, Eusebio, salud*, decimos con las copas improvisadas hacia el cielo.

No mucho después me voy. Con mi traje, mi camisa y mi corbata todos negros.

El velorio de Eusebio, sin embargo, no transcurrió tan tranquilo.

Hacia la noche se formó una valla humana que le impidió el paso a la última musa de Ruvalcaba: Mariana, la mujer que, según él mismo, fue a la que más amó.

La trifulca fue protagonizada por los bandos que a favor de Coral o de Mariana se formaron (desde entonces y hasta hoy).

Hubo empujones y gritos, a decir de quienes estuvieron como testigos.

Luego, no mucho después, Mariana por fin pudo pasar y todo volvió a la calma.

Comemos en una cantina. Un par de alumnos del taller y yo.

Y aunque me dicen que nos quedemos a beber, “como habría querido Eusebio”, me retiro. Muy cerca de ahí tengo una clase de guion a la que llego así: vestido de luto.

No beberé por mi maestro sino mucho después. Casi dos años.

Su nombre me acompañará desde entonces, y desde entonces no dejaré de hablar de él. De citarlo, de utilizar alguna de sus frases en lo cotidiano o como epígrafe en alguno de mis textos.

No dejaré de soñarlo. No dejaré de invocarlo.

Porque: *Antes que de palabras y preposiciones,*

*los hombres estamos hechos de huesos*

*y vísceras*, como alguna vez escribió.

Y porque mi trabajo de escritor se lo debo. En gran medida.

Por eso heme aquí, con este trabajo que demoré diez años en escribir y en el que muchos nombres, lugares y palabras seguirán faltando. No lo dudo.

Para mí es una deuda moral, de honor, continuar en el camino de la palabra escrita en nombre de su legado.

# Fuentes de información

## Bibliografía básica

1. Arfuch, Leonor, *La entrevista, una invención dialógica*, Paidós, 2010.
2. Bukowski, Charles, *Lo que más me gusta es rascarme los sobacos (Fernanda Pivano entrevista a Bukowski)*, Anagrama, 1983.
3. Carr, David, *La noche de la pistola*, Libros del K.O., 2017.
4. Guerriero, Leila, *Zona de obras*, Anagrama, 2015.
5. Grijelmo, Álex, *El estilo del periodista*, Taurus, 2009.
6. Malcolm, Janet, *El periodista y el asesino*, Gedisa, 2004.
7. Monsiváis, Carlos, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, ERA, 1981.
8. Sefcovich, Sara, *Vida y milagros de la crónica en México*, Océano, 2017.
9. Wolfe, Tom, *El nuevo periodismo*, Anagrama, 1988.

## Cibergrafía

1. Eusebio Ruvalcaba. Nadie se baña dos veces en el mismo Eusebio. Consultado el 09-05-2022, <https://eusebioruvalcaba.wordpress.com/>
2. Fundación Eusebio Ruvalcaba. Consultado el 09-05-2022, <https://www.eusebioruvalcaba.com/>
3. Mónica Maristain, “Adiós Eusebio, tan grande, tan solitario”, *Sin Embargo*. Consultado el 09-05-2022, <http://www.sinembargo.mx/11-02-2017/3149417>
4. <http://editorialpharus.org/index.php/2017/02/13/eusebio-ruvalcaba-57-hombres-y-una-mujer/>
5. Juan Jacinto Silva, “Chebo”, *Desocupado*, Consultado el 09-05-2022, <http://revistadesocupado.com/noticias/noticias?n=624999ce5da194f03ee1a58f2b0b64af>
6. Emiliano Pérez Cruz, “Eusebio, entre el cálido plumaje de la eternidad”, Kaja Negra, Consultado el 09-05-2022, <http://kajaneegra.com/eusebio-calido-plumaje-la-eternidad/>
7. Rodrigo Martínez, “Por el puro morbo: sobre una estética de los excesos y la transgresión”, *Punto de Partida*, Consultado el 09-05-2022, <http://www.puntodepartida.unam.mx/index.php/245-punto-de-partida/no-0129/422-0129-el-resenario-por-el-puro-morbo>
8. Francisco Valencia Castillo, “Desde la tersa noche de Eusebio Ruvalcaba”, Eusebio Ruvalcaba. Nadie se baña dos veces en el mismo Eusebio, Consultado el 09-05-2022, <https://eusebioruvalcaba.wordpress.com/2013/08/06/863/>
9. “En memoria de Eusebio Ruvalcaba”, *Chilango*, Consultado el 09-05-2022, <http://www.chilango.com/cultura/nota/2017/02/08/en-memoria-de-eusebio-ruvalcaba>
10. Javier García-Galiano, “Responso por el melómano”, *El Universal*, Consultado el 09-05-2022,

- <http://www.eluniversal.com.mx/entrada-de-opinion/columna/javier-garcia-galiano/cultura/2017/02/17/responso-por-el-melomano>
11. Jorge Arturo Borja, "Ruvalcaba tallerista o el ejercicio de la maestría", Para qué te voy a mentir. Literatura, Alcohol y Vida, Consultado el 09-05-2022, <http://ojeteperro.blogspot.mx/2017/06/ruvalcaba-tallerista-o-el-ejercicio-de.html?spref=fb>
  12. "La tumba del alacrán", un libro póstumo de Eusebio Ruvalcaba", Aristegui Noticias, Consultado el 09-05-2022, <http://m.aristeguinoticias.com/2407/cultura/la-tumba-del-alacran-un-libro-postumo-de-eusebio-ruvalcaba/>
  13. Hugo Roca Joglar, "La mesa de Eusebio Ruvalcaba", *Milenio*, Consultado el 09-05-2022, [http://m.milenio.com/cultura/mesa-eusebio\\_ruvalcaba-centro\\_tlalpan-katsina-cafe-mesa-hugo\\_roca\\_joglar-milenio\\_0\\_1069693041.html](http://m.milenio.com/cultura/mesa-eusebio_ruvalcaba-centro_tlalpan-katsina-cafe-mesa-hugo_roca_joglar-milenio_0_1069693041.html)
  14. "Higinio Ruvalcaba", YouTube, Consultado el 09-05-2022, <https://www.youtube.com/watch?v=7w4Zxz6rcss>
  15. Eusebio Ruvalcaba, "Beethoven en el Reclusorio Norte"- leído por Sarafí Cabral, Soundcloud, Consultado el 09-05-2022, <https://soundcloud.com/user-449874883/beethoven-en-el-reclusorio?fbclid=IwAR3XQ913P-7TvtXUx7mFawdyVJ2uJmIcZOHsRwEtatUUNlxJWRRz3YUAFfk>
  16. Centro Mexicano de Escritores, Enciclopedia de la literatura en México, Consultado el 09-05-2022, <http://www.elem.mx/institucion/datos/308>
  17. Eusebio Ruvalcaba, Enciclopedia de la literatura en México, Consultado el 09-05-2022, <http://www.elem.mx/autor/datos/971>
  18. Eusebio Ruvalcaba, "George Hal Bennett", Eusebio Ruvalcaba. Nadie se baña dos veces en el mismo Eusebio, Consultado el 09-05-2022, <https://eusebioruvalcaba.wordpress.com/2013/07/11/836/>
  19. Eusebio Ruvalcaba (Guadalajara, 1951) – Correo del Libro – Educal, YouTube, Consultado el 09-05-2022, <https://www.youtube.com/watch?v=pixG89R9Yj4&fbclid=IwAR0A7LRcPG1HBvm7xKYlsRpnYTe6HA2qGr3hiHLEerIdgAZzp3O83KBCJPK>
  20. Arturo J. Flores, "Eusebio Ruvalcaba: 'Negocio mi vida con el alcohol'", *Playboy*, Consultado el 09-05-2022, <https://www.playboy.com.mx/playboy-se-lee/eusebio-ruvalcaba-negocio-vida-alcohol/>
  21. Alejandro González Castillo, "Eusebio Ruvalcaba: Un hombre entre las llamas", *Yaconic*, Consultado el 09-05-2022, <https://www.yaconic.com/eusebio-ruvalcaba-entre-llamas/>
  22. Miguel Ángel Cocom Mayén, "Un hilito de sangre de Ariadna (en memoria de Eusebio Ruvalcaba)", *Nexos*, Consultado el 09-05-2022, <https://cultura.nexos.com.mx/?p=14944>
  23. Rosario Reyes, "Ruvalcaba... voló sobre el pantano", *El Financiero*, Consultado el 09-05-2022, <https://www.elfinanciero.com.mx/after-office/volo-sobre-el-pantano>
  24. *Transgresiones* No. 3, ISSUU, Consultado el 09-05-2022, [https://issuu.com/zenker/docs/transgresiones3\\_issu](https://issuu.com/zenker/docs/transgresiones3_issu)

25. Eduardo Olivares, “Autoentrevista de Eusebio Ruvalcaba. Hasta nunca”, *Milenio*, Consultado el 09-05-2022, <http://www.milenio.com/cultura/autoentrevista-de-eusebio-ruvalcaba-hasta-nunca>
26. Rogelio Cuéllar, “250 retratos de la literatura mexicana”, Eusebio Ruvalcaba. Ensayista / Dramaturgo / Periodista, Consultado el 09-05-2022, <http://www.rogeliocuellar.mx/galeria/escritor/312/ruvalcaba-eusebio>
27. Carlos Bortoni, “La novela perdida de Eusebio Ruvalcaba. La posibilidad de abrazar al lector”, *Replicante*, Consultado el 09-05-2022, <https://revistareplicante.com/la-novela-perdida-de-eusebio-ruvalcaba/>
28. Jorge Arturo Borja, “Navegando por el Ruvalcaba”, Para qué te voy a mentir. Literatura, Alcohol y Vida, Consultado el 09-05-2022, [http://ojeteperro.blogspot.com/2016/11/navegando-por-el-ruvalcaba\\_2.html](http://ojeteperro.blogspot.com/2016/11/navegando-por-el-ruvalcaba_2.html)
29. Guillermo Fadanelli, “Un amigo noble”, *Nexos*, Consultado el 09-05-2022, <https://www.nexos.com.mx/?p=31391>
30. “Creman restos del escritor Eusebio Ruvalcaba”, Hora 21, Youtube, Consultado el 09-05-2022, <https://www.youtube.com/watch?v=JOIup81Ms8s>
31. Eusebio Ruvalcaba, “Conserva tu soltería”, *Sputnik*, Consultado el 09-05-2022, <http://www.sputnikdos.com/2017/02/letrinas-conserva-tu-solteria.html>
32. Sergio Monsalvo, “Escoger a los lectores”, Consultado el 09-05-2022, <https://sergiomonsalvoc.com/tag/eusebio-ruvalcaba/>
33. Laura Barrera, El soundtrack de una vida: Eusebio Ruvalcaba, IMER, Consultado el 09-05-2022, <https://www.imer.mx/7-de-febrero-de-2017-fallece-eusebio-ruvalcaba/>
34. Alma Espinosa, “El amor desparramó la escritura de Eusebio Ruvalcaba”, Gaceta Universidad Veracruzana, Consultado el 09-05-2022, [https://www.uv.mx/gaceta/gaceta\\_109-110.pdf](https://www.uv.mx/gaceta/gaceta_109-110.pdf)
35. José David Cano, “‘Por el puro morbo’: una evocación de Eusebio Ruvalcaba”, *Aristegui Noticias*, Consultado el 09-05-2022, <https://aristeguinoticias.com/1202/kiosko/por-el-puro-morbo-una-evocacion-de-eusebio-ruvalcaba/>
36. 52 tips para escuchar música clásica - Los compositores más destacados en la historia la música, Radio Educación, Consultado el 09-05-2022, <https://e-radio.edu.mx/52-tips-para-escuchar-musica-clasica>
37. Adrián Román, “Eusebio Ruvalcaba, retrato de un bróder”, *Metrópoli Ficción*, Consultado el 09-05-2022, <https://metropolifixion.com/eusebio-ruvalcaba-retrato-de-un-broder/>
38. “AMLO pretende que francia se disculpe”, *El Herald de México*, Consultado el 09-05-2022, <https://www.fondodeculturaeconomica.com/Noticia/188>
39. Gabriel Rodríguez Liceaga, “El último en hablar”, *Vertedero Cultural*, Consultado el 09-05-2022, <https://vertederocultural.com/2019/02/09/el-ultimo-en-hablar/>
40. “Anuncian la creación de la Fundación Eusebio Ruvalcaba”, *Cálido punto de luz*, Consultado el 09-05-2022, <http://palido.deluz.mx/articulos/4134>

41. Carlos Sánchez, “Roura & Ruvalcaba”, Vertedero Cultural, Consultado el 09-05-2022, <https://vertederocultural.com/2019/02/10/roura-ruvalcaba/>
42. José Sobrevilla, “Escritores Marca Registrada o ‘no mencionarás su nombre en vano’”, *El Universal Querétaro*, Consultado el 09-05-2022, <http://www.eluniversalqueretaro.mx/content/escritores-marca-registrada-o-no-mencionaras-su-nombre-en-vano>
43. “Eusebio Ruvalcaba”, *Siempre!*, Consultado el 09-05-2022, <http://www.siempre.mx/2017/02/eusebio-ruvalcaba/>
44. Humberto Musacchio, La República de las letras, *Excelsior*, Consultado el 09-05-2022, <https://www.excelsior.com.mx/opinion/humberto-musacchio/la-republica-de-las-letras/1232711>
45. Entrevista con Eusebio Ruvalcaba sobre su libro *Temporada de otoño*, Noticias 22, Youtube, Consultado el 09-05-2022, <https://www.youtube.com/watch?v=Rcqi78dyJzU>
46. Amigos dan el último adiós al escritor Eusebio Ruvalcaba, Noticias 22, Youtube, Consultado el 09-05-2022, <https://www.youtube.com/watch?v=Sb7AuoHzbBA>
47. Música, poesía y mujeres son los temas del *El silencio me despertó*, Noticias 22, Youtube, Consultado el 09-05-2022, <https://www.youtube.com/watch?v=Wp0yqufEbmc>
48. Acordes y desacordes • Eusebio Ruvalcaba, *Nexos*, Consultado el 09-05-2022, <https://musica.nexos.com.mx/author/eusebio-ruvalcaba/>

## Hemerografía

1. Maceda, Elda, “El premio Agustín Yáñez a Un hilito de sangre, de Ruvalcaba”, *El Universal*, martes 15 de octubre de 1991.
2. Martínez Rentería, Carlos, “Un hilito de sangre, una novela contra las actitudes mojigatas de la sociedad”, *El Universal*, miércoles 20 de mayo de 1992.
3. Ramírez, José Agustín, “La privatización de la censura”, *El Universal*, lunes 6 de septiembre de 1993.
4. Melendez, Jorge, “Eusebio Ruvalcaba, premio y castigo”, *El Universal*, viernes 28 de febrero de 1992.

# Anexo I

## Bibliografía ruvalcabiana

Aunque Francisco Valencia preparó un cuadro en su tesis<sup>109</sup>, donde retoma por año y por género cada uno de los libros que Eusebio publicó en vida hasta 2009, La Fundación Eusebio Ruvalcaba (de la cual se encarga Coral Rendón, su viuda) ha hecho lo propio en un cuadro igualmente exhaustivo, pero actualizado hasta la posteridad, lo cual lo vuelve el más completo.

Lo reproduzco a continuación.



Inicio Obra Bibliografía completa Cronología Eventos

Títulos propios			
Título	Género	Editorial	Año
Atmósfera de fieras	Poesía	Autor	1977
Homenaje a la mentira	Poesía	Editorial Signos	1982
Las dulces compañías	Teatro	Panfleto y Pantomima	1984
Cajeme, un yaqui visionario	Ensayo	Sindicato Banamex	1987
Me llamo Diego	Biografía	Sindicato Banamex	1987
¿Nunca le amarraron las manos de chiquito?	Cuento	Editorial Planeta Mexicana	1990
Me llamo Mozart	Biografía	Sistemas Técnicos de Edición	1991
Un hilo de sangre, 1ª ed.	Novela	Editorial Planeta Mexicana	1992
Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos, 1ª ed.	Poesía	Editorial Doble A	1993
Músico de cortesanas	Novela	Editorial Planeta Mexicana	1993
Desde la tersa noche, 1ª ed.	Novela	Editorial Aldus	1994
Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos, 2ª ed.	Poesía	Cuadernos de Praxis-Dosfilos-UAZ	1994
Un hilo de sangre, 2ª ed.	Novela	Editorial Planeta Mexicana-RBA Editores	1994
Jueves Santo	Cuento	Conaculta-Joaquín Mortiz	1994
El portador de la fe, 1ª ed.	Novela	Seix Barral	1994
1994, Cuentos pétreos. Los matices, filis y agujas humanas de un año fuera de serie	Cuento	Seix Barral	1995
Lo que tú necesitas es tener una bicicleta	Novela	Editorial Planeta Mexicana	1995
Clint Eastwood, hazme el amor	Cuento	Editorial Patria-Nueva Imagen	1996
En la dulce lejanía del cuerpo	Poesía	Ediciones El Zapó	1996
En defensa propia	Novela	Sansores y Aljire Editores	1997
Las jaulas colgantes y otros sonetos	Poesía	Benemérita Universidad Autónoma de Puebla	1997
Las memorias de un ligero	Cuento	Daga Editores	1997
Primero la A, 1ª ed. Consideraciones en torno al ejercicio de la escritura e ideas afines	Ensayo	Sansores y Aljire Editores	1997
El argumento de la espada, 1ª ed.	Poesía	Instituto Politécnico Nacional	1998
El brindis	Novela	Sansores y Aljire Editores	1998
Con olor a Mozart	Poesía	Verdehalago-UAM	1998
Las cuarentonas, 1ª ed. Consideraciones sobre la mujer, el amor, la noche y temas afines	Ensayo	Sansores y Aljire Editores	1998
Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos II	Poesía	Editorial Doble A	1998
Jugo de luz	Poesía	Los Absolutistas	1998
Desgajar la belleza	Novela	Conaculta-Instituto Veracruzano de Cultura	1999
Amaranta o el corazón de la noche	Cuento	Daga Editores	2000
El diablo no quedó defraudado	Poesía	Daga Editores	2000
Con los oídos abiertos. Aproximaciones al mundo de la música	Ensayo	Editorial Paidós Mexicana	2001
Las cuarentonas, 2ª ed. Diccionario amoroso	Ensayo	La Oveja Negra	2001
Diccionario inofensivo	Ensayo	Editorial Lectorum	2001
Un hilo de sangre, 3ª ed.	Novela	Editorial Planeta Mexicana	2001
Poemas de un oficinista	Poesía	Editorial Praxis	2001
Desde el umbral. Antología personal	Cuento	Ficticia	2002
Heridas sin sutura	Aforismo	Cuadernos de la Búsqueda	2002
Un hilo de sangre, 4ª ed.	Novela	Editorial Planeta Mexicana	2002
Banquete de gusanos	Novela	Editorial Colofón	2003
Chavos, fajen, no estudien	Ensayo	Molino de Letras-UACH	2003
Higinio Ruvalcaba, violinista. Una aproximación	Biografía	DGP del Conaculta	2003

<sup>109</sup> Francisco Valencia Castillo, *Eusebio Ruvalcaba: hacia una literatura vivencial*. Tesina de licenciatura. México: UNAM-FFyL, 2010, pp. 52-53.

El hombre empuja al hombre. Cartas a Coral	Epístola	El Financiero	2003
Primero la A, 2ª ed. Consideraciones en torno al ejercicio de la escritura e ideas afines	Ensayo	Flor Ruvalcaba	2003
Temor de Dios	Novela	Editorial Oveja Negra	2003
Desde la tersa noche, 2ª ed.	Novela	Editores Mexicanos Unidos-Club de Lectores	2004
El despojo soy yo	Cuento	Generación Publicaciones Periódicas-Editorial Anagrama	2004
John Lennon tuvo la culpa	Novela	Editores Mexicanos Unidos-Club de Lectores	2004
Por el puro morbo. Cuentos eróticos, pornográficos y escalofríos	Cuento	Daga Editores	2004
Primero la A, 3ª ed. Arte y oficio de la palabra escrita	Ensayo	Palabra y Realidad del Magisterio	2004
A falta de pan	Poesía	Ediciones De Botella-Casa del Cronopio-Grupo Hombres de Arena	2005
Una cerveza de nombre Derrota, 1ª ed.	Ensayo	Editorial Almadía	2005
El portador de la fe, 2ª ed.	Novela	Editorial Aldus-Conaculla	2005
52 tips para escuchar a Mozart, 1ª ed.	Ensayo	Albox Editores	2006
52 tips para escuchar a Mozart, 2ª ed.	Ensayo	Albox Editores	2006
El frágil latido del corazón de un hombre	Poesía	Editorial Nula	2006
La literatura acre de Sonora	Ensayo	Sindicato de Trabajadores Académicos de la Universidad de Sonora-Universidad de Sonora	2006
El sol le hace daño a los ancianos, 1ª ed.	Cuento	Universidad Autónoma Chapingo	2006
Al servicio de la música	Cuento	Editorial Lectorum	2007
Juguetería musical	Ensayo	Universidad de Guanajuato	2007
Una mosca devastada y deprimida sobreviviendo en un hilo de sangre	Ensayo	Editorial Lectorum	2008
Los ojos de los hombres	Novela	Editorial Nula	2008
Sangre de mujer	Novela	Molino de Letras	2008
57 hombres y una mujer	Poesía	Editorial Pharos	2009
Una niña de La Merced	Crónica	Centro Cultural de España en México	2009
El pie de Coral	Poesía	Grupo Editorial Gudiño Cicero	2009
Sesenta guiños literarios	Ensayo	Daga Editores	2009
52 tips para escribir claro y entendible	Ensayo	Editorial Lectorum	2011
Una cerveza de nombre Derrota, 2ª ed.	Ensayo	Editorial Almadía	2011
Mariana con M de música	Poesía	Editorial Los Bastardos de la uva	2011
La música	Poesía	Eugenia Montalván Proyectos Culturales	2011
Nina	Poesía	Solar Servicios Editoriales	2011
El silencio me despertó (1995-2005). Consideraciones sobre la música, la literatura y cuestiones afines	Ensayo	Almaqui Editores	2011
Pocos son los elegidos perros del mal	Cuento	Editorial Lectorum	2012
El sol le hace daño a los ancianos, 2ª ed.	Cuento	Molino de Letras	2012
Desde la tersa noche cartoné, 3ª ed.	Novela	Nitro/Press	2013
Desde la tersa noche flex binder, 4ª ed.	Novela	Nitro/Press	2013
Desde la tersa noche rústica, 5ª ed.	Novela	Nitro/Press	2013
Elogio del demonio	Cuento	Editorial Lectorum	2013
Gusanos	Cuento	Editorial Lectorum	2013
Todos tenemos pensamientos asesinos	Novela	Random House Mondadori	2013
Vers, 1ª ed. en francés	Cuento	LC Christophe Luquin Éditeur	2013
Amigos casi sólo de Brahms	Varia	Ediciones Monte Carmelo-UJAT	2014
El arte de mentir	Aforismo-Ensayo	Editorial Almadía	2014
Tarzán no ha muerto cartoné, 1ª ed.	Poesía	Universidad Nacional Autónoma de México-Ramas de noviembre	2014
Tarzán no ha muerto rústica, 2ª ed.	Poesía	Universidad Nacional Autónoma de México-Ramas de noviembre	2014
96 grados	Cuento	Editorial Lectorum	2015

Tarzán no ha muerto rúsica, 2ª ed.	Poesía	Universidad Nacional Autónoma de México-Ramas de noviembre	2014
96 grados	Cuento	Editorial Lectorum	2015
Embajadores de la música. Correspondencia apócrifa entre compositores	Epístola	Secretaría de Cultura del Gobierno de SLP	2015
Pensemos en Beethoven	Cuento	Monte Carmelo-Conaculta	2015
Temporada de otoño. Cavilaciones de un melómano incurable	Ensayo	Almaqui Editores	2015
El argumento de la espada, 2ª ed.	Poesía	Instituto Politécnico Nacional	2016
Adrenalina	Novela gráfica	Editorial Lectorum	2017
Bach y Schubert. De lo universal a lo vienés	Ensayo-poesía	Ediciones Monte Carmelo-UJAT	2017
La tumba del alacrán	Cuento	Editorial Lectorum	2017
Donde otros ven la carne yo veo la tierra	Poesía	UACM-Fundación Eusebio Ruvalcaba	2018

Otros títulos			
Título	Género	Editorial	Año
Geografía de México (realización)	Escolar	Meridiano-Nuevas Técnicas Educativas	1984
El niño del paraguas (compilador)	Cuento	Sindicato Banamex	1985
El cuento del futbol (antología)	Cuento	Ediciones Luzbel	1986
Jorge Luis Borges. Últimos poemas (selección y prólogo)	Poesía	Sindicato Banamex	1987
Lecturas 5 (selección literaria)	Escolar	Meridiano-Nuevas Técnicas Educativas	1987
1993 Higinio Ruvalcaba. Homenaje. Booklet CD	Notas	Círculo Yahualiscense	1993
Manual de redacción creativa (co-autor)	Taller	Instituto Mexicano del Seguro Social	1993
La sabiduría de Gustave Flaubert (compilador)	Aforismo	Editorial Planeta Mexicana	1996
Chiapas te extraña (coordinación)	Crónica	Conaculta de Chiapas	1999
Por amor al sax. Booklet	Cuento	Editorial Doble A	1999
Higinio Ruvalcaba. Su música. Booklet CD	Notas	Quindecim	2003
Prohibido fumar (selección y prólogo)	Cuento	Editorial Lectorum	2008
El puro cuento (revista)	Cuento	Editorial Praxis	2010
Poemas para un poeta que dejó la poesía (compilador)	Poesía	El Financiero	2011
Liszt y Chopin (disco compacto; voz)	Aforismo	Editorial Los bastardos de la uva	2011
Los 43. Antología literaria (compilador)	Varia	Editorial Los bastardos de la uva	2015
Higinio Ruvalcaba. Obras para violín y piano y piano solo. Booklet CD	Notas	Irina Shishkina	2015
Cuentos para leer en Navidad (antología)	Cuento	Editorial Lectorum	2016

## Anexo II

Este soy yo<sup>110</sup>

- 1) Sonata *Hammerklavier* para piano de Beethoven.
- 2) Sonata para piano de Liszt.
- 3) Quinteto para cuarteto y viola K 593 de Mozart.
- 4) Cuarteto para piano y cuerdas de Schumann.
- 5) Cuarta sinfonía de Brahms.
- 6) Trío opus 100 de Schubert.
- 7) Cuarteto en mi bemol para piano y cuerdas de Dvořák.
- 8) Segunda sinfonía de Schumann.
- 9) Quinteto para clarinete y cuerdas de Mozart.
- 10) Tercera sinfonía de Beethoven.
- 11) Sinfonía *Praga* de Mozart.
- 12) Quinteto para clarinete y cuerdas de Brahms.
- 13) Tercer cuarteto para piano y cuerdas de Brahms.
- 14) Vigésimo concierto para piano de Mozart.
- 15) Séptimo cuarteto de cuerdas de Shostakovich.
- 16) Quinta sinfonía de Prokofiev.
- 17) Concierto para violín de Beethoven.
- 18) Quinto concierto para violín de Mozart.
- 19) Cuarto concierto para violín de Mozart.
- 20) Cuarteto VII de Beethoven.
- 21) Cuarteto XIII de Beethoven.
- 22) *Pasión según San Mateo* de Bach.
- 23) *Variaciones Goldberg* de Bach.
- 24) Quinteto para piano y cuerdas de Schumann.
- 25) Octeto para cuerdas de Mendelssohn.
- 26) Concierto para violín de Sibelius.
- 27) Trío opus 19 de Mendelssohn.
- 28) Cuarteto *La alondra* de Haydn.
- 29) Obertura *Las Hébridas* de Mendelssohn.
- 30) Obertura *La flauta mágica* de Mozart.
- 31) Obertura *Don Giovanni* de Mozart.
- 32) *Consagración de la primavera* de Stravinsky.
- 33) Suite *Bergamasque* de Debussy.

---

<sup>110</sup> Listado incluido al final de su libro *Al servicio de la música*.

- 34) Sonata para violín y piano op. 45 de Grieg.
- 35) Cuarteto *Las arpas* de Beethoven.
- 36) Segunda sonata para violín y piano de Brahms.
- 37) Trío *Elegiaco* de Rachmaninov.
- 38) Sonata D. 958 para piano de Beethoven.
- 39) *Rapsodia en azul* de Gershwin.
- 40) Obertura *Las Valkirias* de Wagner.
- 41) Primera sonata para violín y piano de Brahms.
- 42) Tercera sonata para violín y piano de Brahms.
- 43) Primer cuarteto para piano y cuerdas de Brahms.
- 44) Segundo cuarteto para piano y cuerdas de Brahms.
- 45) Tercer cuarteto de cuerdas de Brahms.
- 46) Quinteto para piano y cuerdas op. 98 de Fauré.
- 47) Concierto para clarinete de Copland.
- 48) Segunda sinfonía de Brahms.
- 49) *Réquiem* de Verdi.
- 50) *Réquiem* de Mozart.
- 51) Concierto para violín de Chaikovski.
- 52) Concierto para violín de Brahms.
- 53) *Intermezzi* para piano de Brahms.
- 54) Cuarteto de cuerdas en re de Chaikovski.
- 55) Cuarteto *Cartas íntimas* de Janáček.
- 56) *Cuadros de una exposición* de Mussorgsky en orquestación de Ravel.
- 57) Cuarteto *La doncella y la muerte* de Schubert.
- 58) Cuarteto *De mi vida* de Smetana.
- 59) Cuarteto XV de Schubert.
- 60) Cuarteto de cuerdas en re mayor de Borodin.
- 61) Tercera sonata para piano de Chopin.
- 62) Segunda sonata para piano de Chopin.
- 63) Cuarteto de cuerdas opus 26 de Busoni.
- 64) *Preludio, coral y fuga* de César Franck.
- 65) Sinfonía *Patética* de Chaikovski.
- 66) Trío en fa menor de Dvořák.
- 67) Concierto para dos violines de Vivaldi.
- 68) *Las cuatro estaciones* de Vivaldi.
- 69) Concierto para dos violines de Bach.
- 70) Tercer concierto para piano de Rachmaninov.
- 71) Sonata para violín y piano de César Franck.
- 72) Tercera sinfonía *El órgano* de Saint-Saëns.
- 73) Primer sexteto para cuerdas de Brahms.
- 74) Segundo sexteto para cuerdas de Brahms.
- 75) Sinfonía concertante para violín y viola de Mozart.

- 76) Tercer trío para piano, violín y chelo de Brahms.
- 77) Concierto para violín en re de Wieniawsky.
- 78) Quinta suite para chelo de Bach.
- 79) Cuarteto IX para cuerdas de Beethoven.
- 80) Obertura *Tanhausser* de Wagner.
- 81) Quinteto para dos chelos de Schubert.
- 82) Cuarto concierto para piano de Beethoven.
- 83) Quinto concierto *Emperador* para piano de Beethoven.
- 84) Trío para piano, corno y violín de Brahms.
- 85) Segunda sonata para viola y piano de Brahms.
- 86) Sexto cuarteto de cuerdas de Higinio Ruvalcaba.
- 87) Cuarteto *Aurora* de Haydn.
- 88) Sinfonía 40 de Mozart.
- 89) Cuarteto *La caza* de Mozart.
- 90) Triple concierto de Beethoven.
- 91) Sonata para piano D 960 de Schubert.
- 92) Quinteto para cuerdas de Bruckner.
- 93) Sinfonía *Júpiter* de Mozart.
- 94) Sonata para piano K 331 de Mozart.
- 95) Cuarteto de cuerdas de Barber.
- 96) Tercer cuarteto de Hindemith.
- 97) Sinfonía VII de Beethoven.
- 98) Suite *Scherazada* de Rimsky-Korsakov.
- 99) Segundo concierto para piano de Brahms.
- 100) Primer concierto para piano de Brahms
- 101) Trío *Dumky* de Dvořák.

## Anexo III

### Mis libros de cabecera<sup>111</sup>

- Álvarez, José María, *Al sur de Macao*.
- *Idem*, *El botín del mundo*.
- *Idem*, *La esclava instruida*
- *Idem*, *La lágrima de Ahab*.
- *Idem*, *Museo de cera*.
- *Idem*, *Sobre la delicadeza de gusto y pasión*
- Amicis, Edmundo de, *Corazón*.
- Andersen, Hans Christian, *La sombra y otros cuentos*.
- Arenas, Reinaldo, *El mundo alucinante*.
- Artl, Roberto, *El jorobadito*.
- Arredondo, Inés, *Obras completas*.
- Auster, Paul, *El país de las últimas cosas*.
- *Idem*, *Smoke & Blue in the face*.
- Averchenko, Arcady, *Cuentos*.
- Baldwin, James, *Blues de la calle Beale*.
- *Idem*, *Otro país*.
- Baudelaire, Charles, *Las flores del mal*.
- *Idem*, *Mi corazón al desnudo y otros papeles íntimos*.
- Bautista, Amalia, *Tres deseos*.
- Benedetti, Mario, *La tregua*.
- Bennett, George Hal, *El dios de los lugares oscuros*.
- Bernal, Rafael, *El complot mongol*.
- Bernhard, Thomas, *El malogrado*.
- Bettelheim, Bruno, *Los cuentos de Perrault*.
- Biedma, Jaime Gil de, *Las personas del verbo*.
- Bierce, Ambrose, *Diccionario del Diablo*.
- *Idem*, et. al., *Seis relatos negros*.
- Blake, William, *Matrimonio del cielo y el infierno*.
- Boccaccio, *El decamerón*.
- Böll, Heinrich, *Opiniones de un payaso*.
- Bombal, María Luisa, *La amortajada*.
- Borges, Jorge Luis, *Arte poética*.

---

<sup>111</sup> Listado incluido en su libro *52 tips para escribir claro y entendible*.

- *Idem, Borges oral.*
- *Idem, La cifra.*
- *Idem, Los conjurados.*
- *Idem, Obra poética 1923-1977.*
- *Idem, Prosa completa, volumen 1.*
- *Idem, Prosa completa, volumen 2.*
- *Idem, Siete noches.*
- Bortoni, Carlos, *Perro viejo y cansado.*
- Bowker, Gordon, *Perseguido por los demonios, Vida de Malcolm Lowry.*
- Bowles, Paul, *Memorias de un nómada.*
- Bradbury, Ray, *Remedio para melancólicos.*
- Bukowski, Charles, *El amor es un perro infernal.*
- *Idem, El capitán salió a comer y los marineros tomaron el barco.*
- *Idem, La máquina de follar.*
- *Idem, Se busca una mujer.*
- *Idem, Soy la orilla de un vaso que corta, soy sangre.*
- Burgin, Richard, *Conversaciones con Jorge Luis Borges.*
- Cain, James M., *El cartero siempre llama dos veces.*
- *Idem, Pacto de sangre.*
- Caldwell, Erskine, *El camino del tabaco.*
- *Idem, Tierra trágica. La mosca en el ataúd.*
- Camus, Albert, *El extranjero.*
- *Idem, El malentendido.*
- Capote, Truman, *A sangre fría.*
- *Idem, Desayuno en Tiffany's.*
- *Idem, El invitado del Día de acción de gracias.*
- *Idem, Un árbol de noche.*
- Carpentier, Alejo, *Obras completas, volumen X. "Ese músico que llevo dentro 1".*
- *Idem, Obras completas, volumen XI. "Ese músico que llevo dentro 2".*
- *Idem, Obras completas, volumen X. "Ese músico que llevo dentro 3". "La música en Cuba".*
- Carver, Raymond, *Bajo la luz marina.*
- *Idem, ¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?*
- Castellanos, Rosario, *Lívida luz.*
- Castillo, Ricardo, *El pobrecito señor X.*
- Cavafis, C.P., *Poesía completa.*
- Cela, Camilo José, *Pabellón de reposo.*
- Cernuda, Luis, *Poesía completa.*
- Chéjov, Antón, *La señora del perrito y otros cuentos.*
- Cicerón, Marco Tulio, *De los oficios.*
- Cioran, E. M. *Breviario de podredumbre.*
- *Idem, Cuadernos 1957-1972.*
- *Idem, Del inconveniente de haber nacido.*

- *Idem, El ocaso del pensamiento.*
- *Idem, Silogismos de la amargura.*
- Coetzee, J. M., *Desgracia.*
- Colina, José de la, *La lucha con la pantera.*
- Conan Doyle, Arthur, *Sherlock Holmes*, tomo I.
- Connolly, Cyril, *Enemigos de la promesa.*
- Conrad, Joseph, *El duelo.*
- *Idem, Línea de sombra.*
- Cortázar, Julio, *Los relatos 3.*
- Cotroneo, Roberto, *Si una mañana de verano un niño.*
- Coulter, Stephen, *El demonio del deseo.*
- Cuenca, Luis Alberto de, *Etcétera.*
- *Idem, El hacha y la rosa.*
- *Idem, Poesía 1970-1989.*
- *Idem, Por fuertes y fronteras.*
- Day, Douglas, *Malcolm Lowry. Una biografía.*
- Dos Passos, John, *Años inolvidables.*
- Dostoievski, Fedor, *Crimen y castigo.*
- *Idem, Humillados y ofendidos.*
- *Idem, El idiota.*
- Dumas, Alejandro, *El conde de Montecristo.*
- Duras, Marguerite, *Escribir.*
- Durrell, Lawrence, *Lectura de Henry Miller.*
- Ellroy, James, *Réquiem por Brown.*
- Fante, John, *La hermandad de la uva.*
- *Idem, Pregúntale al polvo.*
- Fast, Howard, *Infancia en Nueva York.*
- Faulkner, William, *Mientras agonizo.*
- Felix, Monique, *Histoire d'une petite souris qui était enfermée dans un livre.*
- Flaubert, Gustave, *Cartas a Louise Colet.*
- *Idem, Madame Bovary.*
- Fonseca, Rubem, *Los mejores relatos.*
- Forster, E. M., et al., *El oficio del escritor.*
- Gallego, Vicente, *Los ojos del extraño.*
- García-Robles, Jorge, *La bala perdida.*
- *Idem, El disfraz de la inocencia.*
- García Márquez, Gabriel, *El coronel no tiene quien le escriba.*
- *Idem, Crónica de una muerte anunciada.*
- Gide, André, *Óscar Wilde.*
- Goethe, Johann Wolfgang, *Epigramas venecianos.*
- *Idem, Penas del joven Werther.*
- *Idem, Poemas del amor y del conocimiento.*

- González Dueñas, Daniel y Alejandro Toledo, *La fidelidad al relámpago. Conversaciones con Roberto Juarroz*.
- Gómez de la Serna, Ramón, *Greguerías: selección 1970-1960*.
- Gracián, Baltasar, *El arte de la prudencia*.
- Graves, Robert, *Cien poemas*.
- Greene Graham, *El americano imposible*.
- Grimm, Jacob y Wilhelm, *Cuentos*.
- Grumbach, Doris, *Música de cámara*.
- Gutiérrez, Pedro Juan, *El rey de la Habana*.
- Guzmán, Martín Luis, *El águila y la serpiente*.
- Hammett, Dashiell, *Cosecha roja*.
- *Idem*, *La llave de cristal*.
- Harrison, Jim, *Leyendas de otoño*.
- Hawthorne, Nathaniel, *Wakefield y otros cuentos*.
- Helguera, Luis Ignacio, *Atril de melómano*.
- Hellman, Lillian, *Quizás/Un relato*.
- *Idem*, *Tiempo de canallas*.
- Hemingway, Ernest, *Los asesinos*.
- *Idem*, *Cuentos de guerra*.
- *Idem*, *Las nieves del Kilimanjaro*.
- *Idem*, *El viejo y el mar*.
- Henestrosa, Andrés, *Los hombres que dispersó la danza*.
- Henke, Matthias, *Clara Schumann*.
- Hesse, Herman, *Escritos sobre literatura 1*.
- Highsmith, Patricia, *A pleno sol*.
- *Idem*, *El cuchillo*.
- *Idem*, *Suspense*.
- Holan, Vladimir, *Dolor*.
- Homero, *Iliada*.
- Housman, Alfred Edward, *50 poemas*.
- Hughes, Ted, *Cartas de cumpleaños*.
- Ibarguengoitia, Jorge, *Las muertas*.
- Istrati, Panait, *Codin*.
- Ita, Fernando de, *El arte en persona*.
- Jacq, Christian, *Mozart. El gran mago*.
- James, Henry, *Otra vuelta de tuerca*.
- *Idem*, *Los papeles de Aspern*.
- Jayyam, Omar, *Rubayyat*.
- José Agustín, *Se está haciendo tarde (final en la laguna)*.
- Joyce, James, *Cartas de amor a Nora Barnacle*.
- Juarroz, Roberto, *Novena poesía vertical*.
- *Idem*, *Undécima poesía vertical*.

- Jungheinrich, Hans-Klaus, *Los grandes directores de orquesta.*
- Kafka, Franz, *Cartas a Felice 1.*
- *Idem, La metamorfosis.*
- Kawabata, Yasunari, *Lo bello y lo triste.*
- Kazan, Elia, *El doble.*
- Kerouac, Jack, *En el camino.*
- La Grange, Henry-Louis de, *Viena, una historia musical.*
- Lagerkvist, Pär, *El verdugo. El enano.*
- Lawrence, D.H., *Haciendo el amor con música.*
- *Idem, El oficial prusiano y otras historias.*
- Le Porrier, Herbert, *El violín de Cremona.*
- Leyva, José Ángel, *El naranjo en flor.*
- Liiceanu, Gabriel, *E.M. Cioran.*
- Lizalde, Eduardo, *Nueva memoria del tigre (poesía 1949-1991).*
- *Idem, Otros tigres.*
- *Idem, El tigre en la casa.*
- London, Jack, *Colmillo blanco.*
- *Idem, El llamado de la selva.*
- *Idem, El silencio blanco y otros cuentos.*
- *Idem, Las memorias alcohólicas.*
- Louys, Pierre, *Manual de civismo.*
- Lovecraft, H. P., *El horror de Dunwich.*
- Lowry, Malcolm, *Bajo el volcán.*
- *Idem, Oscuro como la tumba donde yace mi amigo.*
- *Idem, Piedra infernal.*
- *Idem, Poemas.*
- *Idem, Un trueno sobre el Popocatepetl.*
- Lukach, Iván. *Mussorgsky. Historia de un trágico amor.*
- Mailer, Norman, *Un sueño americano.*
- Maltz, Albert, *Un hombre en el camino.*
- Manrique, José, et al., *Antología poética.*
- Márai, Sándor, *La herencia de Eszter.*
- *Idem, La hermana.*
- Marías, Javier, *Literatura y fantasma.*
- *Idem, Vidas escritas.*
- Masters, Edgar Lee, *Antología de Spoon River.*
- Mauclair. Camille, *La religión de la música.*
- Maugham, W. Somerset, *Servidumbre humana.*
- Maupassant, Guy de, *Mademoiselle Fifi y otros cuentos de guerra.*
- *Idem, Mi tío Jules y otros seres marginales.*
- *Idem, La vendetta y otros cuentos de horror.*
- McCarthy, Cormac, *Meridiano de sangre.*

- McCullers, Carson, *La balada del café triste*.
- *Idem*, *Reflejos en un ojo dorado*.
- Melville, Herman, *Moby Dick*.
- *Idem, et al.*, *El libro de los autores*.
- Mishima, Yukio, *La perla y otros cuentos*.
- Montaigne, Michel de, *Páginas inmortales*.
- Monterroso, Augusto, *Obras completas (y otros cuentos)*.
- *Idem*, *La palabra mágica*.
- Muschg, Walter, *Historia trágica de la literatura*.
- Nabokov Vladimir, *Lolita*.
- *Idem*, *Lecciones de literatura*.
- *Idem*, *Opiniones contundentes*.
- Oé, Kenzaburo, *La presa*.
- *Idem*, *Una cuestión personal*.
- Ovidio, Amores.
- Panero, Juan Luis, *Poesía completa (1968-1996)*.
- Parra, Eduardo Antonio, *Tierra de nadie*.
- Partida, Eugenio, *La otra orilla*.
- Pascal, Pensamientos I, “El hombre sin Dios”.
- Patán, Federico, *Cuento norteamericano del s. XX*.
- Pavese, Cesare, *El oficio de vivir / El oficio de poeta*.
- Paz, Octavio, *Obra poética (1935-1988)*.
- *Idem*, *Versiones y diversiones*.
- Peicovich, Esteban, *Borges, El palabrista*.
- Pérez Olivares, José, *El rostro y la máscara*.
- Pessoa, Fernando, *El poeta es un fingidor (antología poética)*.
- Poe, Edgar Allan, *Cuentos 1*.
- Porchia, Antonio, *Poemas*.
- Proust, Marcel, *En busca del tiempo perdido 1*. “Por el camino de Swann”.
- Puzo, Mario, *El Padrino*.
- Quignard, Pascal, *Todas las mañanas del mundo*.
- Quiroga, Horacio, *Cuentos*.
- Revueltas, José, *El apando*.
- *Idem*, *Obras completas*, volumen 4. “En algún valle de lágrimas”.
- *Idem*, *Obras completas*, volumen 9. “Dormir en tierra”.
- Reyes, Alfonso, *Obras completas*, volumen XIX, “Los poemas homéricos”. “La Iliada”. “La afición de Grecia”.
- *Idem*, *Obras completas*, volumen XIII. “La antigua retórica”.
- Ribeiro, João Ubaldo, *La casa de los budas dichosos*.
- Rilke, Rainer María, *Las rosas*.
- *Idem* y Ernesto Sabato, *Cartas a un joven poeta / Cartas a un joven escritor*.
- Rimbaud, Arthur, *Obra poética*.

- Rojas, Gonzalo, *Las hermosas*.
- *Idem*, *Materia de testamento*.
- Romero, J. Rubén, *La vida inútil de Pito Pérez*.
- Rosas Galicia, Rolando, *Quimeras*.
- Roth, Joseph, *La leyenda del santo bebedor*.
- *Idem*, *El triunfo de la belleza*.
- Roth, Philip, *La visita del maestro*.
- Ró ewicz, Tadensz, *Poesía abierta*.
- Rubistein, Antonio, *La música y sus representantes*.
- Rulfo, Juan, *El llano en llamas*.
- Ruvalcaba, Alonso, *Jardín y mausoleo*.
- Sábato, Ernesto, *El escritor y sus fantasmas*.
- *Idem*, *El túnel*.
- *Idem*, *Sobre héroes y tumbas*.
- Saint-Exúpery, A. de, *El Principito*.
- Salazar Mallen, Rubén, *¡Viva México!*
- Salgari, Emilio, *La montaña de la luz*.
- Salinger, J.D., *El guardián entre el centeno*.
- *Idem*, *Nueve cuentos*.
- Salvago, Javier, *Variaciones y reincidencias (Poesía 1977-1997)*.
- Sánchez Rosillo, Eloy, *La certeza*.
- *Idem*, *Confidencias*.
- *Idem*, *Las cosas como fueron*.
- *Idem*, *La vida*.
- Savater, Fernando, *Despierta y lee*.
- Schlink, Bernhard, *El lector*.
- Schneider, Michel, *Músicas nocturnas*.
- Schwob, Marcel, *La cruzada de los niños*.
- *Idem*, *Vidas imaginarias*.
- Sevilla, Pedro, *La luz con el tiempo dentro*.
- Shakespeare, William, *Hamlet*.
- *Idem*, *Macbeth*.
- *Idem*, *El rey Lear*.
- Sicilia, Javier, *La presencia desierta*.
- Sinoué, Gilbert, *Avicena*.
- Sombart, Werner, *El burgués*.
- Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*.
- Stendhal, *Rojo y negro*.
- Stevenson, Robert Louis, *Oraciones de Vailima*.
- Sterne, Lawrence, *Tristram Shandy*.
- Strand, Mark, *Emblemas*.
- Styron, William, *Las confesiones de Nat Turner*.

- *Idem, La decisión de Sophie.*
- Stoker, Bram, *Drácula.*
- Süskind, Patrick, *El contrabajo.*
- Tabucchi, Antonio, *Los últimos días de Fernando Pessoa.*
- Thompson, Jim, *Ciudad violenta.*
- *Idem, 1280 almas.*
- Tolstoi, Leon, *Ana Karenina.*
- *Idem, Diarios 1847-1894.*
- *Idem, La sonata a Kreutzer.*
- Toole, John Kennedy, *La conjura de los necios.*
- Tournier, Michel, *El vuelo del vampiro.*
- Trejo, Ángel, *Llueve lluvia.*
- Trujillo Muñoz, Gabriel, *Mexicali City Blues.*
- Tse, Lao, *Tao te King.*
- Twain, Mark, et al. *Cuentos y relatos norteamericanos del s. XX.*
- Usigli, Rodolfo, *Ensayo de un crimen.*
- Valéry, Paul, *Notas sobre poesía.*
- Vallejo, César, *Poesía completa.*
- Vargas Llosa, Mario, *Elogio de la madrastra.*
- *Idem, La orgía perpetua.*
- Vasconcelos, José, *Memorias I.* “Ulises criollo”. “La tormenta”.
- *Idem, Memorias II.* “El desastre”. “El preconsulado”.
- Vicens, Josefina, *El libro vacío.*
- Villena, Luis Antonio de, *Antibárbaros.*
- *Idem, Corsarios de guante amarillo.*
- Wassermann, Jakob, *El hombrecillo de los gansos.*
- Wilde, Oscar, *Cartas a Alfred Douglas.*
- *Idem, Epistola: in carcere et vinculis (“de profundis”).*
- *Idem, Obras completas.*
- Williams, Tennessee, *Un tranvía llamado Deseo.*
- Wright, Richard, *Mi vida de negro.*
- *Idem, Sangre negra.*
- Yáñez, Agustín, *Al filo del agua.*
- *Idem, Las tierras flacas.*
- Yourcenar, Marguerite, *Con los ojos abiertos.*
- *Idem, Memorias de Adriano.*
- Zapata, Miguel Ángel, *Poemas para violín y orquesta.*
- Zweig, Stefan, *Impaciencia del corazón.*
- *Idem, El mundo de ayer (autobiografía).*

## Anexo IV

### Cronología del autor<sup>112</sup>

**1951** Nace el 3 de septiembre.

**1956** Se bautiza el 31 de diciembre.

**1958** Estudia violín con su padre, Higinio Ruvalcaba.

**1959** Recibe la primera comunión el 15 de agosto.

**1967** El 5 de septiembre se gradúa de la Escuela Secundaria 32 José María Morelos y Pavón.

**1971** Su hija Flor nace el 25 de noviembre.

**1973** Nace su hijo Alonso el 22 de agosto.

**1974** Concluye los estudios de licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

**1976** Muere su padre el 15 de enero.

Con el poema “Nuevo Mundo”, es ganador del Tercer Premio del Certamen Nacional de Poesía Abierta sobre el árbol, entregado el 8 de julio por el presidente Luis Echeverría en el Palacio de Bellas Artes.

Inicia la publicación de poemas en la revista Heterofonía y de textos en la Revista Mexicana de Cultura.

**1977** Se crea la asociación civil Higinio Ruvalcaba, con domicilio en Protasio Tagle 79, colonia San Miguel Chapultepec, donde se ofrecen recitales de música y poesía en los que Eusebio lee fragmentos de sus propias obras.

---

<sup>112</sup> Disponible en: <https://www.eusebioruvalcaba.com/cronologia>, material rico en información que precisa algunos acontecimientos relevantes en la vida profesional y personal del autor. Contradice, sin embargo, un momento importante de este perfil: esta cronología establece que Ruvalcaba concluyó sus estudios en historia, aunque de su propia pluma y boca (de la entrevista que incluye este trabajo) externó reiteradas veces haber abandonado la licenciatura para dedicarse a escribir.

El 22 de agosto se anuncia en el diario *Excélsior* su tercer lugar en el Concurso Nacional de Poesía Social Carlos Pellicer, con el poema “Revivido del escudo”.

Obtiene el Premio Nacional de Cuento del diario *El Nacional* con su cuento “Antisonata”.

Publica su primer libro, *Atmósfera de fieras*, poesía en edición de autor.

**1978** Obtiene la beca del Instituto Nacional de Bellas Artes-Fondo Nacional para Actividades Sociales (INBA-Fonapas) en poesía.

Obtiene la beca INBA-Fonapas en narrativa.

**1980** Recibe la beca del Centro Mexicano de Escritores en creación dramática.

**1981** Trabaja como corrector de estilo en la Editorial Meridiano hasta el 30 de abril.

Desde el 1 de mayo hasta el 15 de octubre trabaja como profesor investigador del Departamento de Estudios Contemporáneos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en el Museo Nacional de Antropología.

**1982** Publica *Homenaje a la mentira* (poesía, Signos).

**1984** Participa en la realización del libro *Geografía de México* (texto escolar para primaria, Meridiano-Nuevas Técnicas Educativas).

Publica *Las dulces compañías* (teatro, Panfleto y Pantomima).

**1985** El 1 de abril ingresa al Sindicato Nacional de Trabajadores del Banco Nacional de México (Sindicato Banamex) como coordinador de la Comisión de Cultura, puesto que ocupa hasta mayo de 1988.

Publica la antología *El niño del paraguas* (cuento, Sindicato Banamex).

**1986** Participa en la antología *El cuento del fútbol* (Ediciones Luzbel).

Funda, coordina y realiza la museografía de la Sala Juan Rulfo del Sindicato Banamex.

Funda y dirige la Academia de Artes Plásticas Fermín Revueltas del Sindicato Banamex.

**1987** Publica *Cajeme, un yaqui visionario* (ensayo) y *Me llamo Diego* (biografía) en Sindicato Banamex.

Realiza la selección y el prólogo de *Jorge Luis Borges, últimos poemas* (Sindicato Banamex) y la selección literaria para el libro *Lecturas 5* (texto escolar primaria, Meridiano-Nuevas Técnicas Educativas).

**1988** Desde el 16 de mayo hasta abril de 1989 se desempeña como copy en Publicidad D'Arcy.

**1989** En abril es nombrado director de la Casa de Cultura Naucalpan, del Instituto Mexiquense de Cultura.

**1990** Publica *¿Nunca te amarraron las manos de chiquito?* (cuento, Planeta).

**1991** Publica *Me llamo Mozart* (biografía, Sistemas Técnicos).

El 5 de diciembre recibe, por *Un hilito de sangre*, el Premio Agustín Yáñez para Primera Novela, otorgado por el Grupo Editorial Planeta y la Secretaría de Educación y Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco, en la Sala Higinio Ruvalcaba del Ex Convento del Carmen, en Guadalajara, Jalisco.

**1992** En enero se publica *Un hilito de sangre* (Planeta).

Ingresa a la planta docente de la Universidad Iberoamericana (UIA) como profesor del Departamento de Comunicación, donde imparte las materias Lenguajes y medios de comunicación, Investigación de la comunicación y Taller de expresión y composición, hasta diciembre de 1995.

El 14 de marzo nace su hija Érika Coral.

Con *Jueves Santo*, en noviembre obtiene el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí, convocado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) y el Gobierno del Estado de San Luis Potosí.

**1993** Se incorpora al Departamento de Copy de la División de Desarrollo Creativo, Dirección de Arte de Canal 11 TV, del Instituto Politécnico Nacional (IPN), donde permanece hasta mayo de 1995.

Imparte talleres de creación literaria en la Jefatura de Desarrollo Cultural del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), de los cuales se publica *Manual de redacción creativa* (contenidos para un taller, IMSS).

Coordina la producción del disco compacto 1993 *Higinio Ruvalcaba. Homenaje*, bajo el sello y con el patrocinio del Círculo Yahualiscense.

El 24 de junio en Cinépolis Bucareli, es la premier de la película *Un hilito de sangre. Un temprano despertar*, ópera prima de Erwin Neumaier (Centro de Capacitación Cinematográfica).

Publica *Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos* (poesía, Doble A) y *Músico de cortesanas* (novela, Planeta).

**1994** Publica *Desde la tersa noche* (novela, Aldus); la 2ª edición de *Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos* (Cuadernos de Praxis/Dosfilos de la Universidad Autónoma de Zacatecas); la 2ª edición de *Un hilito de sangre* (Planeta-RBA); *Jueves Santo* (cuento, Conaculta-Joaquín Mortiz) y *El portador de la fe* (novela, Seix Barral).

Es finalista en el Premio Planeta de Novela con *Lo que tú necesitas es tener una bicicleta*.

El 9 de julio nace su hijo León Ricardo.

**1995** Desde el 1 de mayo se incorpora a la Sección Cultural del diario *El Financiero*, donde había colaborado desde 1991 y permanece hasta 2016.

Publica *1994, Cuentos pétreos* (cuento, Seix Barral) y *Lo que tú necesitas es tener una bicicleta* (novela, Planeta).

El 7 de agosto se estrena la película *Un hilito de sangre. Un temprano despertar*, en la Cineteca Nacional.

**1996** Publica *Clint Eastwood, hazme el amor* (cuento, Patria-Nueva Imagen); *En la dulce lejanía del cuerpo* (poesía, El Zapo) y *La sabiduría de Gustave Flaubert* (compilación de aforismo, Planeta).

**1997** Publica *En defensa propia* (novela, Sansores y Aljure); *Las jaulas colgantes y otros sonetos* (poesía, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla); *Las memorias de un ligero* (cuento, Daga) y *Primero la A. Consideraciones en torno al ejercicio de la escritura e ideas afines* (ensayo, Sansores y Aljure).

De 1997 a 2000 diseña y coordina la sección de poesía La furia del pez del diario *El Financiero*.

**1998** Publica *El argumento de la espada* (poesía, IPN); *El brindis* (novela, Sansores y Aljure); *Con olor a Mozart* (poesía, Universidad Autónoma Metropolitana-Verdehalago); *Las cuarentonas. Consideraciones sobre la mujer, el amor, la noche y temas afines* (ensayo, Sansores y Aljure); *Gritos desde la negra oscuridad y otros poemas místicos II* (poesía, Doble A) y *Jugo de luz* (manuscrito de poesía, Los Absolutistas).

**1999** Publica *Desgajar la belleza* (novela, Conaculta-Instituto Veracruzano de Cultura) y *Por amor al sax* (con Emiliano Pérez Cruz, cuento para un booklet, Doble A).

Coordina la edición de *Chiapas te extraña* (crónica, Conaculta de Chiapas).

**2000** Publica *Amaranta o el corazón de la noche* (cuento, Daga) y *El diablo no quedó defraudado* (poesía, Daga).

De 2000 a 2001 funda y coordina la Sección de Cultura de la revista *Vértigo*.

Es designado miembro del Sistema Nacional de Creadores del Conaculta, en el que permanecerá hasta 2015.

**2001** Publica la 2ª edición de *Las cuarentonas*, esta vez con el subtítulo Diccionario amoroso (ensayo, Oveja Negra); *Diccionario inofensivo. Ensayos sobre las cosas* (Lectorum); la 3ª edición de *Un hilito de sangre* (Planeta-Conaculta) y *Poemas de un oficinista* (Praxis).

**2002** Publica *Desde el umbral* (cuento, Ficticia); *Heridas sin sutura* (aforismo, Cuadernos de la Búsqueda) y la 4ª edición de *Un hilito de sangre* (Planeta).

**2003** Publica *Banquete de gusanos* (novela, Colofón); *Chavos, fajen, no estudien* (ensayo, Molino de Letras-Universidad Autónoma de Chapingo); *Higinio Ruvalcaba, violinista. Una aproximación* (biografía, Conaculta); *El hombre empuja al hombre. Cartas a Coral* (epístola, *El Financiero*); la 2ª edición –electrónica– de *Primero la A* (Flor Ruvalcaba) y *Temor de Dios* (novela, Oveja Negra).

Escribe las notas y colabora en la producción del disco compacto *Higinio Ruvalcaba. Su música. Cuarteto de cuerdas Carlos Chávez*, bajo el sello Quindecim Recordings y con el patrocinio del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

**2004** Su cuento “El despojo soy yo” resulta ganador en el concurso organizado por Editorial Anagrama y Generación Publicaciones Periodísticas para conmemorar a Charles Bukowski en su décimo aniversario luctuoso. El cuento da título a la selección que se publica.

Se celebra la 4ª Feria del Libro en el Zócalo de la Ciudad de México, dedicada a Guadalajara, Jalisco, y Fortaleza, Brasil; uno de los pasillos, a modo de calles, es nombrado Eusebio Ruvalcaba.

Publica la 2ª edición de *Desde la tersa noche* (novela, Mexicanos Unidos); *John Lennon tuvo la culpa* (novela, Mexicanos Unidos); *Por el puro morbo* (cuento, Daga) y la 3ª edición de *Primero la A* (Palabra y Realidad del Magisterio).

**2005** Publica *A falta de pan* (poesía, De Botella); *Una cerveza de nombre Derrota* (ensayo, Almadía) y la 2ª edición de *El portador de la fe* (novela, Aldus-Conaculta).

De 2005 a 2007 es profesor de asignatura de la Maestría en Letras Hispánicas de la UIA campus Puebla.

**2006** Publica dos ediciones de *52 tips para escuchar a Mozart* (ensayo, Albox); *El frágil latido del corazón de un hombre* (poesía, Nula); *La literatura acre de Sonora* (ensayo, Universidad de Sonora) y *El sol le hace daño a los ancianos* (cuento, Universidad Autónoma de Chapingo).

De 2006 a 2007 es comentarista musical de Radio Educación y realiza cápsulas sobre música para Canal 22 de televisión.

Muere su madre, la pianista Carmela Castillo, el 22 de diciembre.

**2007** El 1 de octubre firma su nombramiento como profesor investigador para el curso Poesía, en el plantel San Lorenzo Tezonco de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).

Publica *Al servicio de la música* (cuento, Lectorum) y *Juguetería musical* (ensayo, Universidad de Guanajuato).

Es autor de los contenidos para el diplomado "Cámara con la música" de la Fonoteca Nacional.

**2008** Publica *Una mosca devastada y deprimida sobreviviendo en un hilito de sangre* (ensayo, Lectorum); *Los ojos de los hombres* (novela, Nula) y *Sangre de mujer* (novela, Molino de Letras).

Realiza la selección y el prólogo de la antología *Prohibido fumar* (cuento, Lectorum).

Obtiene la Presea Sor Juana Inés de la Cruz.

**2009** Publica *57 hombres y una mujer* (poesía, Pharus); *Una niña de La Merced* (crónica, Centro Cultural de España en México); *El pie de Coral* (poesía, Gudiño Cicero) y *Sesenta guiños literarios* (ensayo, Daga).

**2010** En su número 8, la revista *El puro cuento* (Praxis) le publica cinco cuentos, aforismos en un "Dodecálogo literario" y una entrevista sobre el oficio de escritor.

**2011** Entre el 2 de mayo y el 31 de octubre prepara e imparte cuatro cursos de apreciación musical: "Del cuarteto a la sinfonía", "El violín y el piano, un matrimonio feliz", "El barroco, oro puro" y "Su majestad, el piano" en la Fonoteca Nacional del Conaculta.

Publica *52 tips para escribir claro y entendible* (ensayo, Lectorum); *Una cerveza de nombre Derrota* (ensayo, Almadía); *Liszt y Chopin* (disco compacto; aforismo y voz, Los bastardos de

la uva); *La música* (poesía, Eugenia Montalván Proyectos Culturales); *Nina* (poesía, Solar) y *El silencio me despertó* (ensayo, Almaqui).

Realiza la selección y el prólogo de la antología *Poemas para un poeta que dejó la poesía* (poesía, *El Financiero*).

**2012** El 23 de octubre es designado Creador Artístico Categoría II por el Sistema Nacional de Creadores de Arte, para el periodo del 1 de enero de 2013 al 31 de diciembre de 2015.

Publica *Pocos son los elegidos perros del mal* (cuento, Lectorum) y la 2ª edición de *El sol le hace daño a los ancianos* (cuento, Molino de Letras).

**2013** Entre el 3 de junio y el 22 de julio prepara e imparte el curso “Ocho grandes de bajo perfil” en la Fonoteca Nacional del Conaculta.

Publica las 3ª, 4ª y 5ª ediciones –cartoné, flex binder y rústica– de *Desde la tersa noche* (novela, Nitro/Press); *Elogio del demonio* (cuento, Lectorum); *Gusanos* (cuento, Lectorum); *Todos tenemos pensamientos asesinos* (novela, Random House Mondadori) y *Vers* –traducción al francés de *Gusanos*– (cuento, LC Christophe Luquin).

**2014** El 10 de enero es contratado para impartir la materia Cuento en la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (Sogem).

Publica *Amigos casi sólo de Brahms* (varia, Monte Carmelo-Universidad Juárez Autónoma de Tabasco); *El arte de mentir* (aforismo-ensayo, Almadía) y *Tarzán no ha muerto* (poesía, Ramas de noviembre-UNAM).

De 2014 a 2016 imparte cursos de apreciación musical en el Centro Cultural Elena Garro: “Beethoven entre nosotros”, “Pensemos en Beethoven”, “Cámara con la música de cámara”, “Parejas musicales”, “El violín como instrumento de tortura”, “El piano”, “¿Te acuerdas de las cuerdas?”, “Los juguetes de Mozart”, “Bajo las nieves rusas” y “El violonchelo, la estrella de la música”.

**2015** Es contratado como asesor literario en la empresa Laboratorio Clínico y de Genética, donde permanece activo hasta su fallecimiento.

Publica *96 grados* (cuento, Lectorum); *Embajadores de la música* (epístola, Secretaría de Cultura de San Luis Potosí); *Pensemos en Beethoven* (cuento, Monte Carmelo-Conaculta) y *Temporada de otoño* (ensayo, Almaqui).

Realiza la compilación *Los 43. Antología literaria* (con el maestro Jorge Arturo Borja, varia, Los bastardos de la uva).

Con la pianista rusa Irina Shishkina colabora en la producción y escribe las notas del disco compacto *Higinio Ruvalcaba. Obras para violín y piano y piano solo*.

**2016** El 18 de julio es contratado para impartir la materia Novela en la Escuela de Escritores de la Sogem.

Se prepara la 2ª edición de *El argumento de la espada* (poesía, IPN), de aparición póstuma.

**2017** Muere el 7 de febrero.

Se publican póstumamente *Bach y Schubert. De lo universal a lo vienés* (ensayo-poesía, Monte Carmelo- Universidad Juárez Autónoma de Tabasco) y *La tumba del alacrán* (cuento, Lectorum).

**2018** Se registra el nombre Eusebio Ruvalcaba como marca nominativa en el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial.

Se crea la Fundación Eusebio Ruvalcaba, A. C.

Se publica conmemorativamente *Donde otros ven la carne yo veo la tierra*, con fotografías de Abril Méndez Morales (poesía, UACM).